

Batalla *de* Ayacucho

Edición Conmemorativa
Bicentenario 1824 /2024



[1824 - 2024]
BATALLAS
- JUNÍN -
AYACUCHO



[1824 - 2024]
BATALLAS
- JUNÍN -
AYACUCHO





Batalla *de* Ayacucho

Nicolás Maduro Moros
Presidente Constitucional de la República Bolivariana de Venezuela

Delcy Rodríguez Gómez
Vicepresidenta Ejecutiva

Freddy Nájuez
Vicepresidente de Comunicación y Cultura

Ernesto Villegas Poljak
Ministro del Poder Popular para la Cultura

Imagen de portada: *Batalla de Ayacucho* (1906) de Antonio Herrera Toro
según boceto de Martín Tovar y Tovar. Col. Palacio Federal Legislativo. Caracas, Venezuela.

Imagen de contraportada: *Mapa manuscrito de la Batalla de Ayacucho* (1824)
de José Sepúlveda. Col. Biblioteca John Carter Brown. Providence, EE.UU.

©Fundación Biblioteca Ayacucho, 2024

Hecho Depósito de ley

Depósito legal DC2024002179

ISBN 978-980-276-571-3

Apartado Postal 14413

Caracas 1010 - Venezuela

www.bibliotecayacucho.gob.ve

Investigación iconográfica: Rosanna Álvarez
Edición y producción: Equipo editorial de Biblioteca Ayacucho

Impreso en Venezuela/*Printed in Venezuela*

Batalla *de* Ayacucho

Edición Conmemorativa
Bicentenario 1824 /2024



FUNDACIÓN
BIBLIOTECA
AYACUCHO



MISIÓN
cultura • venezuela
¡Corazón adentro!

PRESENTACIÓN

El Bicentenario de la Independencia de Nuestra América que celebramos y recordamos durante estas primeras décadas del siglo XXI pone frente a nosotros las fortalezas que poseemos para enfrentar los desafíos del presente y el futuro. Aquellas acciones épicas han dejado en nuestra memoria las enormes capacidades de nuestro pueblo para lograr su libertad y su alto sentimiento antiimperialista.

La Batalla de Ayacucho que traemos al corazón años después es un portento de nuestra historia, es la finalización de una campaña militar que logra la libertad de la América del Sur. Tiene una dimensión histórica comparable a la invasión española de 1492, pues cambia de forma definitiva la composición del mundo, culmina la etapa bélica de la independencia de la América meridional y origina una era de libertad y soberanías nacionales en nuestro hemisferio con consecuencias trascendentales en la geopolítica mundial.

Es el acontecimiento histórico que consagra el proyecto bolivariano de la unidad latinoamericana, coronado por el ejército colombiano al mando de Antonio José de Sucre, genio militar y el hombre en que Bolívar tenía la mayor confianza y amistad. Sabemos que la unidad no carecía de tropiezos y enemigos internos y externos, pero no es como se dice un sueño bolivariano, es una concreción que permaneció 10 años. Esa unidad interrumpida por oligarquías internas e imperios concretos y en proyecto como el estadounidense, hace de Ayacucho el comienzo de la disgregación, pero la esperanza firme y posible de la unidad, probablemente el más trabajoso de los proyectos, pero también la demostración de su posibilidad en el respeto a la diversidad que ha sido un deseo permanente en 200 años y hoy más que una posibilidad es una necesidad.

Con Ayacucho estalló la paz en la lucha contra el Imperio y surgió la condición de una construcción armoniosa, como proyecto sigue arraigada en los corazones de los latinoamericanos, el comandante supremo Hugo Chávez logró penetrar el corazón de los líderes de Nuestra América y creó instituciones de integración y unidad que seguirán significando una ruptura con las posiciones disgregadoras, sobre todo del Imperio del norte que necesita tenernos divididos.

Después de un siglo XIX convulso por las fracciones y por las ambiciones apátridas de las oligarquías quienes no quisieron hacer Patria, sino negociar por su mezquindad el territorio y sus recursos, manteniendo a los pueblos en las mismas condiciones de la Colonia, el pueblo con y sin dirección comenzó una lucha por sus propias reivindicaciones, por una verdadera unidad latinoamericana y caribeña y por mantener la soberanía que junto a sus líderes, Bolívar y Sucre, logró en Ayacucho.

La historia no se repite, puede ser que haya ciclos con entronques semejantes en algún punto de la elipse. Esos momentos telúricos revolucionarios, de cambios bruscos y profundos que marcan un cambio de época en los que el pueblo y sus líderes deben detenerse a proyectar una sociedad de justicia, igualdad, soberanía, unidad y paz.

Ayacucho en un tiempo lineal está en nuestro pasado, pero en el tiempo sagrado de la política está presente en la construcción de un mundo de paz, soberanía y unidad.

Nicolás Maduro Moros
Presidente Constitucional de la
República Bolivariana de Venezuela

REFLEXIONES DE UN SOLDADO BOLIVARIANO A DOSCIENTOS AÑOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

*La independencia y la paz de América se
han firmado en este campo de batalla¹.*

G/J Antonio José de Sucre

Uno de los principales problemas que debe atravesar quien trata de hacer cualquier reflexión de nuestro pretérito glorioso, viene dado por la delimitación temporal de los acontecimientos, especialmente cuando las grandes hazañas que se han librado por la gloria y la libertad, son parte de un proceso histórico continuo y complejo. Por eso, si queremos hablar de la Batalla de Ayacucho 200 años después de esta gran gesta, podemos preguntarnos ¿Desde cuándo habría que partir? ¿Desde que los incas enfrentaron por primera vez las huestes de Pizarro? ¿O desde que Bolívar puso su mirada en el sur concibiendo a la Patria como la América toda? Las mismas interrogantes surgen cuando se pretende establecer la limitación temporal superior, me refiero al ¿Hasta dónde alcanzan las proyecciones de la Batalla de Ayacucho? ¿Hasta la liberación del Callao? ¿Hasta el Congreso Anfictiónico de Panamá? ¿O hasta la muerte de Sucre y la disolución de Colombia la grande? La respuesta la podemos encontrar si enfocamos el lente en los grandes ideales que hicieron posible aquella victoria hace dos siglos: la integración y la independencia.

Ayacucho es la expresión eterna y más pura, de que no hay ninguna paradoja en buscar la independencia al mismo tiempo que se busca la integración. La segunda es garantía de la primera, solo si se considera que los catalizadores entre ambas son la libertad y la dignidad. Todos estos ingredientes estuvieron presentes en el Ejército Unido Libertador del Perú cuando, después de atravesar las más difíciles situaciones políticas, logísticas y militares, colombianos, argentinos, chilenos y peruanos vencieron al último virrey de la América Meridional aquel 9 de diciembre de 1824, luego de una gloriosa y decisiva campaña militar que brilló por el genio estratégico y táctico de nuestros héroes libertadores.

Aquellos soldados colombianos que venían mayormente de lo que fueron los departamentos de Venezuela y Cundinamarca, portaban en sus bayonetas las

1. Oficio de Sucre al Ministro de Guerra del Perú, 11 de diciembre de 1824.

glorias de Boyacá y Carabobo. Habían marchado al sur para buscarle, en palabras de El Libertador, “otras hermanas” a estas hazañas. No era un recurso retórico aislado el que utilizaba el genio de América cuando avanzaba hacia el sur, en efecto, buscaba “encuentros” que pudieran tener las mismas proyecciones políticas y estratégicas que tuvieron aquellas gestas que libertaron a Venezuela y lo que es hoy Colombia; militarmente, lograr una preeminencia de fuerzas que viabilizara futuras operaciones, y políticamente, que abrieran paso a nuevas decisiones soberanas en la marcha imparable de la libertad y la integración.

De esta manera, mientras Boyacá abrió la senda para la fundación de Colombia el 17 de diciembre de 1819, Carabobo viabilizó la incorporación de la mayor parte del territorio de Venezuela a Colombia y antecedió a la promulgación de la Constitución de la Villa del Rosario de Cúcuta, sancionada por el Congreso bajo el cual El Libertador se juramentó como presidente. Sería con este marco institucional y militar, que nuestro Libertador “Presidente en Campaña” emprendió la marcha hacia el sur, aun existiendo importantes reductos realistas en Venezuela como Maracaibo y Puerto Cabello y sendos riesgos de envío de refuerzos por parte del imperialismo español y de la Santa Alianza. Pero, confiando en la divina providencia, en la justicia de la causa y en el talento de los jefes militares a quienes había delegado misiones específicas, Bolívar continuó su marcha hacia el Perú. No en vano afirmó en agosto de 1821 que “(...) desde el momento en que la providencia concedió la victoria a nuestras armas en los Campos de Carabobo, mis primeras miradas se dirigieron al sur. Allí nacerá una fuente de Libertad para todos los ángulos de América”².

Tal determinación y visión geopolítica llevó a nuestro Libertador a no reposar un minuto en los laureles de la gloria obtenidos en la Campaña Final para Liberar a Venezuela, sino que después de juramentarse como presidente de Colombia en el Congreso de la Villa del Rosario de Cúcuta, continuó su sendero redentor para liberar a Quito con Sucre al frente, entrevistarse con el general José de San Martín en Guayaquil, para luego emprender su proyecto de liberación del Perú, a donde arribó imparable en septiembre de 1823.

Ahora bien, la situación en el virreinato del Perú, no era extremadamente compleja solamente por las realidades estratégicas, logísticas y tácticas, sino que existían convulsiones políticas intestinas y parte de las intrigantes oligarquías locales que hacían vida en el Congreso del Perú no apoyaban la autoridad de Bolívar y se mostraban todavía a favor del imperialismo español opresor. Para finales de 1823 describía la situación a Sucre como un “laberinto intrincadísimo entre Riva-Agüero, el congreso y todos los intereses cruzados de la América”. Esto nos recuerda que a los grandes proyectos libertadores, integradores y dignificadores de la Patria Grande, les ha tocado enfrentar a esclavos domésticos de intereses foráneos, cuyos representantes, por cobardes, no dejan de ser peligrosos para nuestros pueblos. Pero ante estas situaciones, solo queda, en palabras de Bolívar, “volverse un Caribe, y apretar la mano”. ¡Contundencia y determinación por la Libertad!

2. Simón Bolívar, carta a Bernardo O'Higgins, Trujillo, 23 de agosto de 1821.

Así, luego de “apretar la mano” y lograr la anuencia del congreso peruano, El Libertador concentró sus esfuerzos en la organización del Ejército Unido Libertador del Perú, nombrando como jefes principales a los generales Antonio José de Sucre, José María Córdova y Jacinto Lara, así como el general peruano José de La Mar. Estas decisiones, igualmente exaltan sus habilidades políticas-estratégicas y de liderazgo militar, para conformar alianzas y organizar ejércitos, como pocos hombres lo han hecho en la historia de la humanidad.

Luego, el Ejército Unido Libertador del Perú continuó sus operaciones, obteniendo una trascendental victoria en la Batalla de Junín, hazaña con la cual se logró la independencia de lo que hoy es la República del Perú y se viabilizaron las futuras operaciones en el eje Cuzco-Huamanga-Ayacucho. Respecto a la Batalla de Junín, es necesario detenernos para comprender mejor el desarrollo de las operaciones y la magnitud del desafío que asume Bolívar en esta campaña. Esto solo es posible abordarlo con sentido panorámico al gran *Teatro de la Guerra* configurado por la naturaleza en el más poderoso módulo del sistema andino: bordes rocosos y desfiladeros pedregosos, abiertos como tajos en el flanco de la cordillera. He aquí, la importancia de un elemento clave y hasta determinante del triunfo patriota: el Cerro de Pasco, situado hacia la parte media del Perú, el cual establecía la gran divisoria entre los territorios dominados por los realistas al sur y los patriotas al norte. En este macizo se realizaban operaciones de guerrilla que apoyaban la causa independentista, mediante el espionaje, encubrimiento, alerta temprana, hostigamiento e incursiones limitadas de tipo regular.

Diversos historiadores consideran que este cerro constituye el accidente geográfico decisivo el cual se aprovechó tácticamente. El dominio de sus vías permitía encubrir el movimiento de todo un ejército, con el hecho de controlar sus vertientes por el lado opuesto a aquel donde se ubicarían las fuerzas que trataban de concentrar.

Bolívar presencia la batalla desde una pequeña altura, el espectáculo imponente de las fuerzas realistas, ante la cual parecen minúsculos sus propios escuadrones, afanados por ganar la llanura y disponerse para hacer frente a aquel alud que se les venía encima. Pero Bolívar, *El Hombre de las Dificultades*, que era experto combatiendo en desventaja, de nuevo concibió un extraordinario *diseño operacional* para alcanzar el objetivo y *el estado final deseado*. Frente al Ejército, con su verbo encendido por el orgullo americano que anidaba en él, se dirige vehementemente a sus tropas a las que exhortó:

¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encomendado a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. ¡Soldados! Los enemigos que van a destruir se jactan de catorce años de triunfos. Ellos, pues serán dignos de medir sus armas con las de ustedes que han brillado en mil combates. ¡Soldados! Perú y América toda esperan la paz de vosotros (...) la paz, hija de la victoria.

Comienza entonces el momento decisivo del combate de Junín, una batalla épica entre las 9.000 almas de las fuerzas patriotas y las 12.000 del Ejército Real del Perú, comandado por el general José de Canterac. Ambos bandos mostraron gran valentía

y determinación en la lucha para obtener la victoria. Aunque al principio parecía imponerse la caballería realista, la caballería patriota hizo gala de sus capacidades y el uso de la masa y la explotación táctica del terreno permitieron la ejecución de una asombrosa *maniobra* que abrumaría a las tropas adversas. Los patriotas, comandados por excelentes y experimentados oficiales, llenos de coraje y animados por toques de clarín, utilizaron tácticas de guerrilla y aprovecharon la geografía montañosa para comprometer a los realistas y causarles bajas significativas.

Todo el enfrentamiento duró aproximadamente cuarenta y cinco minutos a una altitud de 4.100 metros sobre el nivel del mar. En esta épica contienda librada esencialmente con sables y lanzas, los llaneros venezolanos y colombianos y los jinetes peruanos confirmaron una vez más sus capacidades y destreza para el combate en situaciones comprometidas.

El triunfo en la Pampa de Junín fortaleció aun más la moral del Ejército Libertador. Sin embargo, Junín no es la batalla decisiva, ya que el gran ejército español, aunque derrotado, no había sido destruido completamente, y la mayor parte de él aun permanecía en las sierras, en un escenario de operaciones más complejo por los accidentes geográficos. Aun así, para noviembre de 1824, Bolívar se mostraba optimista ante los acontecimientos. Así lo expresó en una carta dirigida al Marqués del Toro:

Los españoles han perdido casi todo su ejército y casi todo el Perú. El cielo nos ha favorecido más que nunca. Sucre ha quedado en la provincia del Cuzco para continuar persiguiendo a los enemigos. Yo me he venido a tomar Lima y a sitiar el Callao. Dentro de muy pocos meses, no quedarán españoles en América.

Apreciando todo el panorama de las operaciones en la campaña, Bolívar instruyó a Sucre que mantuviera sus operaciones en las serranías mientras que él mismo dirigiría las actuaciones sobre Lima y el Callao ante los recientes reveses en los cuales “El Callao fue vendido por el gobierno que lo guarnecía y Lima por su propio gobierno”³.

En lo que respecta a las operaciones en las serranías que antecedieron a Ayacucho, el 14 de noviembre las tres divisiones del Ejército Libertador partieron desde Talavera, San Jerónimo y Andahuaylas en persecución del grueso de las fuerzas enemigas que se dirigían hacia Huamanga, logrando alcanzar un cuerpo enemigo en el Puente de Pampas el 19 de noviembre, pero estos últimos lograron frenar el avance del Ejército Unido Libertador. Acto seguido, las fuerzas realistas intentaron flanquear al Ejército Libertador a la derecha del río Pampas, acción que fracasó ante el refuerzo de la retaguardia llevado a cabo por Sucre la noche del 30 de noviembre.

Buscando dar un giro a la situación ventajosa en la cual se encontraban los realistas al ocupar las partes altas del terreno y las posiciones defensivas en unas “breñas no solo inatacables sino inaccesibles”, los republicanos se abrieron paso con la infantería de vanguardia a través de la quebrada de Corpahuaico, mientras que los realistas atacaron repentinamente la retaguardia patriota comandada por

3. Bolívar a Santander, Chancay, 13 de noviembre de 1824.

el general Lara, dando una percepción de ventaja; el 4 de diciembre, los realistas reforzaron sus posiciones en la quebrada de Corpahuaico destacando cinco nuevos batallones.

Los movimientos del Ejército Patriota continuaron de manera muy ordenada a pesar del veloz y tenaz avance realista, hasta que el día “9, vio dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación”. La ventaja numérica de los realistas en el Campo de Ayacucho duplicaba en número a las fuerzas patriotas, que había perdido, además, la mayor parte de su artillería y su parque días antes en la quebrada de Corpahuaico.

La precisión de la artillería patriota, el coraje de las unidades de infantería comandadas por Córdova, las cargas de Caballería del general Miller y el general La Mar, y las acciones decisivas de la reserva comandada por el general Lara marchando por el centro, sellaron la victoria del Ejército Libertador en aquellos parajes de Ayacucho, en una acción tan magistral que impidió cualquier posibilidad de retirada de las fuerzas realistas, logrando capturar al virrey la Serna, al teniente general Canterac y otros 2000 prisioneros mientras que sobre el campo de Ayacucho yacían alrededor de 1800 cadáveres realistas. Las pérdidas patriotas no alcanzaron los 400 muertos.

De esta manera, el Ejército Unido Libertador del Perú sellaba la independencia de Suramérica, dos días después de que Bolívar desde Lima, renovara la convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá. Había sido precisamente la unidad de estas naciones emergentes lo que viabilizó esta contundente victoria, pero también Bolívar entendía que esa misma unidad, sería la única garantía de paz, independencia y libertad para las futuras generaciones.

Dos siglos después, cuando los pueblos de Nuestra América vuelven a ser objeto de la ambición y voracidad imperial, la integración sigue siendo el ingrediente fundamental para la verdadera Independencia. Por ello las proyecciones de la Batalla de Ayacucho se reflejarán en la integración y la grandeza de la Patria Grande. Eso lo hemos entendido en nuestra patria, y por ello la tierra que vio nacer a Bolívar y a Sucre, vuelve a ser el epicentro de dignidad del continente.

Venezuela puso un alto a las políticas injerencistas y neoliberales del gobierno de los Estados Unidos, retomando el ideal integracionista de El Libertador y promoviendo los valores de justicia, igualdad, solidaridad, paz y unidad latinoamericana. Esta posición emancipadora inspiró y enrumbo el destino político de otras naciones del continente. Pero también ha tenido un alto precio, pues nuestra nación ha sido víctima del asedio imperial mediante la imposición de criminales sanciones coercitivas, ilegales y unilaterales, al punto de ser catalogada como una “Amenaza inusual y extraordinaria” por parte del gobierno estadounidense.

Como respuesta a esta embestida imperial, la vocación libertaria y emancipadora que nos caracteriza, fue convertida en la base teórico-ideológica para acercarnos a Estados hermanos y Estados emergentes, en favor de apoyar la construcción sin demora de un nuevo orden mundial, enarbolando esencialmente la unidad como la única forma de garantizar la seguridad real de nuestros pueblos y haciendo realidad aquella profecía de nuestro Libertador antes citada: ¡EL SUR SERÁ LA FUENTE DE LIBERTAD PARA TODOS LOS ÁNGULOS DE AMÉRICA Y EL MUNDO!

Y desde ese pensamiento nacieron iniciativas como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), Petro Caribe y el Banco del Sur, todas instancias empleadas en función de la cooperación e integración regional, las cuales, a pesar de las adversidades, han servido de plataforma para mirarnos, reconocernos y avanzar, permitiendo además, declararnos como una Zona de Paz, más allá del ámbito militar.

En franca correspondencia con la Diplomacia Bolivariana de Paz, Venezuela continúa sumando esfuerzos en la forja de un mundo multicéntrico, multipolar y pluricultural, reafirmando su compromiso en la búsqueda de soluciones conjuntas para el equilibrio geopolítico, la estabilidad, la prosperidad, la paz y el entendimiento latinoamericano, bajo un esquema de pensamiento antiimperialista que no permite el injerencismo y promueve la autodeterminación. En virtud de estas premisas, manifestamos el respaldo absoluto a la intención del Jefe del Estado venezolano, de integrarnos al bloque de los BRICS, esta visión geopolítica que nos permite cerrar filas con los países emergentes, acción que han tratado y tratan de evitar los enemigos de la multipolaridad y serviles a las hegemonías imperiales, apelando a mecanismos imposibles de justificar. Pero gracias a Dios, el 28 de julio el pueblo expresó con determinación ¡NO SEREMOS COLONIA DE NADIE! ¡VENEZUELA SE RESPETA! ¡Y ASÍ NUESTRA PATRIA SE INCORPORA DIGNAMENTE AL NUEVO ORDEN MUNDIAL MULTIPOLAR!

Tal victoria fue posible gracias a la resistencia del pueblo venezolano frente a las dificultades actuales, lo cual refleja el mismo espíritu que animó a Bolívar y Sucre en sus tiempos. Ellos, siguen siendo un faro que guía a las nuevas generaciones en su anhelo por alcanzar un resplandeciente porvenir. Por eso, el Padre Libertador y su más leal discípulo, El Abel de América, son más que figuras históricas; son símbolos eternos de la lucha por la libertad, la justicia y la unidad. Su legado nos recuerda que la verdadera independencia no se logra solo con victorias militares; es imperativo, además, la construcción de sociedades justas y equitativas.

Al celebrar los 200 años de la Batalla de Ayacucho, honramos no solo a sus héroes, sino también a todos aquellos que trabajan día a día por un mundo mejor. En tal sentido, quiero culminar estas palabras exaltando uno de los valores más prístinos que condujo la gesta emancipadora de nuestros libertadores, como lo es ¡LA PAZ!... ¡HIJA DE LA VICTORIA!

La FANB ahora con más fuerza que nunca, rechaza la agresión imperialista y le recuerda al orbe, que, con medidas coercitivas ilegales, con licencias o sin ellas, estamos decididos a ser una nación libre, a la que ninguna fuerza podrá detener, pues, como expresó nuestro mariscal Sucre, hoy reafirmamos: ¡EL AMOR A LA GLORIA Y EL PATRIOTISMO, TODO LO PUEDEN!

¡INDEPENDENCIA Y LIBERTAD!

¡INDEPENDENCIA O NADA!

G/J Vladimir Padrino López
Vicepresidente Sectorial de
Soberanía Política, Seguridad y Paz

LA METÁFORA DE UNA BATALLA: AYACUCHO ESPERA AÚN POR NOSOTROS

Fue ayer, ahora mismo, hace 200 años. Nos está sucediendo a cada rato. La planicie, allá arriba, a más de 3.000 metros, donde vuelan los cóndores ya no es geografía, no es Perú, hace ya tiempo que no es Perú, sino Sucre, Antonio José de Sucre, el perfil de cernícalo, grave, frente a sus soldados, y es Bolívar, su presentimiento, su atenta mirada de guerrero soñador en su refugio limeño. El gran Mariscal, cuya estatura militar desmentía su temprana edad, conoce inquieto pero determinado a actuar que son 6.000 soldados los que habrán de enfrentarse a los 10.000 de España que comanda un virrey. Momentos antes de iniciarse la batalla Sucre arengó de esta suerte a la tropa: “¡Soldados! De los esfuerzos de hoy depende la suerte de América del Sur, otro día de coronar a vuestra admirable constancia”.

El ambiguo Santander, parapetado tras un congreso de secuaces, le ha negado a El Libertador el socorro de 4.000 soldados que le reclamara para aumentar el número de la tropa. Aun no asoma a su falsía la conjura de que será cabeza de chacal en la noche septembrina donde tramará derribar la vida de Bolívar. Ha preparado esta otra miseria humana: el privarlo de comandar la batalla. “Si el Congreso me da auxilios pecuniarios, o de Europa, los consigo, y tendrá Ud. el auxilio, y si no, no”, se atreve a increparle. Otra afrenta recibe de la Cámara de Representantes: se pregunta si El Libertador habría dejado de ser el Presidente de Colombia. Para infortunio del réprobo, el hado quiso que, al lado de Bolívar, al diestro de su espada, a la sombra de su vehemencia, se hallaba el hijo de su corazón, la inteligencia en la estrategia en los combates, el arrojo y la prestancia ofrecida al peligro y a la nada: Sucre.

Es hoy, fue hoy, será hoy siempre. Neruda ha visto a Sucre: “Nace cada minuto una bandera como una flor anticipada”. Y ha visto al Libertador: “Bolívar mostraba un sueño, una ignorada dimensión, un fuego de velocidad duradera”. Allá van

los patriotas, un río de por medio y de pronto el quebradón de Corpahuaico. Los soldados del rey abaten a 300 de los soldados patriotas y se hacen de sus armamentos. Sucre, en lugar de ordenar retirada determina volver el rostro y enfrentar al enemigo en la llanura que en quechua quiere decir valle de la muerte. Los realistas fueron sorprendidos con esta improvisada astucia: pocas horas bastaron para que la gloria se mirara en los ojos de su coraje y en los de su tropa. Había revivido una guerra antigua: la de los pueblos de las ventiscas del Cuzco y la de los del volcán del Popocatepetl, la del lloro quechua que se negara a enterrar a Atahualpa, la del canto azteca de Netzahualcóyotl a Quetzacóatl y la de la rabia con que se inmolará Guaicapuro en el infierno de su casa en llamas.

Aquella soberanía ultrajada desde los tiempos de la invasión de 1492, aquella desolación de vidas y culturas que propalaran los alucinados de la canela, la semilla de la almeja, el fulgor amarillo de la piedra, los que empleaban el hierro candente en el rostro esclavo, los que perpetraban encierros en los patios de los repartimientos humanos y dispersaban pueblos enteros para que olvidaran sus lenguas y enterraran sus dioses terrestres y cósmicos mientras crecía el tráfago de las alcaldías de la casaca y la peluca, el escarpín y la media, el estoque ahíto de llagas y de cementerio, el vómito de la pólvora y se poblaban mansiones de cal blanca y portones con escudos nobiliarios y se oían los gritos de las campanas que espantaban a los vencejos y a las golondrinas y cundían las oficinas de la papelería judicial de la usura, la compra venta del monopolio de la Guipuzcoana y el saco de las apropiaciones y se imponía minuciosamente el idioma de España en nombre de un hombre coronado allá más allá del mar y se le rezaba a un dios invisible y a un mártir claveteado sobre un madero significando de esta suerte la vida de la Colonia. Hasta que fuimos Simón Bolívar en la planicie de Carabobo y fuimos Pichincha y fuimos Junín en la guerra que propiciara el inventor de una América como patria única. Tal ese día de Ayacucho que nos devolviera aquella tierra nuestra al fin soberana.

Sucedió un 9 de diciembre, sucedió hace dos siglos, hace un momento, porque esa batalla adviene hoy como una metáfora del entendimiento con el coraje entre venezolanos de América, los humillados y ofendidos de los años de la Conquista y el servilismo de la Colonia, la terrofagia de los amos azotadores de esclavos, las violaciones, el estupro, los amparados por el servilismo de la cleresía que bendecía el ahorcamiento, el martirio del llamado Santo Oficio y el despedazamiento de los ajusticiados. Lo saben Tupac Amarú y lo saben Moctezuma y también Tamanaco, devorado por los perros de Garcí González de Silva vestido como pájaro amarillo para ocultar su vesania. Sucre, Antonio José de Sucre, lo hará con Bolívar y con nosotros y con aquellos soldados de las llanuras y la niebla, venezolanos, colombianos, peruanos, sureños. Todavía se escucha a Bolívar dar aviso del triunfo o el final de la venganza de un oprobio que había 10 y más años de sangre y coraje: “La Batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre. La dispo-

sición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina... Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos”.

¿Cuándo terminará Ayacucho? Miremos a nuestro alrededor. El enemigo es otro y mismo absolutismo. Nos superan él y sus secuaces. Hoy ocurre. Hoy es Sucre y Bolívar, de nuevo. El virrey La Serna vive en Washington y aquella Casa Real de las transnacionales de la Reforma y Contrarreformas del fascismo vive en Europa y nuestro vecindario.

No sé por qué las bocas del Orinoco se me asemejan a la continuación de esa batalla: su alma, apenas un suspiro de agua como rocío sobre un barranco de Tape-rapécó, tórnase vastedad, curso de lo ílmite, lo del siempre y eterno y devuélvese sin parar un punto a su primer aliento, como el uroboro de los griegos, tal si reclamara su primera vez continuamente. Sí, es esa, acaso, la metáfora de aquella batalla: ocurre aun, de distinto y semejante modo en su determinación de revivir como el combate de los libres por nuestra definitiva soberanía, hoy enfrentada a otro y mismo absolutismo, ayer con corona, hoy con traje de amo. Sucre, Antonio José Sucre, soldado mártir del bosque de Berruecos, y Bolívar, el general de las dificultades, llagado de traiciones en San Pedro Alejandrino, nos llaman a reemprender a esta hora de nuestra historia un nuevo Ayacucho, ese asunto torrencial del río padre que es el reclamo de nuestra dignidad nacional, la desmesura de nuestro espíritu.

Luis Alberto Crespo
Presidente de Fundación Biblioteca Ayacucho

SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición conmemorativa de los doscientos años de la batalla cuya victoria sella el destino independentista del continente y prefigura los pasos que seguimos transitando en la lucha contra el poder hegemónico, presenta una selección de textos que condensan el fluido movimiento que desencadena la Batalla de Ayacucho y luego define el proceder de nuestros padres fundadores.

En una primera sección que denominamos “Documentos”, agrupamos una serie de cartas, oficios y proclamas que nos dan una clara visión oficial de los acontecimientos, de puño y letra de los líderes y responsables de las instituciones de la época. Para esta selección recurrimos a *Doctrina del Libertador* de Simón Bolívar y *De mi propia mano* de Antonio José de Sucre, volúmenes 1 y 90, respectivamente, de nuestra Colección Clásica, para los escritos de los generales que comandaron la batalla. Además, se incluyen dos cartas rescatadas de *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón*, publicado por la editorial El perro y rana, para recordar el papel a menudo invisibilizado de las mujeres en la lucha por la independencia.

La segunda parte llamada “Testimonios y crónicas” recoge algunos textos autobiográficos de los protagonistas que estuvieron en el campo de batalla. Se incluye parte de los *Recuerdos* de Francisco Burdett O’Connor publicados en 1895 y de las *Memorias* de Guillermo Miller, escritas por su hermano a partir de su correspondencia y diarios en 1829. Para una semblanza del carácter del Gran Mariscal de Ayacucho, escogimos el “Resumen sucinto de la vida del general Sucre” que escribió el Libertador y que está compilado en el volumen 19 de nuestra Colección La Expresión Americana, *Defensa de Sucre*; y un fragmento de *El Washington del Sur*, publicado en nuestra Colección Paralelos. Asimismo, cerramos este volumen con

un texto de una de las plumas más importantes del continente Ricardo Palma, que elabora una de sus tradiciones centrándose en la batalla.

Por fuera quedan las historias de innumerables personas anónimas que lucharon y dieron su vida por un ideal. A soldados, mujeres, extranjeros, nativos y esclavizados que no registran los tratados de historia está dedicado este libro. Para honrar las muertes y sacrificios que no fueron en vano y celebrar una batalla que seguimos librando todos los días.

B.A.

Batalla *de* Ayacucho



J. GONZALEZ, 70.

LA VIDA, S. PABLO, 73

BATALLA DE AYACUCHO.

Documentos

VOLVERSE CON SOLO LA GLORIA

Huarás, a 29 de marzo de 1824

Al señor don José María Peñaranda, intendente de Canta.

Hace algunos días que no recibo una comunicación de V.S. ni sé nada de lo que pasa en esa provincia y sus inmediaciones. Es muy importante que por lo menos cada semana me dé V.S. un aviso de todo, de lo que se sepa de los enemigos, movimientos que hayan hecho sus tropas, situación en que estén las inmediatas a esa provincia, las noticias de la capital, &, &. Para esto he dicho a V.S. que tenga espías en todas las direcciones y cuanto indague por ellos me lo participará volando. Haya o no haya novedad, escíbame V.S. cada semana y cuando ocurra algo extraordinario me lo comunicará volando, volando.

Según me dice el coronel Otero, el comandante Guzmán bajaba para Canta llamado de V.S. a contener no sé qué desorden que V.S. había notado en sus partidas. V.S. castigue severa y ejemplarmente toda falta en sus partidas, y muy, y muy particularmente, las que tiendan a la defección y a la inmoralidad, a que están precipitándose algunas de las guerrillas o individuos de ellas, por el perverso influjo de algunos traidores que les hacen desesperar del éxito favorable de la guerra, o que quieren persuadirlos que las tropas de Colombia tienen miras de ambición sobre este país, como si los jefes colombianos, y más el Libertador, no hubieran mostrado que su deseo es solo libertar el Perú, y dejándolo independiente y libre de los españoles, volverse a Colombia, con solo la gloria de haber exterminado a los enemigos del Perú. V.S. escriba a todos sus amigos, y a todos los comandantes de partidas, que desprecien los pérfidos consejos de Tagle y otros malvados americanos que han vendido vilmente los intereses de su patria y la confianza que el Perú depositó en ellos: que sigan trabajando harto y constantemente contra los españoles, y pronto tendrán por fruto la victoria y la más halagüeña de todas las recompensas, que es la de haber servido fiel y útilmente a la patria, a la cual la misma vida es un justo sacrificio que le tributan sus dignos hijos.

Desde Huacho fue el coronel Desa a Canta con una partida para levantar una guerrilla fuerte y bien organizada: envíe con él al mayor don Vicente Suárez, que en veinte días nada sé de él. Dígame V.S. dónde está y qué ha hecho: dígame también cuáles son las partidas que están cerca de Canta, y hostilizando por esa dirección a los enemigos de Lima, quiénes los mandan y qué fuerzas y armas tienen. A todas escríbales V.S. que hostilicen de cuantas maneras puedan al enemigo, y que me escriban aquí de las novedades.

Es probable que pronto tengamos una batalla, pero conservamos la más lisonjera esperanza de ganarla. Nuestro ejército es tan fuerte ahora como el del enemigo, y acabamos de recibir nuevas tropas con el general Córdova, que está llegando a Trujillo con 2.000 hombres. Tropas suficientes y muy buenas no nos faltan para un combate. Lo que necesitamos es conservar la fidelidad de todos los servidores del Perú y que los paisanos, los pueblos y las guerrillas se porten bien.

Haga V.S. circular muchas copias de la proclama adjunta de S.E. el Libertador.
Dios guarde a V.S.

A.J. de Sucre

P.D. Si está por ahí el comandante Guzmán dígame V.S. que le he escrito cuatro veces: que me conteste y me diga lo que necesita para su partida.

SE TRABAJA AQUÍ CUANTO DA EL PAÍS

Huarás, a 31 de marzo 1824

A S.E. el general Bolívar, &, &, &.

Mi General:

Hace tres días que tuve el gusto de recibir la carta de Ud. del día 21 y había demorado el responderla, esperando si tenía alguna noticia de Huánuco. Nada he sabido de nuevo en las comunicaciones que tuve ayer del coronel Otero, y de que hablo al secretario, no repitiéndolo a Ud. porque nada es importante.

Mucho me alegra la reducción que Ud. hace de los cuadros del Perú a cuerpos, que merezcan serlo y que puedan servirnos. Me espero que el general La Mar pondrá esa división en orden y tono; creo que tiene alguna buena gente, y no debe estar mal de disciplina porque no son tan nuevos.

Los 70 *Granaderos de los Andes*, han llegado y con los 40 que tiene Bruix en Trujillo y 40 o 50 que tengo probabilidades de aumentarles, quedará en un regular pie. Los *Granaderos* si reúnen su fuerza que como antes he dicho está bien dispersa, tiene 180 hombres. Los *Húsares* deben pasar de 340 hombres sin contar las altas que Ud. me dice iba a mandarles.

Ud. me anuncia que los 900 hombres que vienen de Guayaquil son todos para la división del general Lara. Como *Vargas* es de esa división, yo deseara que Ud. destinara para él 200 veteranos de los 400 que vienen. Este será un buen batallón si aumentamos su fuerza veterana y con 200 hombres viejos quedaría en una fuerza de 950 hombres, es decir, 800 a formar. Según la situación de 15 de marzo, *Rifles* tiene en fuerza total 854 hombres y *Vencedor* 530 descontados los hospitales de Lima, perdidos &, &; que es decir, que con los 700 hombres que se den a los dos, quedan a más de mil plazas que por lo menos deben tener. *Bogotá* está en 900 total, y recuerdo a Ud. cien veteranos viejos buenos para cuando venga alguna tropa de Panamá. *Voltígeros* y *Pichincha* están a 800 también total, y necesitan 400 hombres

para los dos. Esta fuerza es también, deducida la pérdida en los hospitales de Lima, que como se muestra en los estados, es solo de los batallones, 200 hombres.

Los batallones estos están en una constante disciplina, y Ud. notará que no cuentan deserción sino muy poca. Ahora poco se fueron unos reclutas de *Voltigeiros*, gente de Yungay; pero será bien reemplazada. La tropa y oficiales conservan su moral y su espíritu nacional, tienen orgullo, y espero que se batirán bien. *Bogotá* no lo veo desde enero, pero creo que va bien. *Rifles* y *Vencedor* Ud. los ha visto.

De los libramientos se han realizado los 5.000 de Mr. Inglar; los 5.000 del señor Waddington, aun están por ver si se pagan. Mil pesos más he conseguido de que di aviso a Heres, pues fueron de un libramiento que él me giró sobre sus cuentas conmigo y he podido realizarlo a fuerza de diligencias. La tropa y oficiales están pagados por marzo. A Galindo le falta algún dinero y le he librado 1.500 pesos; él debía cobrar de solo Conchucos 2.000 pesos del cupo.

En cuanto a maestranza se trabaja aquí cuanto da el país: bayetas que se están abatanando y se teñirán, completarán los pantalones de paño de la tropa: las suelas no saben curtirlas, si no se construirían toda clase de correajes; pero si vienen suelas y algunas hojas de lata no faltarán las cartucheras &; no obstante que para los cuerpos que están aquí ya casi nada falta de cartucheras. El *Número 1º* carecía de 300 fornituras y el coronel Otero me dice que él hará en Huarí la caja de la cartuchera y mañana le mando latas y correajes; de estos una parte; y la semana próxima el completo. Casacas de parada no se pueden hacer porque todo falta: las camisas me avisa Pérez que vienen 3.000 en corte, y con estas nos remediaremos. Morriones se harían todos los necesarios, si vinieran suelas; porque se trabajarían los platos y viseras &; de suela, de paño de sombrero el ruedo. Para capotes he escrito a Conchucos para que trabajen todo el pañete y bayetas que se puedan y jerga &, pero nos falta añil que pido ahora al Estado Mayor General. De armamento si no podemos aquí más que componer 200 *fusiles ingleses*, y estos nos completarían la fuerza presente de los cuerpos; pero principalmente desearía 300 bayonetas inglesas y para dejar corrientes los fusiles franceses del parque, también se necesitan 171 bayonetas francesas. Si las hay, suplico que se me manden con prisa.

Las gacetas que contienen la proclama de Ud. y la del número siguiente las he repartido, y he sacado multitud de copias de la proclama de Ud. que con una carta, oficio, o pastoral he mandado a cada comandante de guerrilla para mostrarles la perversidad de Torre Tagle. Además he escrito a Otero y otros para que ellos lo hagan a sus amigos en las partidas. Continuaré siempre escribiendo a todos a ver si los retenemos en el servicio y contenemos las defecciones. Por supuesto que he facultado a todos los comandantes de guerrilla para que castiguen severa y ejemplarmente a todo el que trate de pasarse.

Hay motivos para creer que los enemigos nos busquen en abril, y otros para pensar que no; ellos aun cuando les llegue *Gerona* y los cuerpos que debían venir de Arequipa, no tienen más de 8.000 hombres a mover y si marchan con las aguas sufrirán bastantes pérdidas. Tal vez nos darán tiempo a esperar algunos refuerzos

de Panamá y Guayaquil, aunque estos de Guayaquil no son muy buenos porque no hay tiempo de disciplinar reclutas: sin embargo valen mucho más que nada. En cuanto a la posición que debemos elegir, no puedo dar opinión aun, porque no he visto nada atrás: sin embargo, sé que el camino por Conchucos es muy malo, muy pedregoso, y que los enemigos llegarían sin un caballo útil; además pasan la Cordillera muy sobre nosotros. Esto y las indicaciones que ellos han hecho de un movimiento a Oyón y Canta dan sospechas de que vendrán por Huaylas, y entonces la posición de Corongo dicen que es admirable. Allá fue O'Connor, y se reunirá con Althaus; Ud. también verá eso con más detención que nadie y hará la mejor elección. Si nosotros ponemos 8.000 hombres, de ellos 1.200 caballos y los cuerpos del Perú están en regular estado, sería de desear una posición que presentase algún llano; pero no por esto dejar de aprovechar las ventajas de Corongo u otras en qué desfaltar las fuerzas del enemigo. La posición de Mollepata será nuestro punto de defensa o de un combate general si es la que Ud. por fin ha elegido para decidir nuestra suerte. Yo tengo gran confianza de la victoria. Hubiera deseado ir a ver esas posiciones, pero me he detenido por tantas nuevas de movimientos del enemigo &. Pienso esperar noticias de la marcha de Monet y lo que han hecho. Entretanto ya no es necesario que yo reconozca esos puntos, cuando Ud. los está examinando para hacer su última elección.

La medida que Ud. me recomienda sobre las alhajas & se está practicando (y todo cuanto nos produzca algo): sin embargo no cuento que nos valga mucho aunque se ha mandado ejecutar sin excepción. Con los 4.000 pesos que nos quedan del libramiento de Waddington y los productos del departamento, quizás no alcanza en abril para los cuerpos que tengo aquí; y quedan de reserva, por lo que falte, los diez mil que trae Romero, que pueden alcanzar a parte de mayo. Si no paga Waddington sí tendremos escasez, pero en este caso mandaré un oficial o comisario a buscar lo que habrá de servir para cubrir al hermano de Waddington.

Aunque mi parecer es que los godos nos dejan todo abril, estaré pronto para mover estas fuerzas atrás; cuento poner en Huamachucos 6.000 reses; granos sí que no tenemos y para lo cual es menester tomar medidas; si hubiera bastantes mulas, no sería difícil sacar trigo alguno de Atunhuaylas. Me aseguran que el general Lara tenía para el parque 300 mulas que podían hacer un viaje y llevar esos trigos: nuestras mulas, en traer las cosas de la costa, sal &, conducir armas, enfermos &, se ocupan, porque Ud. sabe que aquí no había muchas mulas.

El tesorero de aquí ha dado una fianza de treinta mil pesos por los resultados de los intereses de que le acusa Silva. Yo no sé qué diga a Ud. de esto: él ha pedido ir a Trujillo para aclarar el asunto a presencia de Silva y los otros, y voy a mandarlo con Bayarri y los otros. Estuvo un rato detenido en su oficina mientras dio la fianza.

A propósito: dígame Ud. qué se hace con el doctor La Hermosa: ya se descubrió el pastel de Torre Tagle y él nunca confesó culpabilidad, ¿sería bueno canjearlo por Ortega?

Mucho, mucho y mucho aplaudo la buena marcha de los negocios de Colombia. Siento no convenir en la opinión de que la Francia no preste socorros a España; me esperanzo sí en que los ingleses forman parte por nosotros.

Siempre de Ud. mi General, su fiel amigo obediente servidor.

A.J. de Sucre

EN ESA OFICINA HACEN TANTAS JERIGONZAS QUE ME DAN PENA

Huarás, a 31 de marzo de 1824

Señor coronel J. Gabriel Pérez.

Querido amigo mío:

El 24 te escribí y ahora lo hago otra vez, aunque de oficio digo todo, para ver si tú puedes conseguir que nos entendamos el jefe del Ejército de Colombia y el Estado Mayor General; porque en esa oficina hacen tantas jerigonzas que me dan pena, no por la autoridad que represento, sino porque deseo que en el Ejército de Colombia todo tenga orden.

En Pativilca te dije cuántos absurdos había cometido, que no era simplemente faltas, sino faltas que tendían a relajar la disciplina, la obediencia y por consiguiente la moral. No he querido escribir nada de oficio, porque no deseo que exista nada que parezca indisposición; pero sí deseo, para evitarla, que tengamos una regla.

Cuando me encargué del ejército tuve que pedir una razón de todos los oficiales que lo componían (y que no se hallaba en ninguna parte) a fin de completar los cuerpos, suprimir agregados, y en vacantes poder informar la antigüedad, &, en las propuestas que los cuerpos pasasen por mi conducto. En cuatro meses, ya ni el Estado Mayor, ni yo, ni nadie, sabe qué oficiales tiene el ejército, porque han tenido la muy buena gracia de recibir en el Estado Mayor General o en la secretaría las propuestas que directamente mandó Vargas y otros cuerpos, y despacharlas, no solo sin informes míos, sino sin saber yo nada. Prescindo si deba llamarse orden o desorden el que no haya una sola oficina que tenga un conocimiento de toda la oficialidad de este Ejército de Colombia; pregunto solo, si admitir las propuestas que dirige un comandante de cuerpo no es autorizar la indisciplina, y que de este trastorno se sigan otros mayores: pregunto si cada vez no es más urgente conservar a cada uno en su deber.

En *Vencedor y Rifles* acaba de haber promociones y nada menos que a jefes, sin que yo lo sepa sino porque me lo han contado. Me dirás, pues, si esto te pa-

rece bueno: a mí no me parece sino un barullo. El Libertador y el Gobierno son árbitros de dar cuantos ascensos quieran; pero todas las leyes militares, todos los reglamentos y un decreto del Libertador en Angostura el año de 19, manda que el comandante en jefe del ejército o el comandante general de una división, si esta obra independiente, sean los que pongan el *cúmplase* a los oficiales de su ejército o división, o mejor dicho, los que los posesionen; y que el Estado Mayor General tome solo conocimiento de las antigüedades, y ponga, el *cúmplase* a los oficiales del cuerpo. Este Decreto de Angostura no está revocado; pero ahora me dice Espinar que por nueva disposición debe poner el *cúmplase* la subinspección. Yo entiendo, y todos entienden en Colombia, que los subinspectores son los jefes de estados mayores divisionarios. Si esto es así, será bueno, si se quiere que lo sea, con tal que haya una regla general que nos guíe, pues a mí me da tres bledos que el *cúmplase* lo ponga Juan o Pedro, con tal que en un ejército que se ha puesto a mi mando, sepa yo quiénes son los ascendidos. Otra cosa no me parece en el orden, por mil y una razones, de que solo basta la una para aconsejarnos el método.

Del Estado Mayor vienen órdenes directas a los cuerpos, aun donde yo mismo estoy, y yo no creo que esto sea regular. Tú me conoces para creer que estas observaciones no son para dar aire a mi destino, sino por el deseo de que este cuerpo se conserve en buen orden. En prueba de que solo es por esta razón, te diré, que si se me previene que deje andar las cosas de cualquier modo, no repararé nada más; pero si se me manda que haga conservar a cada uno sus deberes, me veré forzado a sostener los míos, contra el Estado Mayor General y contra quien los trastorne.

Aunque yo tengo una grande estimación por Espinar, y que es mi amigo, no me parece (y esto como simple parecer) que él baste para estar a la cabeza del Estado Mayor General Libertador: tú sabes que nunca ha servido en el cuerpo, y él también lo sabe para no ofenderse.

Esta carta es para ti solo: la recibirás como observaciones, y no como quejas, y te servirá para lo que pueda ser útil, sin que hagas uso de ella sino para hablar al Libertador lo que te parezca que es en el orden, porque no soy tan aferrado a mis pareceres que los crea sin errores.

Te ruego que si vienen cartas para mí de Colombia me las recojas y las remitas con seguridad.

Tu afectísimo amigo.

Sucre

BAJO UN PIE DE ORDEN Y DISCIPLINA, QUE TAL VEZ NUNCA HEMOS TENIDO

Huánuco, 23 de junio de 1824

El Perú estuvo en febrero, marzo y abril, como un hombre con una enfermedad peligrosa de muerte. Los jefes mismos de esta República, es decir, su gobierno, por la traición más infame, la han puesto casi en poder del enemigo. La plaza del Callao, única del Perú, y la más fuerte en las costas del mar Pacífico, fue vilmente entregada a los españoles por una sublevación de su guarnición, que era de tropas de Buenos Aires, de las cuales las clases inferiores prendieron a sus oficiales el 5 de febrero, y seguidamente enarbolaron el 8, el pabellón español. La causa de la sublevación fue un reclamo de la tropa por sus pagas, y después de este crimen, se creyeron perdidos, y apoderados como estaban de las fortalezas, las sometieron a los enemigos. Los españoles aprovechando la ausencia de nuestro ejército que estaba en la sierra, bajaron cuatro mil hombres a Lima y la ocuparon, y al Callao el 27 de febrero. Lo peor de todo fue que el marqués de Torre Tagle presidente de la República, y su primer ministro el conde de San Donás, abusando de la confianza del Perú, vendieron los intereses de su patria en un mensaje que fue dirigido por el ministro donde los enemigos, y cometieron el más atroz crimen, que ha ocurrido en la Revolución, pasándose ellos mismos a los españoles.

Por supuesto que un accidente como este fue para un trastorno de que no hay idea; dos batallones y un escuadrón de los de Buenos Aires, y un escuadrón del Perú se pasaron por resultado, y una disolución general de todas las cosas fue la consecuencia. Nosotros mismos no sabíamos qué hacer: parados sobre un volcán vacilábamos en si defenderíamos los restos libres del Perú o nos volvíamos a Colombia. Nuestro honor estaba comprometido en defender al Perú, y el Libertador, superior siempre a los contrastes, resolvió este partido.

Un trabajo asiduo, constante y tenaz, nos ha producido la organización en que hoy estamos, y ya próximos a abrir la campaña. Contamos hoy en el ejército colombiano que yo mando, seis mil quinientos hombres muy buenos, y bajo un pie de orden y disciplina, que tal vez nunca hemos tenido; espero que en este mes, o en principios de julio, llegarán mil quinientos colombianos más. El ejército peruano tiene de tres a cuatro mil hombres en regular estado. Nosotros empezaremos las operaciones activas en julio; los enemigos tienen su ejército a cuarenta leguas de esta ciudad, pero no se atreven a buscarnos, ni lo han intentado durante nuestras desgracias, por respeto o temor al ejército colombiano. Como esperamos los refuerzos de Colombia que están llegando a la costa, y estos tienen que pasar la cordillera nevada, no podremos marchar hasta fin de julio; pero nos halaga la esperanza de que el 7 de agosto celebraremos el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú. Si como nos prometemos, la victoria acompaña esta vez a los hijos de Colombia, a la justicia, terminaremos esta campaña breve y será de un grande honor para Colombia libertar al Perú, cuando Buenos Aires, Chile y el Perú mismo abandonaron la empresa después de haber consumido sus inmensos recursos. Creemos poner sobre el campo de batalla de ocho a nueve mil hombres disponibles, y los enemigos no contarán tampoco más: a fuerzas iguales siempre los hemos batido.

Libertar nosotros el Perú, será la obra de resucitar un muerto: si como nos lisonjamos, se consigue la empresa, será un acontecimiento que no solo llevará nuestra reputación militar más allá de lo que puede afirmar la independencia, sino que por mucho tiempo Colombia tendrá una influencia poderosa en la política de América. El Libertador añadirá una página más a su historia, pero marcada con el brillo, la generosidad y una gloria inmortal.

Nosotros llevamos una inmensa ventaja a los enemigos: si ellos pierden una batalla, han perdido todo, todo. Darán quizás otra de poca importancia. Si nosotros la perdiéramos (que no es posible), perderemos la parte libre del Perú pero ellos aun tendrán mucho que trabajar para ir al sur de Colombia. Este país es patriota: después de una victoria, se sublevará todo contra los españoles y en medio del agotamiento de sus recursos, nos dará con qué continuar una marcha rápida sobre los restos enemigos.

A.J. de Sucre

EXTRACTO DE LAS PARTES

Jibia, a 13 de julio de 1824

A S.E. el general Bolívar, &, &, &.

Mi General:

Hace como más de dos horas que encontré un pliego del general Lara para el secretario, que contiene partes del comandante del batallón *Zulia*, y del comandante de *Guías*. Ambos han llegado a Santa y escriben el 3; el primero dando parte de su llegada, y que faltan tres transportes de los cuales dice el capitán del “Nanci” que el “Tritón” ha sido tomado por un corsario enemigo, aunque no sé cómo es que el mismo capitán del “Nanci” refiere que él ha hablado con el corsario enemigo y no le hizo nada. El “Tritón” trae a su bordo dos compañías de infantería de más de cien hombres cada una, y un piquete de *Dragones de Venezuela*. Dice un señor León, comandante del *Zulia*, que arribó allí a los 10 días de salido de Huanchaco por falta de agua y víveres.

Dice el mayor Herrán, comandante de *Guías*, que habiendo llegado a Santa con su escuadrón, pensaba inmediatamente ponerse en marcha por tierra para el ejército, y que el intendente de Santa le prestaba auxilios.

Hago a Ud. este extracto de los partes para indicarle las órdenes que daré a esos señores, expresándoles que se ejecuten si no reciben otra de Ud. Yo llegaré a Baños a las 3 de la tarde y allí escribiré.

Preveré a Herrán que venga para el ejército por la dirección más corta, y le enviaré estas órdenes a la costa de Supe y a Huarás. Preveré a Urdaneta que suponiendo que el 4 llegarían los transportes, y él resolviera traer la columna de infantería a Huarás, y considerándolo ya allí, haga sus marchas a Chiquián que son de Huarás cuatro jornadas por muy buen camino: que de Chiquián venga a Baños que son 5 jornadas cortas, y de Baños por Lauricocha a Yanahuanca que son tres jornadas cortas o dos regulares: que resolviendo esta marcha si está en Huarás, mande cuatro oficiales itinerarios a aprestar todo, a cuyo efecto anticiparé órdenes

para que se tengan prontos los víveres. Siempre diré a Urdaneta que estas órdenes mías las cumpla si no recibe otras de Ud. de fecha de mañana que supongo sea cuando Ud. le prevenga lo que ha de hacer, si es en contrario de estas disposiciones. Yo creo que esa columna haya venido a Huarás cuando tocó en Caina, y más con la novedad del “Tritón”. Ayer tarde llegó a Baños *Rifles* y creo que esta tarde estará allí *Vencedor*. Yo vuelvo inmediatamente hacia Caina y me iré a Michivilca como punto cerca del Cerro y casi central para nuestros batallones.

He mandado esta mañana un edecán mío a Yanahuanca para que observando cualquiera novedad que haya, lo avise a Lauricocha al general Lara, y acá al general Córdova o al coronel Leal, no obstante que pasado mañana estaré yo en Caina.

Sé que Ud. está algo malo y lo siento sumamente; pero no sé cuál sea su indisposición; me prometo que será cosa ligera y que pase.

Siempre de Ud., mi General, su obediente servidor y cordial amigo.

A.J. de Sucre

HABIENDO REHUSADO DE TODO MI CORAZÓN EL PRIMER RANGO

Jauja, a 27 de agosto de 1824

A S.E. el general Bolívar, &, &, &.

Mi General:

He despachado todo lo que había atrás del ejército hasta el Cerro, y más a retaguardia han marchado oficiales que harán mandar cuanto queda allá. Han ido para el cuartel libertador, las fuerzas y demás artículos militares de que he dado cuenta por medio de la Secretaría General. Después que he llenado la muy particular comisión conferida al general del ejército y que he cumplido con Ud., querrá Ud. permitir que piense un momento en mí.

Creo mi General, que Ud. convendrá en que un hombre que carezca de la delicadeza necesaria para servir su destino, no debe obtenerlo y menos vivir en la sociedad que guían el honor y la gloria. Yo he sido separado del mando del ejército para ejecutar una comisión que en cualquiera parte se confía cuando más a un ayudante general, y enviado a retaguardia al tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto de incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil, o como un inútil.

Pienso señor, que al usar este lenguaje no se me acusará de orgulloso ni aspirador. Habiendo rehusado de todo mi corazón el primer rango del Perú que obtuve una vez por la representación nacional, parece que poseo un derecho a exigir de mis compatriotas que me crean con solo el deseo de un poco de estimación pública; pero este desprendimiento de los destinos, ni me aleja de los miramientos que debo a mi actual empleo, ni me autoriza para prostituirle su dignidad.

Es cierto que he consentido en la aceptación de un título vano, y que me he dejado llamar general en jefe del Ejército Unido con un ejercicio vago e informal; pero ni he pasado sin conocerlo, ni de saber la crítica de los jefes a mi insulsa representación: la continué no obstante por complacer a Ud. y por servir al ejército

sin someterme nunca a la presunción del título. Sucede de algunas distracciones que de un mal se va a otro, y yo he visto con dolor que sufriendo varios pequeños golpes (y tal vez algunos no pequeños) se me ha dado el más fuerte que jamás preví, de reducirme ante el Ejército Unido al ridículo papel de conducir enfermos de retaguardia.

No sé si al desgradárseme con semejante comisión se ha tratado de abatirme; pero mi conducta me persuade que no lo he merecido; no sé tampoco si porque se me ha juzgado inepto; pero en tal caso me consuela decir que he servido a Ud. y al ejército con un celo especial, y que en la campaña he tenido una absoluta consagración a todos los trabajos. Sea lo que sea, mi General, esta comisión ha servido de burlas y sátiras a los que no son mis amigos, y de sorpresa a los que me estiman. Yo he sufrido la humillación de que algún jefe me dijera que haberla aceptado era una indebida autorización para que casi pudieran ser tratados los demás como criados (dispense Ud. que use la misma palabra) y si esto se ha dicho a mi frente, es fácil juzgar lo que se hable a mi espalda, e inferir qué respetabilidad y qué concepto he de merecer a mis compañeros. Es incontestable que se ha declarado de hecho a la faz del ejército que no se me necesita para nada (que es demasiado probable), y lo que es más mortificante, Ud. ha dicho a alguno de mis menos amigos que se me mandaba a retaguardia en busca de las altas de hospitales y de las guerrillas. ¿No es esto dar a mis desafectos los medios de desacreditarme? Sin embargo, yo creo de buena fe que sirvo para mucho más que tales comisiones.

De todo esto deducirá Ud. que mi situación es un conflicto: estoy separado del ejército por la distancia del honor al vilipendio; y mi corazón está unido a Ud., al ejército y a la gloria de Colombia en la libertad de este país. He meditado doce días mi posición y el partido que me deje, y después de un choque constante entre mis deseos y mis deberes, estos me aconsejan de no presentarme otra vez en donde mis compañeros me han visto salir con desaire. Ud. querrá permitir que abrace la resolución que me dictan mi conciencia militar y mi justificación.

Ud. sabe mi General que nadie ha sido más empeñado que yo en esta campaña, y que aun cuando el año pasado quise por razones poderosas irme de este país, luego tomé una muy positiva determinación de quedar hasta el fin de la guerra, corroborándola sinceramente en los conflictos de febrero y marzo, y mucho más después del Consejo de Huamachuco. He llenado con entera contracción mis obligaciones, hasta que nuestro ejército tomando en todos sentidos una superioridad absolutamente decidida sobre los enemigos, nos presagia o asegura una conclusión feliz y pronta y hasta que el suceso más inesperado y bochornoso me ha despedido del ejército. Ningún acaecimiento de otra especie que no ofendiera tan directamente mi reputación, pudiera inducirme al partido que más me cueste; y no a la verdad por esperanzas de premios militares ni otras recompensas al fin de la campaña, sino porque mis sentidos todos estaban tan ligados a la suerte de nuestros cuerpos en el resultado final de la empresa, como se halla Ud. a su gloria. Yo estaba con el ejército colombiano como un hombre delirantemente enamorado, y juzgue Ud.

por tanto cuán dolorosa me es esta resolución que aunque se mire desesperada, es preciso abrazarla.

Los amigos a quienes he consultado mi posición me han reprochado de que no representara antes contra el ultraje de la comisión; pero si yo conviniera de que fuese una falta, seré suficientemente disculpado con mi prudente y ejemplar obediencia a los mandatos de Ud.; y porque además era una triste indiscreción reclamar otras consideraciones que aquellas que buenamente se me dispensaran.

Después de esta franca exposición, creo señor que Ud. no me negará mi marcha para cualquiera parte. Ni Ud. querrá que un soldado honrado se conforme con la vergüenza y el desprecio, ni es digno de Ud. que se me humille más de lo que he sido. Con esta confianza permaneceré unos días de Huancayo a Huánuco, y para no estar ocioso hasta el último instante continuaré ocupándome en despachar lo que venga al ejército, mientras Ud. tiene la bondad de mandarme sus órdenes, que en mi desagradable posición creo justo, regular y debido sean para fuera de este país. No hablaré de destino ni aun en Colombia porque estoy escarmentado de los vejámenes que injustamente he sufrido en muchos de ellos: iré a Bogotá si Ud. gusta, y ya que ha cesado en nuestra patria el ruido militar, me dedicaré de ciudadano a estudiar cuanto pueda para servir a los pueblos siquiera en algún modo, mi comisión en el senado. Ud. conoce que aunque mi salud no es enteramente buena, no anhele el reposo ínterin haya quien nos turbe; así no faltarán ocasiones de emplearme otra vez en la Guerra de la Independencia americana.

Entretanto mi General sea Ud. feliz: lleve nuestras armas libertadoras y triunfantes donde haya enemigos de Colombia: mi corazón y mis votos seguirán constantemente a Ud. y serán siempre por su gloria y prosperidad. Ojalá que en todas partes la sombra de Ud. sean la fortuna o la victoria.

Adiós mi General: no sé cómo acabar esta carta: el dolor sofoca cualquiera expresión de mi alma; mis sentidos están atormentados por la desesperación. Pediré no obstante dos cosas: que no se me coloque en una situación más aflictiva, y que Ud. no quite los restos de estimación que pueda tener, por su desgraciado y siempre fiel amigo, obediente y humilde servidor.

A.J. de Sucre

OFICIO DE TOMÁS DE HERES PARA EL MINISTRO GENERAL DE LOS NEGOCIOS DEL PERÚ

GACETA DEL GOBIERNO

Cuartel General en Chuquibamba, 4 de octubre de 1824.

Al señor Ministro General de la República del Perú, don José Sánchez Carrión.

Señor Ministro:

Los enemigos han pasado al otro lado del Apurímac, abandonándonos todo el país comprendido desde esta banda del río, de sur a norte; y según sus movimientos, parece que se retirarán hasta el Callao.

El Ejército Libertador ha ocupado, pues, todo el país abandonado, el que contiene algunas provincias del departamento del Cuzco; cubre y observa la línea del Apurímac.

Se le presentan diariamente soldados del enemigo, cuya deserción ha ido en aumento a proporción de su marcha. El 17 de agosto hubo en la Lava una acción muy seria entre la vanguardia del general Olañeta y la división del general Valdés, quien según las noticias que tenemos, salió gravemente herido. Los papeles públicos firmados por el mismo señor Olañeta no dejan la menor duda de que es enemigo irreconciliable de los jefes españoles.

Por la última correspondencia que se ha recibido de Colombia, sabe S.E. el Libertador que para julio estaban en marcha para Panamá diez mil veteranos pedidos por S.E. para auxiliar al Perú. De un día a otro esperaba el intendente de Guayaquil, del Istmo 4.000 hombres y 8.000 fusiles ingleses. La corbeta Limeña ha conducido de Panamá a Guayaquil el célebre escuadrón de Lanceros de Venezuela y dos mil fusiles ingleses. Este cuerpo y armamento deben arribar ya a estas costas, en conformidad de las órdenes comunicadas a dicho intendente.

Los pueblos de esta parte del Perú se muestran, cada día, más y más amantes de la causa santa de su patria, manifestándose igualmente muy reconocidos a los eminentes servicios de S.E. y de todos los bravos que sostienen los derechos del género humano en la actual contienda; por consiguiente es muy fácil calcular que, dominando el Ejército Libertador los corazones de estos habitantes, no solo no le faltará nada de cuanto pueda servir a su subsistencia, sino aun a su comodidad.

Sería, pues, una estupidez dudar, siquiera por un momento, en nuestra presente actitud, de la pronta y completa libertad de la República.

Lo comunico a V.S. para su satisfacción y la de los pueblos.

Dios guarde a V.S.

[*Tomás de Heres*]

Secretario General Interino

**OFICIO DEL GENERAL ANDRÉS DE SANTACRUZ PARA EL
MINISTRO GENERAL DE LOS NEGOCIOS DEL PERÚ JOSÉ
SÁNCHEZ CARRIÓN**

Cuartel General en Chuquibamba, 4 de octubre de 1824.

Al señor Ministro general de los negocios del Perú, don José Sánchez Carrión.

Los progresos del ejército siguen sin interrupción, aunque sin un gran suceso notable, desde Huamanga, porque los españoles, en su fuga continuada a distancias siempre grandes, han cuidado de evitarlo, bien que a costa de muchos dispersos y cargas que han perdido. A la fecha somos dueños del Apurímac, cuyos puentes han sido volados o rotos por ellos, a excepción del de Ocopa sobre el que mantienen un destacamento. Es probable que sea de él, lo mismo que de los otros, al haberse acercado la partida nuestra que ha ido a ocupado.

S.E. el Libertador en persona ha reconocido y paseado toda la costa de aquel río, y ha dejado ordenada la preparación de algunos puentes y balsas que se están trabajando, para salvar el último y mayor de cuantos obstáculos han podido oponer los españoles al ardimiento con que los persigue el Ejército Libertador.

S.E. ha recibido avisos seguros, de que el general Valdés ha tenido un encuentro bastante serio con una división del general Olañeta, cerca del Potosí: que la suerte ha sido para el enemigo igualmente contraria en el Sur y que el general Olañeta viene persiguiendo a Valdés que ha abandonado al vencedor las provincias del Perú-Alto.

Pero es notable, señor ministro, y digno de que se haga pública, la conducta de nuestros enemigos, al dejar el país que tiranizaban; ellos han fusilado a todos sus soldados cansados, a las mujeres que han podido tomar en defecto de algunos otros, y aun a los mismos enfermos de los hospitales que no han sido capaces de seguirlos. Hemos visto más de doscientos muertos sobre el tránsito de ellos, y los vecinos de este pueblo nos han informado del asesinato de nueve hospitalarios que había en él, y de otros cinco en Abancay.

S.E. está muy satisfecho del entusiasmo y contento con que los pueblos reciben a sus libertadores. El ejército ha tenido en todos muy buena acogida, y son admirables los esfuerzos que hacen para concurrir a su libertad.

S.E. quiere que V.S. haga publicar estos avisos para conocimiento de las demás provincias libres.

Dios guarde a V.S.

Señor Ministro.

El General jefe,

[*Andrés Santacruz*]

P.D. Se han recibido comunicaciones del comandante general de la Costa del Sur, desde Ica, y asegura que marchaba ya hacia la capital con fuerza.

NOSOTROS NO HEMOS VENIDO AL PERÚ EN BUSCA DE NINGUNA FORTUNA

Ejército de Colombia Auxiliar en el Perú

Cuartel General en Pichirgua, a 10 de noviembre de 1824. 14º

Excmo. señor Libertador Presidente de Colombia, &, &, &.

Excmo. señor:

El ejército ha recibido ayer con el dolor de la muerte la resolución que V.E. se ha dignado comunicarle el 24 de octubre desde Huancayo, separándose de toda intervención y conocimiento de él, a virtud de la ley del 28 de julio último. Nosotros, señor, como los órganos legítimos del ejército, nos atrevemos a implorar la atención de V.E. a las observaciones que por el momento nos han ocurrido sobre la determinación de V.E.

Meditando la ley del 28 de julio no hemos encontrado que el cuerpo legislativo al dictarla tuviese la intención expresa de separarnos de V.E. ni de dañar a este ejército, cuyos sacrificios si no son bien sabidos en Colombia, son al menos estimados por todos los amantes de la independencia americana. Es cierto que esta ley destruye las facultades con que V.E. ejercía su autoridad en el sur y en el ejército, y con que ha completado la libertad de la República, dado la vida al Perú y la paz a sus vecinos; pero entreveremos que el Congreso comete estas facultades extraordinarias al ejecutivo en las provincias de asamblea, delegables a quienes sea necesario. Confesamos que esta misma circunstancia expresada por nuestros legisladores al derogar la ley del 9 de octubre del año 11, es ofensiva en algún modo a la delicadeza de V.E., mucho más cuando al presentar los bienes que esta ley produjo, no mostraron la gratitud que debía la nación al que con ella y sus constantes sacrificios supo salvarla; pero no pensamos que ocurriera ni remotamente que la autoridad extraordinaria con que V.E. ha estado investido, fuese sospechosa a la libertad del Estado ni a la seguridad de los ciudadanos del sur. El genio que ha creado una nación, que ha formado a Colombia y que nos ha dado patria y existencia, no podía presentarse jamás a la conciencia de los legisladores sin sus principales virtudes. La ley del 28 de julio si no manifiesta la consideración debida a los eminentes servicios y a la comportación de V.E., tampoco lo autoriza para que por dar nuevos y raros

ejemplos de su desprendimiento, nos prive de la intervención de V.E. en nuestras armas, cuando V.E. no está en el miserable caso de justificar su conducta noble, estando ella escudada por la libertad que un medio mundo debe a la espada de V.E. y a sus principios generosos.

Después de catorce años de combates en que los enemigos fueron expulsados más acá del Ecuador, y que integrada la República en su territorio habíamos cumplido nuestros juramentos a Colombia, el ejército fue invitado a la campaña del Perú; V.E. lo envió; y autorizado luego en los términos constitucionales vino a mandarlo, según se le había ofrecido solemnemente. Si este ejército tuvo en la guerra del Perú deberes de obediencia hacia su Gobierno por los tratados existentes, los tiene V.E. mucho más sagrados hacia él, particularmente desde febrero, en que dislocado completamente el orden regular de las cosas en este país, le ofreció V.E. acompañarlo en las desgracias o conducirlo a la victoria. V.E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre. Si después de internados al centro del Perú, V.E. se separase de nosotros, sería resolver nuestro abandono, decretar nuestra ruina, y ni el Congreso ni V.E. pueden resolver nuestro abandono y decretar nuestra ruina.

Los representantes de la nación no parece que pudieran pensar que la ley del 28 de julio produjese la deliberación de V.E. del 24 de octubre: los legisladores saben que nosotros no hemos venido al Perú en busca de ninguna fortuna, sino en busca de la gloria de Colombia, del brillo de sus armas, de la seguridad de sus fronteras, de la Independencia de América, y lo diremos también, Señor, sin ideas de lisonja, por acompañar a V.E. que nos ha educado, que nos hizo soldados, que ha impreso en nuestros corazones el amor a la libertad y que nos convidó a llevarla a nuestros hermanos desgraciados. Si en medio de la carrera V.E. nos dejase por ningún motivo humano, tendríamos el derecho de suplicar a V.E. que nos volviese a nuestra patria: allí cerca del Gobierno, cerca de los apoderados de la República, gozaríamos inmediatamente de la beneficencia de las leyes, recibiría pronto el ejército sus recompensas, y serían innecesarias las facultades extraordinarias que V.E. ejerció para premiarlo: gozaríamos de la paz dulce que disfrutaban el resto de los militares, y de los tiernos recuerdos que se hacen a la nación por sus servicios, mientras los nuestros en un país extraño, con inmensas fatigas, únicos en la guerra, y con ningunas esperanzas particulares...

No deseamos, señor, significar ahora ninguna queja, sin embargo que hemos visto la atroz injuria del poder ejecutivo en consultar al Congreso si los empleos que V.E. había dado al ejército serían reconocidos en Colombia, como si nosotros hubiéramos renunciado nuestra patria, como si nuestros servicios fueran una especulación, y como si el ejército recibiera ascensos tan simplemente como se ganan en las capitales: este insulto que hemos sentido más por la publicación en las gacetas que por el hecho, lo hemos sofocado en nuestro dolor, porque nuestros corazones son de Colombia, y nuestras armas y nuestra sangre sostendrán su libertad, sus leyes y su Gobierno; ni es nuestro ánimo oponernos a las disposiciones de los escogi-

dos del pueblo, no obstante que algunas a largas distancias pueden ser inconsultas e inconsideradas; es sí nuestro anhelo y nuestro humilde ruego que V.E. revoque (o por lo menos suspenda hasta elevar nuestros reclamos al Congreso) su resolución de 24 de octubre, y que tomando otra vez su intervención y su conocimiento inmediato en el ejército, como se hallaba antes, lo vea este volver a su frente para conducirlo con fortuna y con gloria al término de la empresa heroica que V.E. ha comenzado, y en que esperamos que V.E. nos dará nuevos laureles para restituírnos a Colombia, y rendir con ellos y nuestros trofeos el homenaje más puro de nuestro amor patrio en el templo de la representación nacional.

Excmo. señor.

El general comandante en jefe, A.J. de Sucre. El general comandante general de la primera división, Jacinto Lara. El comandante general de la segunda división, José María Córdova. El coronel de *Rifles*, Arturo Sandes. El coronel de *Húsares*, Laurencio Silva. El coronel comandante del *Vencedor*, Ignacio Luque. El comandante de *Vargas*, Trinidad Morán. El comandante del tercer escuadrón de *Húsares*, Pedro Alcántara Herrán. El coronel de *Granaderos*, Lucas Carbajal. El coronel comandante de *Pichincha*, José Leal. El coronel comandante de *Bogotá*, León Galindo. El teniente coronel comandante de *Caracas*, Manuel León. El teniente coronel mayor de *Granaderos*, Cruz Paredes. El teniente coronel comandante del tercero de *Granaderos*, Mariano Ajar. El teniente coronel comandante de segundo de *Granaderos*, Felipe Braun. El comandante de *Voltígeros*, Pedro Guasch. El jefe del Estado Mayor de la segunda división, Antonio de la Guerra. El ayudante general, Antonio Elizalde. El jefe del Estado Mayor del ejército, Francisco Burdett O'Connor.

ARENGAS DE SUCRE AL EJÉRCITO ANTES DE LA BATALLA DE AYACUCHO

¡Batallón Nº 2!

¡Me acompañasteis en Quito; vencisteis en Pichincha, y disteis libertad a Colombia: hoy me acompañáis en Ayacucho; también venceréis y daréis libertad al Perú asegurando para siempre la Independencia de América!

¡Legión peruana!

¡Si fuisteis desgraciada en Torata y Moquegua, salisteis con gloria y probasteis al enemigo vuestro valor y disciplina; hoy triunfaréis y habréis dado libertad a vuestra patria y a la América!

¡Compatriotas llaneros!

¡Estoy viendo las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín! ¿Qué podré temer? ¿Quién supo nunca resistirles? Desde Junín ya sabéis que allí (en el cerro en frente, donde estaban los españoles) no hay jinetes, que allí no hay hombres para vosotros, sino unos mil o dos mil soberbios caballos con que pronto remudaréis los vuestros. Sonó la hora de ir a tomarlos. Obedientes a vuestros jefes caed sobre esas columnas y deshacedlas como centellas del cielo. ¡Lanza al que ose afrentaros! ¡Corazón de amigos y hermanos para los rendidos! ¡Viva el llanero invencible! ¡Viva la libertad!

¡Heroico “Bogotá”!

Vuestro nombre tiene que llevaros siempre a la cabeza de la redentora Colombia; el Perú no ignora que Nariño y Ricaurte son soldados vuestros; y hoy no solo

el Perú, sino toda la América os contempla y espera milagros de vosotros. Esas son las bayonetas de los irresistibles *Cazadores de Vanguardia* de la epopeya clásica de Boyacá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolvérsela asombrado de vuestro heroísmo. La tiranía (señalando el campo español) no tiene derecho a estar más alta que vosotros. Pronto ocuparéis su puesto al grito de ¡Viva Bogotá! ¡Viva la América redimida!

¡“Caracas”!

Guirnalda de reliquias beneméritas (de otros cuerpos que forman ese) que recordáis tantas victorias cuantas cicatrices adornan el pecho de vuestros veteranos. Ayer asombrasteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos ser héroes. Es el de la patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América. ¡Viva el Libertador! ¡Viva la cuna de la libertad!

¡“Rifles”!

Nadie más afortunado que vosotros donde vosotros estáis, ya está presente la victoria. Acudisteis a Boyacá, y quedó libre la Nueva Granada; concurristeis a Carabobo y Venezuela quedó libre también; firmes en Corpahuaico, fuisteis vosotros solos el escudo de diamante de todo el Ejército Libertador; y todavía no satisfecha vuestra ambición de gloria, estáis en Ayacucho, y pronto me ayudaréis a gritar: ¡Viva el Perú libre! ¡Viva la América independiente!

Al Voltígeros

¡*Voltígeros!*... Harto sabe el Perú que nadie aborrece tanto como vosotros al despotismo, y que nadie tiene tanto qué cobrarle. No contento con hacernos esclavos a todos, quiso hacer de vosotros nuestros verdugos, los verdugos de la patria y de la libertad. Pero él mismo honró vuestro valor con el nombre de *Numancia*, el más heroico que España ha conocido, porque quizás no encontró peninsulares que pudieran honrarlo más que vosotros. He aquí el día de vuestra noble venganza... Cinco años de sonrojo, cinco años de ira, estallarán hoy contra ellos en vuestros corazones y en vuestros fusiles. Sucumba el despotismo. ¡Viva la libertad!

Al Pichincha

Ilustre *Pichincha*... Esta tarde podréis llamaros Ayacucho... Quito os debe su libertad y vuestro general su gloria. Los tiranos del Perú no creen nada de cuanto hicimos, y están riéndose de nosotros. Pronto los haremos creer, echándoles encima el peso del Pichincha, del Chimborazo y del Cotopaxi, de toda esa cordillera, testigo de vuestro valor y ardiente enemigo de la tiranía, que hoy por última vez (señalando al campo español) osa profanar con sus plantas. ¡Viva la América libre!

Al Vargas

Bravos del *Vargas*. Vuestro nombre significa disciplina y heroísmo y del Cauca a Corpahuaico harto habéis probado que lo merecéis. No tuve la dicha de admiraros en Bomboná pero, aquí está el Perú y la América entera a aplaudiros en el mayor de los triunfos. Acordaos de Colombia... del Libertador... Dadme una nueva palma que ofrecerle a ambos en la punta de vuestras bayonetas.

¡Viva Colombia!... ¡Viva el Libertador!

Al Vencedores

Desde las orillas de Apure hasta las del Apurímac habéis marchado siempre en triunfo. El brillo de vuestras bayonetas ha conducido la libertad a todas partes y el ángel de la victoria está tejiendo en este instante las coronas de laurel con que serán ceñidas vuestras sienes en este instante de gloria para la patria... ¡Viva la libertad!...

A los cuerpos peruanos se dirigió enalteciendo las prendas de sus comandantes el mariscal La Mar, el intrépido Miller, el comandante Suárez, haciéndoles presente que el 24 de mayo de 1822, algunos soldados peruanos habían compartido con los soldados de la Gran Colombia la jornada de Pichincha. Y luego les dijo:

El gran Simón Bolívar me ha prestado hoy su rayo invencible, y la santa libertad me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros es imposible que nos dejemos arrancar un laurel, el número de sus hombres nada importa; somos infinitamente más que ellos porque cada uno de vosotros representa aquí a Dios Omnipotente con su justicia y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquí los hemos traído peruanos y colombianos a sepultarlos juntos para siempre. Este campo es su sepulcro y sobre él nos abrazaremos hoy mismo anunciándolo al Universo. Viva el Perú libre... ¡Viva toda la América redimida!...

¡Soldados!

De los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur... Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia.

EL PERÚ CORRESPONDE A LOS HIJOS DE LA GLORIA

Ejército Unido Libertador del Perú

Cuartel General en Ayacucho, 9 de diciembre de 1824

Al Excmo. señor Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Dictador del Perú, &., &., &.

Excmo. señor:

El campo de batalla ha decidido por fin que el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del Ejército Libertador han destruido en Ayacucho los nueve y mil soldados realistas que oprimían esta República: los últimos restos del poder español en América, han expirado el 9 de diciembre en este campo afortunado. Tres horas de un obstinado combate han asegurado para siempre los sagrados intereses que V.E. se dignó confiar al Ejército Unido.

Han pasado cuatro horas que terminó la batalla y diferentes cuerpos persiguen los dispersos enemigos en varias direcciones. *Por este momento* el Ejército Libertador ofrece a V.E. como sus trofeos en Ayacucho, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, más de mil prisioneros, entre ellos el virrey La Serna y sesenta jefes y oficiales, mil cuatrocientos cadáveres y heridos enemigos y multitud de otros elementos militares.

Calculo nuestra pérdida en ochocientos o mil hombres, pero la mayor parte heridos y entre ellos treinta jefes y oficiales. No hay tiempo para hacer los detalles, pues me apresuro a dar a V.E. este parte que le será altamente satisfactorio. Mañana podré informar a V.E. de los pormenores y serán más nuestros despojos. Espero que algunos más generales enemigos caerán en nuestro poder, pues están cortados por todas partes y perseguidos constantemente.

Entretanto debo instruir a V.E. que he tomado la libertad de conceder a nombre de V.E., de Colombia, del Congreso y del Gobierno varios premios después de la victoria, a los generales, jefes y oficiales que más han brillado en la célebre jornada, que ha afirmado eternamente la independencia del Perú y la paz de América.

El comandante Medina, edecán de V.E. y mi edecán el capitán Alarcón, tendrán la honra de poner en manos de V.E. esta nota, y de presentarle los sentimientos de mi humilde respeto y la consideración más distinguida.

Dios guarde a V.E.

Excmo. señor.

A.J. de Sucre





Capitulación de Ayacucho (1924) de Daniel Hernández Morillo. Museo Central de Reserva del Perú. Lima, Perú.



Condecoración Busto del Libertador, Orden Peruana. Col. Museo Bolivariano. Caracas, Venezuela.

CAPITULACIÓN DE AYACUCHO

Don José Canterac teniente general de los reales ejércitos de S.M.C. encargado del mando superior por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el Excmo. señor virrey don José de La Serna; habiendo oído a los señores generales y jefes que se reunieron después que el Ejército Español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor de los restos de estas fuerzas, con la disminución de los males del Perú, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor general de división de la República de Colombia Antonio José de Sucre, comandante en jefe del Ejército Unido Libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

1º El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del Ejército Unido Libertador, hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes.

1º Concedido; y también serán entregados los restos del Ejército Español, los bagajes y caballos de tropas, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al Ejército Español.

2º Todo individuo del Ejército Español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entretanto la debida consideración y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que corresponda mensualmente a su empleo, ínterin permanezca en el territorio.

2º Concedido; pero el gobierno del Perú solo abonará las medias pagas, mientras proporcione transportes. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la Guerra de la Independencia, y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América que esté ocupado por las armas españolas.

3º Cualquiera individuo de los que compone el Ejército Español será admitido en el del Perú en su propio empleo si lo quisiere.

3º Concedido.

4º Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya hecho servicios señalados a favor de la causa del rey, ni los conocidos por pasados; en este concepto tendrán derecho a todos los artículos de este tratado.

4º Concedido, si su conducta no turbare el orden público y fuese conforme a las leyes.

5º Cualquiera habitante del Perú bien sea europeo o americano, eclesiástico o comerciante, propietario o empleado que le acomode trasladarse a otro país, podrá verificarlo en virtud de este convenio, llevando consigo su familia y propiedades prestándole el Estado protección hasta su salida; y si eligiere vivir en el país, será considerado como los demás peruanos.

5º Concedido, respecto a los habitantes existentes en el país que se entrega, y bajo las condiciones del artículo anterior.

6º El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallen fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos, que no quieran trasladarse a la península y tengan allí intereses de su pertenencia.

6º Concedido como el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la independencia de la América, pues en caso contrario el gobierno del Perú obrará libre y discrecionalmente.

7º Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del artículo 5 y no se le exigirá más derechos que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del ejército.

7º Concedido.

8º El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la Hacienda del gobierno español en el territorio.

8º El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que más convenga a los intereses de la República.

9º Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos y si alguno o algunos no lo fuesen, o prefiriesen trasladarse a otro país, serán comprendidos en los artículos 2º y 5º.

9º Continuarán en sus destinos los empleados que el Gobierno guste confirmar, según su comportación.

10º Todo individuo del ejército o empleado que prefiera separarse del servicio, y quedarse en el país, lo podrá verificar, y en este caso sus personas y propiedades serán sagradamente respetadas.

10º Concedido.

11º La plaza del Callao será entregada al Ejército Unido Libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este tratado.

11º Concedido, pero la plaza del Callao con todos sus enseres y existencias será entregada a disposición de S.E. el Libertador dentro de veinte días de notificado.

12º Se enviarán jefes de los ejércitos español y unido libertador a las provincias para que los unos reciban, y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones.

12º Concedido comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas a los jefes independientes en quince días, y los pueblos más lejanos en todo el presente mes.

13º Se permitirá a los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses después de la notificación de este convenio, para habilitarse y salir del mar Pacífico.

13º Concedido, pero los buques de guerra solo se emplearán en sus aprestos para marcharse sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco a su salida del Pacífico; siendo obligados a salir de todos los mares de la América, y no pudiendo tocar en Chiloé, ni en ningún puerto de América ocupado por los españoles.

14º Se dará pasavante a los buques de guerra y mercantes españoles, para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de Europa.

14º Concedido, según el artículo anterior.

15º Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día, quedarán desde luego en libertad y lo mismo, los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército.

15º Concedido, y los heridos se asistirán por cuenta del erario del Perú hasta que completamente restablecidos dispongan de su persona.

16º Los generales, jefes y oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a su clase, y los criados que tuviesen.

16º Concedido, pero mientras duren en el territorio estarán sujetos a las leyes del país.

17º Los individuos del ejército, así que resolvieren sobre su futuro destino en virtud de este convenio, se les permitirán reunir sus familias e intereses, y trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios, para que sus personas no sean embarazadas por ningún estado independiente hasta llegar a su destino.

17º Concedido.

18º Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente tratado se interpretará a favor de los individuos del Ejército Español.

18º Concedido, esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.

Y estando concluidos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos convenios, se firmarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de las partes contratantes para los usos que les convengan. Dados, firmados de nuestras manos, en el campo de Ayacucho, a 9 de diciembre de 1824.

Firmado
José Canterac

Firmado
Antonio José de Sucre

Ministerio de Relaciones
Exteriores.

República del Perú

Lima Enero 5 de 1825

Al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Buenos Ayres.

Buenos Ayres Martes
1825

El infrascripto Ministro de Relaciones Exteriores tiene la grata satisfacción de poner en noticia del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Buenos Ayres, la gran victoria del Ejército Unido Libertador, al mando del Sr. General en Jefe Antonio José de Sucre, en las Campes de Ayacucho el 9 de Diciembre anterior, y cuyos por merecimientos y consecuencias enuncian las impresos adjuntos a esta Nota.

El suscrito a nombre de su gobierno, congratula altamente a la Nación Argentina, cuyos brazos emprendieron la grande obra de la Emancipación Peruana por una jornada que va a consolidar la independencia de las provincias unidas del Norte.

El que suscribe tiene la honra de ofrecer con este motivo, al Sr. Ministro a quien se dirije los sentimientos de su distinguida consideración y aprecio con que es

Su muy att.
D. D. P. S. C. A. V.

Peri Sanchez Capanay

Ejército Unido
Liberador al Perú

Juan Prat en Ayacucho a 9. de Dic.
1824.

Al Excmo Sr. Simon Bolivar
Liberador de Colombia Director al Perú

Oficio participando que ha
iniciado las capitulaciones,
y da idea de las bases
ya convenidas en gene-
ral

H. H. H.

Excmo Señor

Tras de haber escrito a V. E. el
parte a la Victoria en Ayacucho, se presen-
tó en persona (con el J. Bat. Laman) el J. Bat.
Caceres (en quien habia recabado el man-
do en los reos) al Ejército Español, al Vir-
rey D. G. de la Prisión al J. Bat. Lasecano,
Bolivarando arreglar una capitulación.

Los términos en q. hasta ahora
hechos convenidos son poco mas o menos
los siguientes. Se entregará todo el Ejér-
cito Español y el territorio al Virreynato
al Perú en su poder a sus Armas, el Ejército
Unido Liberador con sus parques, mastran-
zas, Almacenes, todas las elementos mili-
tares cántaras, bagajes y caballos a las
tropas, y en fin todo lo perteneciente
al Gobierno Español. Se comprende en
esta entrega la Plaza de Callas cabal y
completamente con todas sus cántaras.
Se concede a los Generales, Jefes, Oficiales
y tropa al Ejército enemigo su pase a
España o donde quisiere con sus equipas-
jes y propiedades, pagados sus transportes
al Perú, y serán admitidos al servicio
a uno libras los q. quieran continuar la

causa de la Armas. Las propiedades de los
Españoles serán respetadas y los que quedaran
dejar el país tienen un año para recalificarlos
L. El Navio Arca debe ir al Virreinato ven-
tro o sea mar, y entre tanto solo puede
de ocuparse en su habilitacion p. el viaje.
— Los prisioneros echos en la batalla ad-
ayer serán puestos en libertad, y lo se-
rán tambien cuantos tienen los enem-
gos en sus depósitos tomados, alor y cer-
tidad q. han combatido p. la independencia
de Peru.

Este es complacencia de mis Señores
de la libertad completa a esta Republica
y la paz en America sea firmada sobre
ese mismo campo o batalla en q. el Ejer-
cito Unido ha satisfecho sus esperanzas
en V. C.

Mientras se escriben los tratados, an-
tes de V. C. la noticia fuesse de termin-
ar la guerra, a la vez q. presents a V. C.
las congratulaciones al Ejercito, q. se re-
conoce a V. C. deudor a sus triunfos, co-
mo al genio q. lo ha enseñado a vencer,
como al guerrero q. lo ha puesto a pie
en la senda de la Victoria

Dios que a V. C.

Amo Sr

Ant. P. de Sucre.

Ejército Unido
Liberador al Perú

Quero. Gral en Huamanga
12. de Diciembre de 1824.

Al Exmo Señor Simon Bolívar
Liberador a Colombia Dictador al Perú

Fr. Fr. Fr.

Exmo. Señor

Duplicado. El tratado q' tengo la honra a elvar a
manos a V. E. firmado sobre el campo de
batalla en q' la sangre al Ejército libe-
rador asegura la independencia al Perú, la
garantía a la paz a una República y el
mas brillante acierto a la Victoria en
Ayacucho.

El Ejército Unido siente una inmen-
sa satisfacción al presenciar a V. E. el tri-
unfo completo al Perú, sometido a la au-
toridad a V. E. antes a cinco meses en
campana.

Todo el Ejército real, todas las
provincias q' se ocupaba en la Repu-
blica, todas sus plazas, sus pargues,
almacenes y depósitos Jenerales Españoles
son lo todo q' el Ejército Unido apre-
ce a V. E. como gage y corresponden
al almirante Salcedo al Perú, q' desde Pe-
rú se dirá al Ejército los campos a elva

cucho ^a ~~f.~~ completan las glorias y la
arma ~~libertad~~ ~~era~~.

Dios que. a V.C. -

Qmo to

Ant. p. de Luque

5.º Cualquiera habitante al Perú bi-
en sea Europeo o Americano
Laborante o Comerciante, proprie-
tario o empleado q. se acomode
trabaja en otro país podrá
verificarlo en virtud de este conve-
niente, llevando consigo su familia
y propiedades, preservandole el
uso protección que su patria,
y si eligiere vivir en el país se-
rá considerado como lo deman-
damos.

6.º El libelo al Perú respectado igno-
ramente las propiedades de los
individuos Españoles q. se halla-
ren fuera del territorio, o las
cuales sean libres o dependan
en el término de tres años debien-
do considerarse en igual caso
con los Americanos q. no
quieren trasladarse a la Penin-
sula, y envan allí interin-
ta su pertenencia.

7.º Se concederá el término a un
año p. q. los interesados pueda
usar el art. 5.º, y no se les
cessará sus derechos q. los
admiradores a la extracción,
siendo libre a todo derecho las
propiedades de los individuos al
efectuado.

8.º El libelo al Perú reconocerá la
deuda contraída por los p.
la hacienda al Gobierno Espa-
ñol en el territorio.

9.º Toda los empleados quedaran
confirmados en sus respectivos
distingos si quieren continuar
en ellos, y si algunos o algunos
no lo fueren se preferirán tra-
ladarse a otro país serán con-
siderados en los art. 2.º y 5.º

10.º Toda individuos al efecto o em-
pleados q. propiedad separarse
al Perú, y quedare en el
país lo podrá verificar, y en

5.º Concedido respecto a los habitan-
tes existentes en el país q. se
entrega y las condiciones
al artículo anterior.

6.º Concedido como el artículo an-
terior si la conducta de estos
individuos no fuere o ningún
modo favorable a la causa de la
libertad y a la independencia
de la América; pues en caso con-
trario el Gobierno al Perú obra-
rá libre y discrecionalmente

7.º Concedido

8.º El Congreso al Perú resolverá
sobre este artículo lo q. mas
convenga a los intereses de la
República.

9.º Continuaran en sus respectivos
empleos q. el Gob.º tiene
confirmados según su competen-
cia

10.º Concedido.

en el caso de su persona y pro-
piedad de su sagrada ambrosia re-
pública

11. La Plaza de Callas será enre-
gada al Ejército Unido Libertad
y su guarnición será compen-
sada en ley de sueldo y no
tracada

12. Se enviarán Jefe y Oficiales
de la Plaza y de los Lib. de la Pro-
vincia p. a. de los unos recitan y
los otros entreguen los castro-
nes, almagres y otros bienes
de la plaza y las guarniciones

13. Se permitirá a los buques in-
diarios y mercaderes españoles
traer víveres en los puertos al
N. de S. de Chile y de S. de Chile me-
des después de la notificación
a sus convenios p. a. parifican-
te y salir al mar pacífico.

14. Se dará parabante a los bu-
ques en guerra y mercaderes
españoles para que puedan
salir al Pacífico sea los
presentes y los que se
presenten a Europa.

15. Todos los Jefes y Oficiales
presbiteros en la batalla
que se quedaran de su tiempo
en libertad, y lo mismo los
cebs en anteriores acciones
de guerra y otros Oficiales.

16. Los Generales, Jefe y Oficiales
comentaban el uso de sus ubi-
formes y espadas y podrán
tener komisio a la su deca.
de a su vez en correspondencia
a la clase y Oficiales q.
hubieren.

17. Los individuos del Ejército
de q. se retiraren sobre su
futuro destino en virtud de
este convenio de la permi-
tirá a sus familias i-
ncrecer y trasladarse al
puerto q. elijan para su familia

18. Concedido para la Plaza de Ca-
llas con todo su comercio y con-
tancia de su enrejada la dispo-
sición de la ley de sueldo y no
tracada

19. Concedido con el fin de la mi-
ma formalidad en la enre-
ga de Callas. Se p. a. de un
al to de enrejada a los Jefe
independ. de quince días y los
Nubles mar. legados en el
presente mes

20. Concedido p. a. los buques a gu-
rar solo los españoles en sus
puertos y mercados sin
comer ninguna mercancía
incansable de su salida a pa-
rificar, de la obligación de salir
en todo de la mar y de la
resolución de tocar en Chile
de un punto a otro de
su parte p. a. los españoles.

21. Concedido según el artículo
anterior

22. Concedido a los heridos de
guerra de su fuerza al re-
rario al herido de q. com-
plican a su estado de dispo-
gan de su persona

23. Concedido para que se
duren en el territorio con-
ran sujetos a la ley de
país

24. Concedido.

parapentes amplios p^a f^a m^a
+ persona en su embarca
Don f. ningun loco inde-
pendiente dea. Ugan and
Gutino

38. Toda duda q^e se oprimiere
sobre alguno u los articulos
al presente tocados se in-
terprete a favor u los
individuos al q^e se refiere
uol.

38.º Concedido ena enq^uel
ion rep^und^o sobre la
Breve Fe u los conuencio-
nes.

T^o tocando conuencio^{es} y ratificacio^{es} como en echo se ap^uere
van y ratifican^{se} todos conuencio^{es} de formacion^{es} de
exemplares, u los de alu^o del T^o de adu^o en poder u
cada una u las partes conuencio^{es} p^a al^o u
q^e la conuencio^{es}

Dado, firmado y en nuevas^{es} man^o en
el Campo u Ayuntamiento a^o nueve u Diciembre u mil
ochocientos u setenta u tres

Jose Sauterac

Ant^o p. de S^o M^o

Dilacion de los generales nombrados por el Ejercito Libertador en consecuencia de la Batalla y Capitulacion de Ayacucho.

<u>Clases</u>	<u>Nombres.</u>	<u>Lugar donde han sido tomados.</u>
Comandante General	D. Jos. de la Serna - <i>mayor y 1.º jefe</i>	En el Campo de Batalla de Ayacucho.
Id.	D. Jos. Canterac	
Mariscal de Campo	D. Francisco Pallas	
Id.	D. Jos. Comandante	
Id.	D. Juan Antonio Alzate	
Id.	D. Melchor Villalba	
Regimiento	D. Simon Vargas	
Id.	D. Valentin Ferrer	
Id.	D. Andres Garcia Campa	
Id.	D. Manuel Somoza	
Id.	D. Francisco Cortes	
Id.	D. Manuel Abo	
Id.	D. Leoncio Ledesma	
Id.	D. Antonio Vigil	
Id.	D. Juan Antonio Pardo	
Id.	D. Antonio Uribe	
Mariscal de Campo	D. Antonio de Vera Alvarado	En Cuzco.
Regimiento	D. Jos. Montenegro	
Id.	Manuel de Valdeleón	
Mariscal de Campo	D. Pio de Vitoria	En Arequipa.
Id.	D. Jos. de la Haza	
Id.	D. Rafael Alzate	
Regimiento	D. Manuel Viqueo	
Id.	D. Pablo Estuñeiza	Puno Potosi.
Mariscal de Campo	D. Pedro Antonio Cancha	

Quartel General en Potosi a 7 de Abril de 1825.
 El jefe del E. M. J.
 Juan B. Gomez.

PROCLAMA DEL GENERAL SUCRE

Antonio José de Sucre
Comandante en Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú

¡Soldados!

Sobre el campo de Ayacucho habéis completado la empresa más digna de vosotros. 6.000 bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la independencia del Perú y la paz de América. Los 10.000 soldados españoles que vencieron catorce años en esta República, están ya humillados a vuestros pies.

¡Peruanos!

Sois los escogidos de vuestra patria. Vuestros hijos, las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo.

¡Colombianos!

Del Orinoco al Desaguadero habéis marchado en triunfo; dos naciones os deben su existencia; vuestras armas las ha destinado la victoria para garantizar la libertad del Nuevo Mundo.

Cuartel General de Ayacucho, a 10 de diciembre de 1824.

A.J. de Sucre

LA NOTICIA FAUSTA DEL TÉRMINO DE LA GUERRA

Ejército Unido Libertador del Perú

Cuartel General en Ayacucho, 10 de diciembre de 1824

Al Excmo. señor Simón Bolívar, Libertador de Colombia,
Dictador del Perú, &, &, &.

Excmo. señor:

Ayer tarde después de haber escrito a V.E. el parte de la victoria de Ayacucho, se presentó en persona con el general La Mar el general Canterac (en quien había recaído el mando de los restos del Ejército Español y del virreinato por la prisión del general La Serna), solicitando arreglar una capitulación.

Los términos en que hasta ahora hemos convenido son poco más o menos los siguientes: se entregará todo el Ejército Español y el territorio del Perú en poder de sus armas al Ejército Unido Libertador con sus parques, maestranzas, almacenes y todos los elementos militares existentes, bagajes y caballos de las tropas y en fin todo lo perteneciente al gobierno español. Se comprende en esta entrega la plaza del Callao cabal y completamente con todas sus existencias. Se concede a los generales, jefes, oficiales y tropa del ejército enemigo su pase a España o donde gusten con sus equipajes y propiedades, pagados sus transportes por el Perú, y serán admitidos al servicio de este Estado los que quieran continuar la carrera de las armas. Las propiedades de los españoles serán respetadas y los que quieran dejar el país tienen un año para realizarlo. El navío *Asia* y *la escuadra enemiga* debe irse del Pacífico dentro de seis meses, y entretanto solo puede ocuparse de su habilitación para el viaje. Los prisioneros hechos en la batalla de ayer serán puestos en libertad y lo serán también cuantos tienen los enemigos en sus depósitos tomados a los ejércitos que han combatido por la independencia del Perú. Me es complaciente Excmo. Señor, que la libertad completa de esta República y la paz de América sea firmada sobre este mismo campo de batalla en que el Ejército Unido ha satisfecho las esperanzas de V.E.

Mientras se extienden los tratados, anticipo a V.E. la noticia fausta del término de la guerra, a la vez que presento a V.E. las congratulaciones del ejército, que se

reconoce a V.E. deudor de sus triunfos como al genio que lo ha enseñado a vencer, como al guerrero que lo ha puesto siempre en la senda de la victoria.

Dios guarde a V.E.

Excmo. señor.

A.J. de Sucre

PARA NUEVE MIL TRESCIENTOS DIEZ

Cuartel General en Ayacucho, a 10 de diciembre de 1824

Ejército Unido Libertador

Excmo. señor Libertador.

Excmo. señor:

El tratado que tengo la honra de elevar a manos de V.E. firmado sobre el campo de batalla, en que la sangre del Ejército Libertador aseguró la independencia del Perú, es la garantía de la paz de esta República, y el más brillante resultado de la victoria de Ayacucho.

El Ejército Unido siente una inmensa satisfacción al presentar a V.E. el territorio completo del Perú sometido a la autoridad de V.E. antes de cinco meses de campaña. Todo el ejército real, todas las provincias que este ocupaba en la República, todas sus plazas, sus parques, almacenes y quince generales españoles, son los trofeos que el Ejército Unido ofrece a V.E. como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, que desde Junín señaló al ejército los campos de Ayacucho para completar las glorias de las armas libertadoras.

Dios guarde a V.E.

A.J. de Sucre

Adición:

Una circunstancia notable he olvidado en mi parte a V.E. Según los estados tomados al enemigo, contaba este disponible en el campo de batalla nueve mil trescientos diez hombres, mientras el Ejército Libertador formaba solo cinco mil setecientos ochenta.

Sucre

HA SUFRIDO MUCHO, MUCHO MI ESPÍRITU, Y HA PADECIDO MI CABEZA MÁS QUE DEMASIADO

Ayacucho, a 10 de diciembre de 1824

A S.E. el general Bolívar, &, &, &.

Mi General:

Está concluida la guerra, y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de Ud. que por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla me ha sacado de apuros, pues en la retirada de las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo y teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho mi espíritu, he tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado.

Mañana irá el ejército para Huamanga a reposarse un par de días y seguirá luego por divisiones para el Cuzco para irnos a entender con Olañeta, sobre quien me dicen estos señores que no tienen autoridad para hacerlo entrar en la capitulación. Creo que para terminar esto con un cuerpo de seis mil hombres contra tres mil (que me asegura Canterac ser toda la fuerza de Olañeta) basta cualquiera, y por tanto me atrevo a suplicar a Ud. por mi relevo, y el permiso de regresarme, puesto que ya se ha terminado el negocio este. Confieso a Ud. que en estos días de trabajos, y con las órdenes de Tarma ha sufrido infinitamente mi espíritu.

He creído una justicia nombrar al general Córdova sobre el campo de batalla, y a nombre de Ud. y de Colombia, general de división, y también a Lara por sus servicios en la campaña. Córdova se ha portado divinamente: él decidió la batalla. Creo que Carvajal, Silva y Sandes deben ser generales de brigada. He concedido otras promociones que he creído deban estimular al ejército, y de todo le daré cuenta. Si he hecho mal, mi general, dispéñeme. Me he creído autorizado por la amistad de Ud., por la justicia y por la victoria. Si en Colombia lo desaprueban, que hagan lo que quieran; pero cuando he visto que Ud. quiere desentenderse del ejército, no he podido renunciar a los premios debidos a aquellos que han dado en una batalla la libertad al Perú y la paz a América.

Luque, Silva y León están heridos; León malamente.

En el Ejército del Perú he concedido algunos grados a nombre de Ud.: *Junín* se ha portado divinamente. *Pichincha* cargó en masa a la caballería española y merece algo. *Caracas* se estrelló contra las masas enemigas y es justo distinguirlo. *Voltigeiros* y *Bogotá* lo hicieron bien, como también los cuerpos de la división que eran la reserva. Creo que Otero merece ser general de brigada, me ha servido mucho; él pudiera ser prefecto de Arequipa y lo recomiendo. Nombre Ud. los prefectos y empleados de todos los departamentos pues ya todo es nuestro y hacen falta en sus destinos. Gamarra quedará en el Cuzco como Ud. me dijo.

Creo mi General, que Ud. dará una medalla o premio al ejército por esta batalla; yo quisiera que el Ejército de Colombia tuviera una particular pues la merece. Si Ud. insiste en desentenderse de las cosas del Ejército de Colombia, dígame si puedo darla a nombre del Gobierno, fundándome en la consideración 3^a del Congreso en la ley de 28 de julio. Cada vez me convenzo más de que necesitamos tener este ejército entusiasmado, y pronto para llevar el orden a Colombia, si fuere perturbado por partidos. Como hemos ahorrado los cien mil pesos del contingente de noviembre los ofrecí al ejército de regalo después de la victoria, y he de cumplir mi oferta sin falta. Hágamelos Ud. mandar. Ud. me dijo que los ciento ochenta mil pesos que venían del Cerro servirían para noviembre y diciembre. Con los ochenta mil se pagarán los gastos de noviembre y los cien mil cubrirán mis compromisos.

Son necesarias explicaciones claras sobre la conducta del ejército en el Alto Perú; estas cosas son delicadas. No he podido sacar que nos entreguen a Chiloé. Dice Canterac que no obedecerían su orden, sino harían lo que les da la gana como hasta aquí, y que solo serviría esto para echarse un nuevo compromiso con su Gobierno. En consecuencia he exigido que el Asia no vaya a Chiloé sino que se largue del Pacífico como le dirá a Ud. Medina. Me olvidaba decirle que he ofrecido a Medina el grado de coronel porque se ha portado como siempre, y es justísimo dárselo. Alarconcito merece algo: ha trabajado bien conmigo.

Adiós, mi General, esta carta está muy mal escrita, y embarulladas todas las ideas; pero en sí vale algo; contiene la noticia de una gran victoria, y la libertad del Perú. Por premio para mí pido que Ud. me conserve su amistad.

De Ud. siempre, mi General.

Su fiel amigo y obediente servidor,

A.J. de Sucre

A.D. Dejo a Alarcón aquí para que lleve los tratados.

Sucre

**CARTA DE ANTONIO JOSÉ DE SUCRE A SIMÓN BOLÍVAR
SOLICITÁNDOLE QUE LE OTORGUE EL CARGO DE
CORONEL DEL EJERCITO COLOMBIANO A MANUELA SAÉNZ**

Ayacucho, diciembre 10 de 1824

A S.E. el Libertador de Colombia, Simón Bolívar

Mi general:

Tengo la satisfacción de participar a S.E. de los combates librados en Ayacucho, que han servido para engrandecer las glorias de las armas colombianas, dando a S.E. los detalles de los sucesos que han precedido al triunfo de las divisiones a mi mando.

Se ha destacado particularmente doña Manuela Sáenz por su valentía; incorporándose desde el primer momento a la División de Húsares y luego a la de Vencedores, organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo a los soldados heridos, batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos; rescatando a los heridos.

La Providencia nos ha favorecido demasiadamente en estos combates. Doña Manuela merece un homenaje en particular por su conducta; por lo que ruego a S.E. le otorgue el grado de Coronel del ejército colombiano.

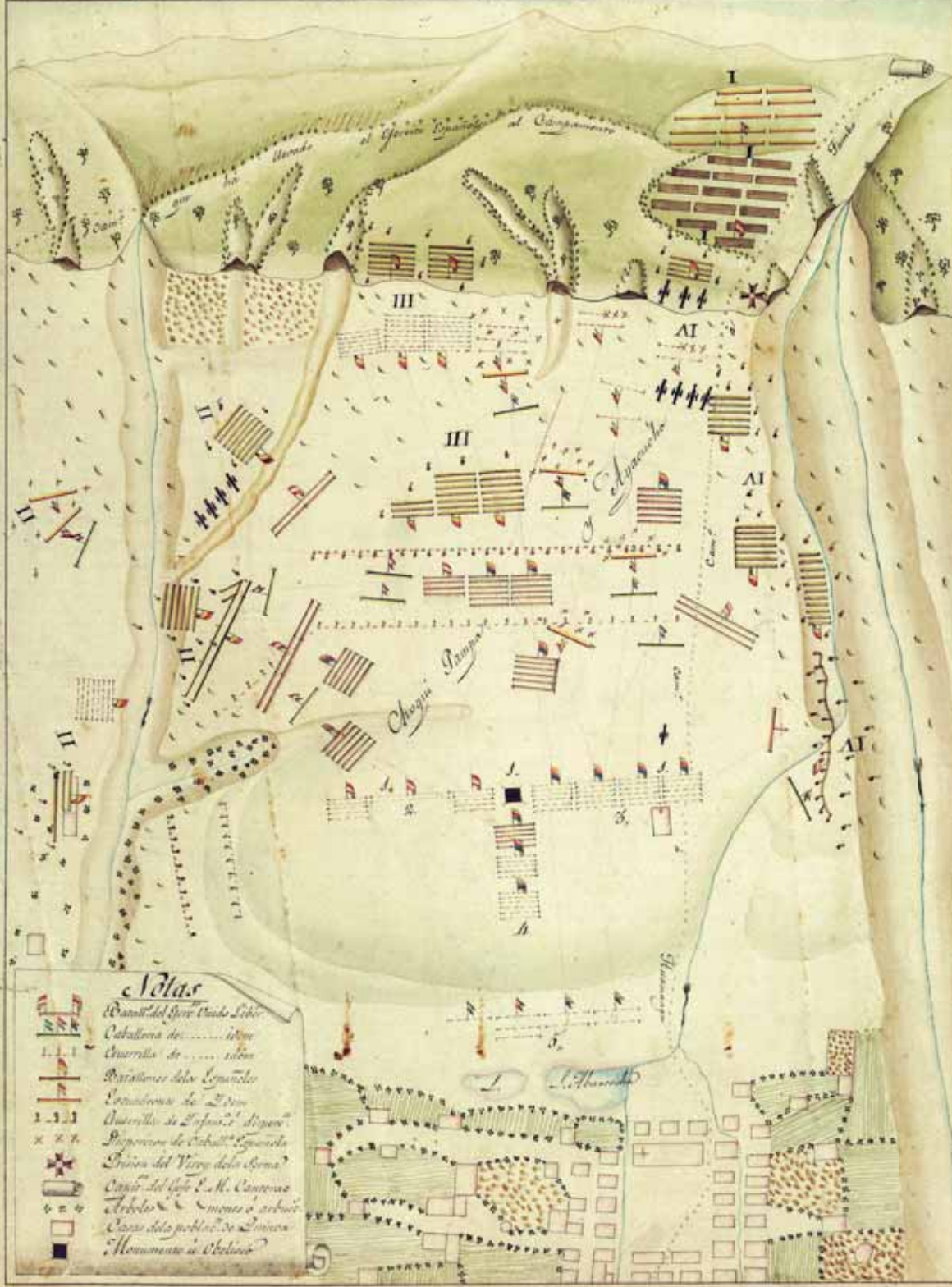
Dios guarde a su Excelencia,

A.J. de Sucre

Croquis de la Batalla de Ayacucho por el Ejército U.L. al mando del Gral. Sucre, al de los Españoles el día 9. de Diciembre de 1824

1. Preparación del Combate de Ejército Unido Libertador
2. Tróvica del Perú al mando del gen. Mariano Lauro, con guacra de los Batallones N.º 1, 2, 3 y Legión Peruana.
3. J. Dir. de Colón, del Gral. Córdoba y Don. Casimiro Pach. Bustos, Diego.
4. Dir. de San y el Gral. Larrea y Don. Pallas Veneciano y Vargas.
5. Caballería por el Gral. Miller, y Escuadrones de los T. de San y de Urzúa de Colombia y de Guandares de el.

- I Campamento del día 8 y 9 de los Españoles y día 9 del Combate
- II Marcha de los Reg. del Gral. Villar con guacra de los Batallones Legión, Centro, Colombia y Cauca con 2 Escuadrones de Urzúa.
- III Dir. del Centro con el Gral. Morúa y Don. José María Vicería y 2 del 1.º Regimiento de Urzúa y 4 Escuadrones de Guandares y de J. Carlos
- IV Segunda Dir. con el Gral. Villalobos y Batallones 2.º del Reg. U. del 1.º Reg. U. y 2.º de Guandares del de Hermanos y 3.º de Urzúa y 2 del de



Adlas

	Batallón del Gral. Sucre
	Caballería de ...
	Escuadras de ...
	Batallones de los Españoles
	Escuadrones de ...
	Batallón de ...
	Regimientos de ...
	Tróvica del Virrey de la Corona
	Campañ. del Gral. E. M. Cantero
	Arbales
	Casas de la población de Lima
	Monumento a Obispo

Agust. de Negri

Batalla de Ayacucho. Arq. T. Negri

PARTE DE LA BATALLA DE AYACUCHO
LA CAMPAÑA DEL PERÚ ESTÁ TERMINADA:
SU INDEPENDENCIA Y LA PAZ

Ejército Unido Libertador del Perú

Cuartel General en Ayacucho, a 11 de diciembre de 1824

Al señor Ministro de la Guerra.

Señor Ministro:

Las tres divisiones del ejército quedaron desde el 14 al 19 de noviembre situadas en Talavera, San Gerónimo y Andahuaylas mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18 supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigían a Huamanga y dispuse que el ejército marchase para buscarlos. El 19 nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20 al llegar a Uripa se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Una compañía de *Húsares* de Colombia y la 1^a, de *Rifles* con el señor coronel Silva se destinaron a reconocer estas fuerzas, que constantes de tres compañías de *Cazadores* fueron desalojadas y obligadas a repasar el río Pampas, donde se encontró ya todo el ejército real, que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose a la espalda.

Siendo difícil pasar el río, e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Uripa y los españoles en Concepción, estando así a la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fue siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcashuamán y nuestro ejército vino a situarse sobre las alturas de Bombón hasta el 30 que sabiéndose que los enemigos venían por la noche a la derecha de Pampas por Uchubambas a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para descubrir nuestra retaguardia.

Los españoles al sentir este movimiento repusieron rápidamente a la izquierda del Pampas; nuestros cuerpos acaban de llegar a Matará en la mañana del 2, cuando el Ejército Español se avistó sobre las alturas de Pomacahuanca: aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla, pero fue excusada por el enemigo situándose en unas breñas no solo inatacables sino inaccesibles. El 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla; pero dirigiéndose

sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo nuestra espalda; pero la posición en Matará después de ser mala, carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada a Tambo Cangallo. Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpahuaico, antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo, mas este había adelantado desde muy de mañana y encubiertamente, cinco batallones y cuatro escuadrones a oponerse en este paso impenetrable. Nuestra infantería de vanguardia con el señor general Córdova y la del centro con el señor general La Mar habían pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones *Vargas*, *Vencedor* y *Rifles* que cubrían la retaguardia con el señor general Lara pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha, sirviéndose de sus armas para abrirse paso y *Rifles* en una posición tan desventajosa tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas, mas desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra caballería bajo el señor general Millar pasó por Chonta protegida por los fuegos de *Vargas*, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al Ejército Libertador más de trescientos hombres: todo nuestro parque que fue enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4 los enemigos engraidos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir: la barranca de la quebrada Corpahuaico permitía una fuerte defensa; pero el ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los españoles al subir la barranca marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro y esta operación fue un testimonio evidente, de que ellos querían maniobrar y no combatir: este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servirían de él con ventaja, conociendo *que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras, se hallaba en el corazón.*

Creí pues necesario obrar sobre esta persuasión, y en la noche del 4 marchó el ejército al pueblo de Guaychao, pasando la quebrada de Acroco y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha a Acos Vinchos y los enemigos a Tambillo, hallándonos siempre a la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua, y los españoles por una fuerte marcha a la izquierda se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Paccaicasa: ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Guamanguilla y al día siguiente a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo: el 8 en la tarde quedaron situados en las alturas de Cundurcunca a tiro de cañón de nuestro campo: algunas guerrillas que bajaron, se batieron esa tarde y la artillería usó sus fuegos.

La aurora del día 9 vio estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación. Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha compuesta de los

batallones *Bogotá, Voltígeros, Pichincha* y *Caracas* de la 1ª división de Colombia, al mando del señor general Córdova¹; la izquierda, de los batallones 1º, 2º, 3º y *Legión Peruana* con los *Húsares de Junín* bajo el lustrísimo señor general La Mar²; al centro, los *Granaderos* y *Húsares* de Colombia con el señor general Miller³ y en reserva los batallones *Rifles, Vencedor* y *Vargas* de la 1ª división de Colombia, al mando del señor general Lara⁴ al recorrer los cuerpos recordando a cada uno sus triunfos y sus glorias, su honor y su patria; las vivas al Libertador y a la República resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros. Los españoles a su vez, dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria: nuestra posición aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana fue empleada solo con fuegos de artillería y de los *Cazadores*: a las 10 del día los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas a tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores: di a estos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fue ya señal de combate.

Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando a las quebradas de nuestra izquierda los batallones *Cantabria, Centro, Castro, 1ª Imperial* y dos escuadrones de *Húsares* con una batería de seis piezas forzando demasiadamente su ataque por esa parte. Sobre el centro formaban los batallones *Burgos, Infante, Victoria, Guías* y *2º del Primer regimiento*, apoyando la izquierda de este con los tres *Escuadrones de la Unión*, el de *San Carlos*, los 4 de *Granaderos de la Guardia* y las 5 piezas de artillería ya situadas, y en las alturas de nuestra izquierda los batallones *1ª y 2ª de Gerona, 2ª Imperial, 1ª del Primer regimiento*, el de *Fernandinos*, el *Escuadrón de Alabarderos del Virrey*, y dos de *Dragones del Perú*.

Observando que aun las masas del centro no estaban en orden y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor general Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas: protegido por la caballería del señor general Miller, reforzando a un tiempo al señor general La Mar con el batallón *Vencedor* y sucesivamente con *Vargas; Rifles* quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el señor general Lara recorría sus cuerpos en todas partes. Nuestras masas de la derecha marcharon arma a discreción hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que cargadas por ocho escuadrones españoles rompieron el fuego: rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballería, fue un momento. La infantería continuó inalterablemente su carga, y todo plegó a su frente.

-
1. 2.100 hombres.
 2. 1.380 hombres.
 3. 700 hombres.
 4. 1.600 hombres.

Entretanto los enemigos penetrando por nuestra izquierda amenazaban la derecha del señor general La Mar y se interponían entre este y el señor general Córdova con dos batallones en masa: pero llegando en oportunidad *Vargas* al frente y ejecutando bizarramente los *Húsares de Junín* la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. *Vencedor* y los batallones 1^º, 2^º, 3^º y *Legión Peruana* marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que rehaciéndose tras las barrancas presentaban nuevas resistencias: pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda y precipitadas a la carga, *la derrota fue completa y absoluta*.

El señor general Córdova trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Cundurcunca, donde se tomó prisionero al virrey La Serna: el señor general La Mar salvaba en la persecución las difíciles quebradas de su flanco y el señor general Lara marchando por el centro aseguraba el suceso. Los cuerpos del señor general Córdova fatigados del ataque tuvieron la orden de retirarse; y fue sucedido por el señor general Lara, que debía reunirse en la persecución al señor general La Mar en los altos de Tambo. Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos otros artículos de guerra y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando *el general Canterac comandante en jefe del Ejército Español*, acompañado del general La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la capitulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá V.S. en el tratado adjunto: por él se han entregado todos los restos del Ejército Español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas sus guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallan por consecuencia en este momento en poder del Ejército Libertador los *tenientes generales La Serna y Canterac; los mariscales Valdés, Carratalá, Monnet y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landazuri, Vigil, Pardo y Tur*, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, más de dos mil prisioneros de tropa⁵ inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían: mil ochocientos cadáveres enemigos y setecientos heridos han sido en la *Batalla de Ayacucho* las víctimas de la obstinación y de la temeridad española. Nuestra pérdida es de 309 muertos y 670 heridos: entre los primeros el mayor Duxburi de *Rifles*, el capitán Urquiola de *Húsares de Colombia*, los tenientes Oliva de *Granaderos de Colombia*, Colmenares y Ramírez de *Rifles*, Bonilla de *Bogotá*, Sevilla del *Vencedor*, y Prieto y Ramonet de *Pichincha*: entre los

5. El mariscal Álvarez, los generales Montenegro y Echeverría, sesenta y tres jefes y oficiales más y hasta el completo de seis mil prisioneros de tropa están ya entregados. Diciembre 29.

segundos el bravo coronel Silva de *Húsares de Colombia*, que recibió tres lanzazos cargando con extraordinaria audacia a la cabeza de su regimiento; el coronel Luque que al frente del batallón *Vencedor* entró a las filas españolas: el comandante León del batallón *Caracas* que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga: el comandante Blanco del *2º de Húsares de Junín*, que se distinguió particularmente; el señor coronel Leal contuso, que a la cabeza de *Pichincha*, no solo resistió las columnas de caballería enemiga, sino que las cargó con su cuerpo; el mayor Torres de *Voltígeros* y el mayor Somosa de *Bogotá*, cuyos batallones conducidos por sus comandantes Guasch y Galindo trabajaron con denuedo: los capitanes Jiménez, Coquis, Doronzoro, Brown, Gil, Ureña, Córdova y los tenientes Infante, Silva, Suárez, Vallarino, Otaola, Frenche: los subtenientes Galindo, Chabun, Rodríguez, Malabé, Terán, Pérez, Calles, Marquina y Paredes de la *2ª división de Colombia*. Los capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Doronzoro, Granados y Miró: los tenientes Paraya, Ariscune y el subteniente Sabino de la *1ª división de Colombia*. Los tenientes Otalora, Suárez, Ornas, Posadas, Miranda, Montollas, y los subtenientes Izas y Alvarado de la *división del Perú*. Los tenientes coroneles Castilla y Geraldino y los tenientes Morén y Piedraita del Estado Mayor General. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular.

El batallón *Vargas* conducido por su comandante Morán ha trabajado bizarramente. La *Legión Peruana* con su coronel Plaza sostuvo con gallardía su reputación: los batallones *2º* y *3º del Perú* con sus comandantes González y Benavides mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques: los *Cazadores del número 1* se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva. Los *Húsares de Junín*, conducidos por su comandante Suárez, recordaron su nombre para brillar con un valor especial; los *Granaderos de Colombia* destrozaron en una carga el famoso regimiento de la *Guardia del Virrey*. El batallón *Rifles* no entró en combate; escogido para reparar cualquier desgracia, recorría los lugares más urgentes y su coronel Sandes los invitaba a vengar la traición con que fue atacado en Corpahuai-co. Todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse: los jefes y oficiales del Estado Mayor se han conducido bizarramente.

Con satisfacción cumpla la agradable obligación de recomendar a la consideración del Libertador, a la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el señor general La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco, y aprovechando el instante de decidir la derrota, la bravura con que el señor general Córdova condujo sus cuerpos y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el señor general Lara atendía con su reserva a todas partes, la vigilancia y oportunidad del señor general Miller para las cargas de la caballería; y el celo constante con que el señor general Gamarra, jefe del Estado Mayor General, ha trabajado en el combate y en la campaña.

Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han brillado: pero he prevenido al señor general Gamarra que pase a V.S. originales las noticias

enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

Según los estados tomados al enemigo, su fuerza disponible en esta jornada eran nueve mil trescientos diez hombres, mientras el Ejército Libertador formaba cinco mil setecientos ochenta. Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de ochenta leguas y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se han firmado en este campo de batalla. El Ejército Unido cree, que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia.

Dios guarde a V.S.

Señor Ministro.

A.J. de Sucre

ESTADO DE MUERTOS Y HERIDOS

DIVISIONES	CUERPOS	MUERTOS		HERIDOS		<i>Total</i>
		<i>Ofic.</i>	<i>Tropa</i>	<i>Ofic.</i>	<i>Tropa</i>	
1º de Colombia	Estado Mayor	“	“	4	“	
	Rifles	3	51	1	39	
	Vencedor	1	23	4	114	334
	Vargas	“	20	1	31	
	Húsares	1	13	3	20	
División Peruana	Artillería	“	“	1	1	
	Legión	“	03	1	10	
	Nº 1º	“	06	3	25	184
	Nº 2º	“	48	2	21	
	Nº 3º	“	20	“	21	
	Húsares de Junín	“	08	2	12	
4º de Colombia	Bogotá	1	24	4	61	
	Voltígeros	“	19	7	60	
	Pichincha	2	20	6	55	461
	Caracas	“	30	9	128	
	Gran. Montados	1	10	3	21	
	Total	9	300	51	619	979

LA MÁS BRILLANTE Y LA MÁS COMPLETA VICTORIA DE AMÉRICA

Huamanga, a 13 de diciembre de 1824

A S.E. el general Santander, &., &.

Mi querido General y mi amigo:

Hace un mes que he recibido tres cartas de Ud. de 6 de abril, 6 de mayo y 6 de junio; la primera y última algo desagradables, la segunda amistosa. Había excusado contestara Ud. porque no me gusta tener con mis amigos palabras que no sean complacientes; parece que Ud. ha *querido* dudar alguna vez que yo sea su amigo, pero este ha sido un simple querer, o permitirá Ud. que diga, un mal capricho. Circunstancias de un momento pueden causar un disgusto, pero jamás alterar sentimientos que la inclinación y el tiempo han grabado.

Después que me he desocupado un poco, creo mi primer deber felicitar a Ud. por las glorias de los colombianos en el Perú. La victoria de Ayacucho el 9 de diciembre, es el más brillante testimonio y el monumento de más honor que pueden levantar los americanos a la libertad. 9.310 soldados españoles que habían triunfado catorce años en el Perú, han sido perfecta y completamente batidos por 5.780 de nuestros bravos. Diez y seis generales españoles, 500 jefes y oficiales, todos los restos de su ejército, todas las guarniciones que tienen en las provincias, todo el territorio de la República que ocupaban, la plaza del Callao, todos los parques, almacenes militares y cuanto pertenecía al gobierno español (entregado sobre el campo de batalla a las armas libertadoras) es el resultado de esta victoria. Los documentos oficiales irán luego a Ud. Por ahora baste decirle que todo, todo ha caído en nuestras manos.

Creo haber aprovechado cuanto podía esta victoria; la paz de América ha sido sellada sobre este campo de fortuna. La batalla ha sido ejecutada con un orden y regularidad que jamás se describirá; durante tres horas de combate, nadie ha vacilado; una carga firme decidió todo; los españoles me han dicho que nunca ellos vieron las tropas francesas marchar con más gallardía ni con tanto entusiasmo. Estoy muy contento y muy contento de la conducta de los cuerpos: Colombia debe

tener orgullo de poseer este ejército, y ninguna diligencia es demás para conservar-le su brillo y esplendor. Hemos perdido 784 hombres, pero de ellos solo son unos 300 muertos, y los demás heridos, mas los cuerpos han tomado reemplazos dobles, y creo que pronto completaré al ejército la fuerza que le ha venido de Colombia.

En las dudas de quien recompensaba a los valientes que se han distinguido, he creído que la justicia y la victoria me autorizaba para dar algunos premios y los he avisado al Libertador; si este continúa en quererse desentender del ejército nuestro, pasaré a Ud. los avisos oficiales. Lara y Córdova han sido ascendidos a nombre de Colombia, del Congreso, del Libertador y del Gobierno, a generales de división, porque lo han merecido; la mayor parte de los jefes han recibido un grado y muchos subalternos; si he hecho mal, el Gobierno me castigará, pero preferiré recibir todos los castigos a dejar de hacer la justicia de premiar a los bravos que han dado la paz a la América, su tranquilidad a Colombia, el lustre más brillante a nuestras armas y la libertad al Perú. Jamás una jornada fue más gloriosa ni sangrienta; 2.000 enemigos han quedado en el campo de batalla y 600 heridos, y debe engrair a Colombia que sus armas hiciesen firmar en el campo de batalla la independencia de una nación entera.

Después que he cumplido mi comisión, y que he satisfecho mis compromisos, es mi mayor anhelo el retirarme: ni mis deseos, ni mi situación convienen en que yo continúe el mando de ningún ejército. He pedido al Libertador que se me releve, pero sé que va a contestar que estando desprendido él del Ejército de Colombia, me entienda con Ud. En esta jerga en que él me dice me entienda con Ud., y Ud. que me entienda con él, sentiré que se me estreche a una posición forzada. Reclamo, pues, de Ud. que se me releve, y que se me dé mi licencia; he calculado que no debo servir más sin hacer un sacrificio de tal clase que nadie puede exigirme; si Ud. es mi amigo, mi licencia será un favor que le deberé y será también el premio de la más brillante y de la más completa victoria de América. Cuando el Libertador y todos pensaban que eran necesarios inmensos refuerzos para terminar esta campaña felizmente, la fortuna me ha presentado la ocasión de concluirla más allá de lo que podían ser los deseos de todos, y con casi una mitad de las fuerzas enemigas; parece que puedo pedir algún favor, y yo solicito el más fácil de conceder, el que cuesta menos y el que más me contentará.

Dentro de seis días marchó para el Cuzco, y en un mes nuestro ejército habrá tomado posesión de todo el territorio de esta República. Antes del Desaguadero será necesario invernar. Respecto a las provincias del otro lado del Desaguadero no sé lo que piensa el Libertador, pues correspondiendo al virreinato de Buenos Aires, ignoro cuál sea la conducta del Libertador, ni la que toque a nuestro ejército. Ojalá que en estos seis meses viniera mi relevo; no tengo ganas de meterme en nuevas andanzas; deseo un poco de reposo después de tanta agitación, y no es justo que todo el trabajo pese sobre unos solos; puede distribuirse entre tantos que somos. Mi aspiración es a una vida privada, crea Ud. que lo digo sinceramente.

Adiós mi querido General, ojalá que esta carta la reciba Ud. después que haya firmado la paz de Colombia que según se nos dice iba a ser reconocida; si no, de nuestro campo de batalla habremos extendido los preliminares, porque ya no queda la menor esperanza a la España. Sus mejores generales y su más fuerte ejército se ha humillado a los colombianos.

Siempre su buen amigo, afectísimo compañero.

Sucre

LA NOTICIA Y LA VICTORIA DE AYACUCHO (PRENSA PERUANA DE LA ÉPOCA)

AVISO AL PÚBLICO

Lima diciembre 18 de 1824

GRAN VICTORIA TRIUNFO DECISIVO

El ejército libertador al mando del general Sucre ha derrotado completamente al ejército español el 9 del presente mes en los campos de Guamanguilla. El general La-Serna que lo mandaba, ha sido herido y se halla prisionero con los generales Canterac, Valdés, Carratalá y demás jefes oficiales y tropa. Por consiguiente, todos los bagajes del enemigo, su armamento y pertrechos, se hallan también en nuestro poder. El teniente coronel Medina, ayudante de S.E. el Libertador conducía los partes oficiales de la acción; y es de lamentar la desgracia que tuvo de ser asesinado en Guando por los rebeldes de aquel pueblo. Mas todas las autoridades de los lugares inmediatos al sitio de la batalla, avisan oficialmente el triunfo de nuestras armas, añadiendo que el general Canterac que quedó mandando el campo, después de haber sido herido el general La Serna, capituló con el general Sucre estipulando expresamente, que la fortaleza del Callao se entregará al ejército libertador.

El 9 de diciembre de 1824, se ha completado el día que amaneció en Junín; al empezar este año, los españoles amenazaban reconquistar la América con ese ejército, que ya no existe. Los campos de Guamanguilla han sido testigos de la victoria que ha terminado la guerra de la independencia en el continente de Colón. Allí se ha decidido la cuestión que divide la Europa, que interesa inmediatamente a la América, que es trascendental a todo el género humano, y cuyo influjo alcanzará sin duda a mil de mil generaciones que se sucedan: esta cuestión es, si el mundo debe gobernarse por el poder absoluto de los que se llaman Legítimos, o si es llegada la época en que los pueblos gocen de sus libertades y derechos. En fin, el ejército libertador ha resuelto el problema y ha levantado el último monumento que faltará a su gloria: la gratitud escribirá en él los nombres de los vencedores de Guamanguilla, y del ilustre genio que ha dirigido la guerra, que ha salvado al Perú y que en los sucesos de febrero no ha encontrado, sino nuevos caminos para la gloria: su fama durará hasta la muerte del mundo, y este es un presentimiento que tienen todos los corazones que suspiran por la libertad.

Lima. 1824 imprenta administrada por J. María Concha

EN LUGAR DEL MINISTERIO DE PAZ QUE LES MANDÓ JESUCRISTO

Huamanga, diciembre 18

Al señor Gobernador Eclesiástico.

Algunos curas que emigraron al tiempo de ocupar este departamento las tropas libertadoras, volverán sin duda y querrán tal vez reclamar sus curatos alegando algún artículo de la capitulación de Ayacucho.

La conducta de algunos curas de la diócesis que no solo han demostrado por opiniones su aversión al Gobierno de la República, sino que puestos a la cabeza de guerrillas han asesinado nuestros soldados enfermos, han robado los equipajes del ejército y han cometido toda especie de horrores y de males, exige medidas que nos preserven de su influjo pernicioso. Así es que no solo no deberán devolverse los curatos a los que hayan emigrado, sino que V.S. procederá desde luego a separar todos aquellos curas que en la invasión a estas provincias se hayan mostrado enemigos nuestros. Encarezco a V.S. tanto esta disposición y la brevedad en tomarla, cuanto que con ella me ahorrará V.S. la intervención en la conducta de estos clérigos malvados, y excusaré así que la mano militar tome venganza de la sangre de nuestros soldados derramada por el influjo de estos asesinos.

A la vez debe V.S. proceder a repartir entre estos curas realistas una contribución de 20.000 pesos con qué pagar los equipajes que por su culpa han robado a los oficiales del ejército. Esta contribución estará entregada en cajas en veinte días, y los que resistan pagarla se harán traer a esta ciudad para proceder contra ellos con la misma severidad con que se conducen los españoles con los clérigos patriotas.

Al expresarme con V.S. en los términos que lo hago en esta nota, debo confesar la indignación del ejército contra los que en lugar del ministerio de paz que les mandó Jesucristo han predicado y autorizado en estos días el asesinato y el robo: a un mismo tiempo aseguro a V.S. la veneración de las tropas libertadoras a los sacerdotes que bajo la doctrina del Redentor son ministros de la religión y de la caridad. El Ejército Libertador se hace un deber agradable sostener sus juramentos

en defender la religión de Jesús y de conservar un profundo respeto a los sacerdotes de su Iglesia.

Sometiendo con esta fecha resoluciones al Gobierno supremo, serán del todo cumplidas estrictamente hasta que en cuanto a la reposición de curas resuelva S.E. el Libertador lo más útil.

Dios &.

Sucre

CARTA DE SIMÓN BOLÍVAR A MANUELA SAÉNZ

Cuartel General de Huancavilca, diciembre 20 de 1824

Señora doña Manuela Sáenz

Apreciada Manuelita:

Al recibir la carta del 10, de letra de Sucre, no tuve más que sorprenderme por tu audacia, en que mi orden, de que te conservaras al margen de cualquier encuentro peligroso con el enemigo, no fuera cumplida; a más de que tu desoída conducta, halaga y ennoblece la gloria del ejército colombiano, para el bien de la patria y como ejemplo soberbio de la belleza, imponiéndose majestuosa sobre los Andes. Mi estrategia me dio la consabida razón de que tú serías útil allí; mientras que yo recojo orgulloso para mi corazón, el estandarte de tu arrojo, para nombrarte como se me pide: Coronel del Ejército Colombiano.

Tuyo,

Bolívar

Adición:

¡Viva la Patria! ¡Viva Sucre! ¡Viva Manuela! ¡Viva Ayacucho! ¡Que es la apoteosis de la República!

Quinto Pl. de Mancaesiles Dic. 20 de 1824

Sra. donña Manuela Sáenz

Apreciada Manuella

Admiración! Viva la Patria! Viva Sucre
Viva Manuella, viva Ayacucho
que es la posterior de la República!

Al recibir tu carta del 10 de Setiembre de Sucre, no
tuve más que sorprendeme por tu audacia
en que mi orden, de que te conservaras al margen
de cualquier encuentro o peligro con el enemigo
no fuera cumplida, al más de tu desoída
conducta, halaga y embellece tu gloria, del
ejército colombiano, para el bien de la Patria y
como ejemplo soberbio de la belleza, impon
dos majestuosa sobre los andes. Mi estrategia
me dio la consabida razón de que tú serías
útil allá, mientras que yo recojo orgullo
para mi corazón: el estandarte de tu amor,
para nombrarte como se me pide: Coronel
del ejército colombiano

Bolívar

ORDEN DEL DÍA DEL ESTADO MAYOR GENERAL LIBERTADOR, 22 DE DICIEMBRE DE 1824

Cuartel General en Lima, a 22 de diciembre de 1824

S.E. el Libertador ha recibido anoche por conducto del edecán del señor general Sucre, capitán Alarcón, la confirmación de la Batalla de Ayacucho el 9 del corriente, a las órdenes del inmortal general Sucre.

Después de cinco meses de maniobras hábiles por ambas partes y de diferentes combates, siempre gloriosos para nuestras armas, el señor general Sucre esperó al enemigo en la posición de Ayacucho. Los dos ejércitos tuvieron el 8 algunos encuentros. El 9 el Ejército Libertador fue atacado por el ejército enemigo, que había tomado las alturas que estaban al frente de nuestro campo. El general Valdés a la vanguardia, mandaba la derecha con cuatro piezas de batalla, cuatro batallones y dos escuadrones de Húsares. El general Monet el centro, con cinco batallones. El general Villalobos mandaba la izquierda con 7 piezas y cuatro batallones. El resto de la caballería y del ejército español estaba a retaguardia.

Nuestro ataque fue en el orden siguiente: El general Córdova atacó por la derecha con la 2^a división de Colombia, compuesta de los batallones Bogotá, Voltígeros, Pichincha y Caracas. El general La Mar mandaba la izquierda con los batallones del Perú, Legión, Números 1, 2 y 3. La división del general Lara estaba en reserva.

Los dos ejércitos, aunque muy desiguales en fuerzas ardían por combatir. El enemigo tenía cerca de 10.000 hombres y el nuestro 5.800.

Los batallones de la 2^a división de Colombia marcharon arma al brazo con un denuedo de que hay pocos ejemplos. Apenas se rompió el fuego, cuando los españoles empezaron a perder terreno y a desordenarse. La división del Perú habiendo encontrado una resistencia muy vigorosa en la vanguardia enemiga a las órdenes

del general Valdés, fue reforzada por el general Lara con los batallones Vencedor y Vargas de La Guardia Colombiana. Entonces ya nada resistió el ímpetu de nuestros bravos. El 2º Escuadrón de Húsares de Junín a las órdenes del intrépido comandante Olavarría, cargó brillantemente a los escuadrones enemigos que estaban a la derecha del general Valdés, y logró un suceso admirable. Los escuadrones de Colombia cargaron pie a tierra, por el flanco derecho nuestro a la infantería española. El regimiento de Húsares de Colombia a las órdenes del intrépido coronel Silva cargó, lanza en mano, a los Granaderos de la Guardia del Virrey, que fueron despedazados. Este bravo coronel recibió tres lanzazos.

Todos los cuerpos, todas las armas se portaron de un modo heroico, durante el corto pero terrible choque de la batalla.

Nuestra pérdida ha sido de muertos un jefe, 8 oficiales y 300 soldados; heridos 6 jefes, 34 oficiales y 480 soldados. La del enemigo, el Virrey herido, 6 jefes muertos, y 2.600 de tropa entre muertos y heridos.

El señor general en jefe atendiendo a la bizarra comportamiento del señor general Córdova en la Batalla de Ayacucho, tomó el nombre de Colombia, del Libertador, del Congreso y del Gobierno para ascenderlo sobre el mismo campo a general de división, y en iguales términos ha nombrado general de división al señor general Lara por sus muy distinguidos servicios en la campaña.

Del mismo modo el señor general en jefe ha dado a los jefes del ejército los premios siguientes, mientras pasadas por las divisiones las noticias de los señores oficiales y tropa que se han distinguido, se concedan las promociones a que sean acreedores.

Coronel graduado José Leal, a coronel efectivo.

Teniente coronel Trinidad Morán, a coronel graduado.

ídem, ídem, graduado Pedro Guash, a teniente coronel efectivo.

ídem, ídem, ídem Rafael Cuervo, a ídem, ídem, ídem.

ídem, ídem, ídem Antonio Guerra, a ídem, ídem, ídem.

Teniente coronel graduado N. Jiménez, a teniente coronel efectivo.

ídem, ídem, ídem Jorge Brown, a ídem, ídem, ídem.

Sargento mayor Pedro Torres, a teniente coronel graduado.

ídem, ídem graduado Antonio Somoza, a sargento mayor efectivo.

El señor general en jefe ha recomendado con particular encarecimiento a la consideración de S.E. el Libertador, los servicios de los señores coroneles Silva, Carvajal y Sandes, recomendando también las heridas que recibió el primero en la batalla.

Como no se ha recibido el parte de esta jornada, por la muerte del teniente coronel Medina, apenas sabemos los jefes que más se han distinguido. El señor general La Mar, según los informes, se ha conducido de un modo digno de su antigua reputación. Cuando llegue este glorioso parte, se insertará todo en la orden del día.

Los restos del ejército español a las órdenes del general Canterac, capitularon con el señor general Sucre antes de terminado el día de la batalla. Por esta capitulación todo lo que pertenecía al poder español en el Perú se ha mandado entregar a esta República.

Todo el ejército español, inclusive 15 generales, ha quedado en nuestro poder.
El general jefe,

[*Manuel José Soler*]

PROCLAMA DEL LIBERTADOR A LOS SOLDADOS DEL EJÉRCITO VENCEDOR EN AYACUCHO

SIMÓN BOLÍVAR,
Libertador Presidente de Colombia y Encargado del Poder
Dictatorial del Perú, etc., etc., etc.

A los soldados del Ejército vencedor en Ayacucho:

Soldados:

Habéis dado la libertad a la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido?

La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

Soldados: Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores; contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

Soldados: recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados, como merecéis, antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas, no..., jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

Soldados peruanos: vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

Cuartel General en Lima, a 25 de diciembre de 1824. -14^o

Bolívar

PROCLAMA DEL LIBERTADOR

A los peruanos

¡Peruanos!

El Ejército Libertador a las órdenes del intrépido y experto general Sucre ha terminado la guerra del Perú, y aun del Continente americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así el ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice, de completar en este año la libertad del Perú.

¡Peruanos!

Es tiempo que os cumpla ya la palabra que os di, de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será pues reunido el 10 de febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al Cuerpo Legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada.

¡Peruanos!

El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaban ocupaban las provincias libres del norte y hacían la guerra al Congreso; la marina no obedecía al Gobierno: el expresidente Riva-Agüero, usurpador, rebelde y traidor a la vez, combatía a su patria y a sus aliados; los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas; y las de Buenos Aires, sublevándose en el Callao contra sus jefes, entregaron aquella plaza a los enemigos. El presidente Torre Tagle llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú.

La discordia, la miseria, el descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía: todo estaba disuelto. En estas circunstancias el Congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia, lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil reconocieron el Gobierno legítimo,

y han prestado inmensos servicios a la patria; y las tropas que la defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú. Esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad. La plaza del Callao está sitiada y debe rendirse por capitulación.

¡Peruanos!

La paz ha sucedido a la guerra: la unión a la discordia: el orden a la anarquía, y la dicha al infortunio; pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.

¡Peruanos!

El día que se reúna vuestro Congreso será el día de mi gloria: el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: ¡no mandar más!

Cuartel General Libertador en Lima, a 25 de diciembre de 1824.

Bolívar

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA, Y ENCARGADO DEL PODER DICTATORIAL DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

Considerando:

1º Que el Ejército Unido libertador, vencedor en Ayacucho, ha dado la libertad al Perú;

2º Que esta gloriosa batalla se debe exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José de Sucre y demás generales, jefes oficiales y tropa;

3º Que es el deber del pueblo y del Gobierno, dar un noble testimonio de su gratitud a este glorioso ejército;

He venido en decretar, y decreto:

1º El Ejército vencedor en Ayacucho tendrá la denominación de “Libertador del Perú”, y los cuerpos llevarán en sus banderas esta misma inscripción.

2º Los cuerpos que lo componen recibirán el sobrenombre de “Glorioso”.

3º Los individuos que lo componen, el título de “Beneméritos en grado eminente”.

4º En el campo de Ayacucho se levantará una columna sagrada a la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito general Antonio José de Sucre, y en ella se grabarán los nombres de los generales, jefes, oficiales y cuerpos en el orden y preeminencia que les corresponden. La gratitud del pueblo y del Gobierno se esforzará en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la erección de esta columna.

5º Un cuerpo de cada arma de los de Colombia y el Perú tomará el sobrenombre de “Ayacucho”. Una junta compuesta de los generales y jefes de ambos ejércitos, presidida por el general en jefe Antonio José de Sucre, designará los cuerpos que deban recibir esta gloriosa recompensa.

6º El ejército vencedor en Ayacucho será inmediatamente ajustado y pagado, teniendo estos gastos la preferencia sobre todos los del Estado, aun cuando para ello tenga la nación que contraer un nuevo empréstito.

7º Los individuos del ejército vencedor, llevarán una medalla al pecho, pendiente de una cinta blanca y roja con esta inscripción: “Ayacucho”. Los generales, esmaltada en brillantes, los jefes y oficiales de oro, y la tropa de plata.

8º Los padres, mujeres e hijos de los muertos en Ayacucho, gozarán del sueldo íntegro que correspondía a sus hijos, esposos y padres cuando vivían.

9º Los inválidos recibirán la misma recompensa del artículo anterior, y además serán preferidos para los empleos civiles, según sus aptitudes.

10º Se nombra al general en jefe Antonio José de Sucre Gran Mariscal, con el sobrenombre de “General Libertador del Perú”.

11º El Gobierno del Perú se encarga de interponer su mediación con el de Colombia, a fin de que se sirva prestar su consentimiento para el efecto de las recompensas que declara este decreto al Ejército de Colombia.

Dado en el palacio dictatorial en Lima, a 27 de diciembre de 1824.

Bolívar



UN MUNDO ENTERO HA FIJADO SU SUERTE

REPÚBLICA DE COLOMBIA
Ejército Auxiliar Libertador del Perú

Nº 1

Cuartel General en el Cuzco, a 29 de diciembre de 1824

Al señor Secretario de Estado del Despacho de la Guerra, &., &.

Señor Ministro:

Me es altamente satisfactorio que mi primera comunicación con V.S. contenga los sucesos más importantes a la causa de la Independencia de América y del mayor brillo a las armas colombianas.

El parte adjunto impondrá a V.S. de la célebre victoria obtenida por el Ejército Libertador en Ayacucho. Un mundo entero ha fijado su suerte por esta jornada. Al transmitir los detalles de ella a S.E. el vicepresidente, al decirle que las tropas colombianas marchando sobre el enemigo en el campo de batalla con una audacia y un denuedo que difícilmente tendrá ejemplo en la historia de la Revolución, mi alma siente un placer que no gustará otra vez. Nuestro ejército ha llenado las esperanzas de todos los americanos, de todos los amantes de la libertad, más allá de lo que la imaginación y el deseo alcanzaban. El Perú entero está libre por un esfuerzo colombiano; la América toda ha afianzado su independencia y ha adquirido la paz.

Tengo la honra de enviar a S.E. el vicepresidente, en nombre del ejército, cinco banderas de los más veteranos regimientos españoles que esclavizaron al Perú por catorce años de triunfos: ellas son las señales de obediencia y estimación que el ejército le ofrece y que ruego se digne aceptar. El estandarte con que Pizarro entró trescientos años pasados a esta ilustre capital de los Incas, lo remito a S.E. el Libertador como trofeo que corresponde al guerrero que marcó al Ejército Colombiano el camino de la gloria y el de la libertad del Perú.

Desde el 24 de octubre tengo órdenes del Libertador de establecer mis relaciones directas con V.S., pero al recibir sus prevenciones estaban el Ejército Español situado entre nosotros y el Cuartel General Libertador, y no pudo abrirse la comunicación hasta Ayacucho. V.S. querrá dispensarme las faltas de noticias que haya tenido de nosotros por este motivo.

Dios guarde a V.S.

Señor Secretario.

A.J. de Sucre

Notas marginales:

Junio, 3 de 1825.

Contestado y recuérdese esta nota cuando vengan las banderas.

(Rúbrica de Briceño Méndez)

Gual

Vinieron las banderas con suceso [ilegible], y se hizo de todo el uso conveniente.

**LE HAGO A UD. EL PRESENTE DE LA BANDERA QUE TRAJÓ
PIZARRO**

Cuzco, a 30 de diciembre de 1824

A S.E. el general Bolívar, &, &, &.

Mi General:

Por fin escribo a Ud. del Cuzco el año 24, y le escribo después que ya no hay enemigos en el Perú. Se ha verificado la oferta que Ud. hizo a los pueblos de acabar la guerra en este año, y es una de mis satisfacciones más grandes.

Le hago a Ud. el presente de la bandera que trajo Pizarro al Cuzco trescientos años pasados: son una porción de tiras deshechas, pero tiene el mérito de ser la conquistadora del Perú. Creo que será un trofeo apreciable para Ud. No la mando ahora porque no se extravíe; la llevará el primer oficial de confianza que vaya.

Estoy bastante cansado y algo malo: le escribiré a Ud. después; entretanto me repito siempre.

Su fiel amigo, muy obediente servidor.

A.J. de Sucre

**EL LIBERTADOR LE EXPONE AL GENERAL SANTANDER SUS
IDEAS SOBRE LA UNIÓN DE LOS PAÍSES HISPANOAMERICANOS
MEDIANTE EL CONGRESO DE PANAMÁ**

Lima, 6 de enero de 1825

A S.E. el general F. de P. Santander.

Mi querido General:

Hace tres días que había empezado una carta muy larga para Vd., y después de tener escrito lo principal, se ha perdido. Este accidente me tiene incómodo, porque no sé el uso que se podrá hacer de dicha carta y porque no sé si me acordaré de lo que dije en ella.

El objeto que más me llama la atención en el día es la tranquilidad interior de América, sobre esto hablaba a Vd. larguísimamente, y ya Vd. ve que la materia es fecunda, comprensiva además de muchos puntos remotos. Cada día me convenzo más de que es necesario darle a nuestra existencia una base de garantía. Veo la guerra civil y los desórdenes volar por todas partes, de un país a otro, mis dioses patrios devorados por el incendio doméstico. Hablo de Venezuela, mi querido país. Esta consideración me ocupa noche y día; porque contemplo que el primer desorden que allí nazca destruye para siempre hasta la esperanza, porque allí el mal será radical y penetra luego a la sangre; vuelvo, pues, a mi primer proyecto como único remedio: *la federación*. Esta federación me parece a mí un templo de asilo contra las persecuciones del crimen. Por lo mismo, estoy determinado a mandar los diputados del Perú al Istmo inmediatamente que sepa que Colombia quiere mandar los suyos a dar principio a la unión. No dudo que México y Guatemala harán lo mismo, y aun Buenos Aires y Chile después; porque este es específico universal. Yo insto a Vd., mi querido General, para que se apresure en dar este inmenso paso. Solamente esta expectativa me retendrá en América algún tiempo, hasta que se realice el congreso americano que, por lo menos, debe servirnos por los diez o doce años de nuestra primera infancia, aunque después se disuelva para siempre, pues tengo la idea de que nosotros podemos vivir siglos siempre que podamos llegar a la primera docena de años de nuestra niñez. Las primeras impresiones duran

siempre. Además las relaciones que debemos contraer sobre tiempo no dejarán de servirnos algunos años después. Los grandes soberanos de Europa se han visto obligados a ocurrir a estos congresos para establecer relaciones cordiales y familiares entre sus respectivos Estados; mientras que estuvieron con simples relaciones diplomáticas, la maldita división los tenía separados; así que reunieron un congreso y sus intereses son invencibles. Nosotros, que no somos nada y que empezamos a ser, parece que no debemos vacilar un momento en seguir aquel ejemplo. En fin, yo espero que el gobierno de Colombia no dejará de dar el último paso que le falta a su gloria.

La plaza del Callao resiste y aparenta una obstinación ciega. Yo la he puesto fuera de la Ley, porque tengo derecho para ello. Tendremos, pues, algunos meses de sitio y de bloqueo.

La escuadra española parece que se dispone para irse de estos mares hacia Filipinas, o Chiloé, y aun se dice que se dividen los buques en una y otra dirección.

Ya Vd. sabrá que he mandado buscar 2.000 y tantos hombres, de los colombianos que vienen de Panamá, para seguir este sitio. Las demás tropas he mandado que disponga de ellas el señor Castillo.

El mes que viene se reunirá el congreso del Perú. Dicen estos señores que no quieren que me vaya, ni que renuncie mi mando, mas yo lo haré a su pesar. Me quedaré, sin embargo, todo el tiempo necesario para terminar la guerra de Olañeta y del Callao y también para sacar nuestras tropas de un modo que sea agradable y útil a todos, de otro modo habría disgustos y nada saldría bien. Además deseo ardientemente que se realice el congreso ístmico. Yéndome yo, ya no podrá ser, o a lo menos quién sabe cómo. El único objeto que me retiene en América, y muy particularmente en el Perú, es el dicho congreso. Si lo logro, bien, y si no, perderé la esperanza de ser más útil a mi país; porque estoy bien persuadido que sin esta federación no hay nada.

El general Sucre me ha escrito varias cartas dándome parte de la marcha de las tropas para ocupar el país, hacer cumplir la capitulación y asegurar el término de la guerra. Todo va perfectamente bien en lo interior. Los españoles han perdido toda esperanza de hacer más nada en la sierra; pero los del Callao tienen esperanza en Olañeta, y se han puesto en comunicación con él por medio de la escuadra. Estas esperanzas pueden tener algún efecto; pero serán muy miserables, pues todo lo disponemos para no dejarle recurso ni a la fortuna ni a las armas de los españoles, que ya poco deben contar con ventaja alguna en América; porque Ayacucho ha sido el juicio final.

Ayer ha venido un buque francés de Quilca, que da por noticia de que los jefes españoles capitulados y no capitulados se estaban embarcando en buques franceses, que estaban en el puerto, para Europa, según dicen. La verdad es que todos no piensan más que ver cómo salen del mal paso en que están en este momento. La capitulación les ha quitado la desesperación que debía llevarlos a nuevos ensayos

militares. Si nosotros hubiéramos podido hacer otro tanto en Carabobo, mucho se hubiera adelantado por entonces.

Vd. puede contar con que yo estaré el resto de este año en el Perú, pero no como jefe del país, sino como jefe del ejército unido, y cuando más con la primera autorización que me dieron al llegar aquí.

He oído decir a muchas personas que desearían tener por algún tiempo, aun después de mi marcha a Colombia, algunas de nuestras tropas colombianas para asegurar la tranquilidad del país y la seguridad del Gobierno. Diré francamente que el deseo es justo y necesario, y que a nosotros no nos perjudica en nada, pues que las tropas que habríamos de mantener en el Sur las podríamos dejar aquí, sin que nos costara su manutención un real. Además, Colombia necesita de muchas tropas del Sur en el Norte, y este sería un nuevo recurso, en todo caso, para auxiliar los departamentos en que fuesen necesarias tropas fieles y disciplinadas. Aun podríamos disponer de algunas peruanas en un caso semejante. Debo también decir, en apoyo de esta operación, que está muy en el sentido de los tratados del Perú y Colombia y del fin de la federación. Últimamente vuelvo a mi tema: la América es una máquina eléctrica que se conmueve toda ella, cuando recibe una impresión alguno de sus puntos. Sobre todo, los mexicanos y los peruanos son nuestros únicos vecinos, y a ellos debemos atender de preferencia a todo, siendo indudable que sus conmociones serán extensivas a nosotros.

No hemos recibido aun el correo que ya debía haber llegado; pero contestaré cuando llegue.

Se me olvidaba decir a Vd., que la permanencia de tropas colombianas en el Perú puede ser objeto de discusión en el congreso del Istmo, y que deseo una respuesta de Vd. sobre este capítulo, para saber si debo o no contar sobre esta operación en lo futuro. No se olvide Vd. nunca que la tranquilidad del Sur de Colombia estará siempre pendiente de la del Perú; y que nuestro frente está en el Norte, y todas nuestras atenciones lo mismo; por consiguiente, más bien debemos contar con el Sur para auxilios que para cuidados. Repito que esto es capital y que lo tengo muy bien meditado. Me parece que se lo he comunicado a Vd. antes de ahora y algunas veces.

Somos 7:

Hemos recibido el correo de Colombia que no trae cosa de mayor importancia. El de México también ha llegado hoy, es decir, una correspondencia de Acapulco, que nos trae la confirmación de la muerte de Iturbide y el nombramiento de Victoria a ser presidente. Todo esto es muy bueno y aun lo mejor que podría suceder.

Vd. sabrá lo que le dice Castillo con respecto a las tropas y a la marina. No digo nada de esto, pues que ya es inútil casi todo por la Batalla de Ayacucho. Hoy mismo he dicho que no vengan más tropas de Colombia. El ministro dice que hay temores de expedición por allá. Si Vds. quieren tropas del Perú, pídanlas y digan por dónde se han de llevar. Creo que el Istmo será siempre el mejor tránsito; pero allí se deben

poner buques oportunamente por parte de Chagres. Se ha gastado mucho dinero con la tal expedición que, según dice Castillo de nada vale, que ya poco nos servirá. Lo mismo será probablemente con la escuadra, que nos come el alma, para no batir a el Asia ni a nada. Parece que lo que más cuesta, es lo que menos sirve. Se confirma la noticia de que el Asia se va para Filipinas, de lo que me alegro mucho.

Parece que Victoria es un grande hombre, según dicen los papeles. Es una buena prenda la que él tiene en no haber representado papel alguno en los negocios de Iturbide. Esto prueba moderación de principios.

La muerte de Iturbide es el tercer tomo de la historia de los príncipes americanos. Dessalines, Cristóbal y él se han igualado por el fin. El emperador del Brasil puede seguirlos, y los aficionados tomar ejemplo. El tal Iturbide ha tenido una carrera algo meteórica, brillante y pronta como una brillante exhalación. Si la fortuna favorece la audacia, no sé por qué Iturbide no ha sido favorecido, puesto que en todo la audacia lo ha dirigido. Siempre pensé que tendría el fin de Murat. En fin, este hombre ha tenido un destino singular, su vida sirvió a la libertad de México y su muerte a su reposo. Confieso francamente que no me canso de admirar que un hombre tan común como Iturbide hiciese cosas tan extraordinarias. Bonaparte estaba llamado a hacer prodigios. Iturbide no; y por lo mismo los hizo mayores que Bonaparte. Dios nos libre de su suerte, así como nos ha librado de su carrera, a pesar de que no nos libremos jamás de la misma ingratitud. El parte del oficial tiene una expresión al fin bastante tierna cuando ofrece a su patria el sacrificio de su dolor al ejecutar la sentencia del Congreso.

Adiós, mi querido General, mucho deseo salir de la carrera pública, dejando antes establecida la felicidad del país. Diríjame la adjunta para Santana, de Caracas.

Soy de Vd. de corazón.

Bolívar

NOTA DEL GENERAL SUCRE PARA EL MINISTRO DE LA GUERRA DEL GOBIERNO DICTATORIAL DEL PERÚ

Cuartel General en Sicuani, 23 de enero de 1825

Señor ministro:

He tenido la honra de recibir la nota de V.S. del 27 de diciembre, con el decreto de S.E. el Libertador en favor de los vencedores de Ayacucho. Mi corazón ha sufrido un combate de terribles sentimientos. Me he visto humillado por la excesiva generosidad de S.E. el Libertador en prodigarme honores que son debidos a él, el genio de la América, que me dio un ejército de héroes formado por él mismo, para defender las libertades patrias y los derechos del Perú; y a la vez he visto con orgullo las recompensas a estos héroes que fijaron en un día los destinos del Nuevo Mundo.

El Libertador ha mandado erigir monumentos que recuerden a las futuras generaciones los servicios de los vencedores de Ayacucho; pero en el corazón de estos está consagrado el monumento que ellos han formado al hijo de la gloria, al guerrero generoso que nos dio patria, y que de la condición de esclavos nos convirtió en soldados de la libertad y de la victoria. Sobre todos estos corazones y en cada uno de ellos existe la estatua de Bolívar y de allí la dejaremos a los hijos de nuestros hijos, para que su memoria tenga la duración del sol.

V.S. querrá dignarse presentar a S.E. mi reconocimiento ilimitado a sus bondades, y aceptar las consideraciones con que soy, etc.

Antonio José de Sucre

HUMILLADO POR LA EXCESIVA GENEROSIDAD

Ejército Unido Libertador del Perú

Cuartel General en Sicuani, a 23 de enero de 1825

Al señor Ministro de Estado en el Departamento de la Guerra.

Señor Ministro:

Ayer tarde cuando he tenido la honra de recibir la nota de V.S. del 27 de diciembre con el decreto de S.E. el Libertador, en favor de los vencedores de Ayacucho, mi corazón ha sufrido un combate de terribles sentimientos. Me he visto humillado por la excesiva generosidad de S.E. el Libertador en prodigarme honores, que son debidos al genio de la América, que me dio un ejército de héroes, formado por él mismo, para defender las libertades patrias y los derechos del Perú; y a la vez, he visto con orgullo las recompensas a estos héroes que fijaron en un día los destinos del Nuevo Mundo. El Libertador ha mandado levantar monumentos que recuerden a las futuras generaciones los servicios de los vencedores de Ayacucho; pero en el corazón de estos vencedores, está consagrado el monumento que ellos han formado al hijo de la gloria, al guerrero generoso que nos dio una patria, y que de la condición de esclavos nos convirtió en soldados de la libertad y de la victoria. Sobre todos estos corazones, y en cada uno existe la estatua de Bolívar, y de allí la dejaremos a los hijos de nuestros hijos, para que su memoria tenga la duración del Sol.

Las relaciones que V.S. se sirve pedirme, se han mandado formar por el Estado Mayor, y tendré la satisfacción de pasarlas a V.S. tan luego como estén concluidas.

V.S. querrá dignarse presentar a S.E. mi reconocimiento ilimitado a sus bondades, y aceptar las consideraciones con que soy de V.S. muy humilde, obsecuente servidor.

A.J. de Sucre

SIMÓN BOLÍVAR DEVUELVE AL CONGRESO DEL PERÚ LOS PODERES DICTATORIALES QUE ESTE LE HABÍA CONFERIDO

Legisladores: hoy es el día del Perú, porque hoy no tiene un dictador. El Congreso salvó la patria cuando transmitió al Ejército Libertador la sublime autoridad que le había confiado el pueblo, para que lo sacase del caos y de la tiranía. El Congreso llenó altamente su deber dando leyes sabias en la Constitución republicana, que mandó cumplir. El Congreso, dimitiéndose de esa autoridad inenajenable que el pueblo mismo apenas podía prestar, ha dado el ejemplo más extraordinario de desprendimiento y de patriotismo. Consagrándose a la salud de la patria, y destruyéndose a sí mismo, el Congreso constituyó al Ejército en el augusto encargo de dar libertad al Estado, de salvar sus flamantes leyes y de lavar con la sangre de los tiranos las manchas que la nación había recibido de esos hombres nefandos, a quienes se había confiado la autoridad de regirla.

Me es imposible expresar la inmensidad de gloria que me ha dado el Congreso encargándome de los destinos de su patria. Como representante yo del Ejército Libertador, me atreví a recibir la formidable carga que apenas podrían sobrellevar todos mis compañeros de armas; pero la virtud y el valor de estos ínclitos guerreros, me animaron a aceptarla. Ellos han cumplido la celeste misión que les confió el Congreso: en Junín y Ayacucho han derramado la libertad por todo el ámbito del imperio que fue de Manco Cápac; han roto el yugo y las cadenas que le imponían los representantes del procónsul de la Santa Alianza en España. Ellos marchan al Alto Perú; pues sean cuales fueren las miras del que allí manda, al fin es un español. Yo volaré con ellos; y la plaza del Callao será tomada al asalto por los bravos del Perú y Colombia.

Después, señores, nada me queda que hacer en esta República; mi permanencia en ella es un fenómeno absurdo y monstruoso, es el oprobio del Perú.

Yo soy un extranjero: he venido a auxiliar como guerrero, y no a mandar como político. Los legisladores de Colombia, mis propios compañeros de armas, me increparían un servicio que no debo consagrar sino a mi patria, pues unos y otros no han tenido otro designio que el de dar la independencia a este gran pueblo. Pero si yo aceptase su mando, el Perú vendría a ser una nación parásita ligada así a Colombia, cuya presidencia obtengo y en cuyo suelo nací. Yo no puedo, señores, admitir un poder que repugna mi conciencia: tampoco los legisladores pueden conceder una autoridad que el pueblo les ha confiado solo para representar su soberanía. Las generaciones futuras del Perú os cargarían de execración; vosotros no tenéis facultad de librar un derecho de que no estáis investidos. No siendo la soberanía del pueblo enajenable, apenas puede ser representada por aquellos que son los órganos de su voluntad; mas un forastero, señores, no puede ser el órgano de la representación nacional. Es un intruso en esta naciente república.

Yo no abandonaré, sin embargo, el Perú: le serviré con mi espada y con mi corazón, mientras un solo enemigo huelle su suelo. Luego, ligando por la mano las repúblicas del Perú y Colombia, daremos el ejemplo de la grande confederación que debe fijar los destinos futuros de este nuevo universo.





Encuentro de Bolívar y Sucre en Desaguadero (1883) de Manuel Otero. Col. Museo Bolivariano. Caracas, Venezuela

**EL LIBERTADOR LE EXPONE AL GENERAL SUCRE SUS
IDEAS SOBRE EL PRINCIPIO JURÍDICO-DIPLOMÁTICO
DEL *UTI POSSIDETIS***

Lima, 21 de febrero de 1825

Señor general Antonio José de Sucre.

Mi querido General:

He recibido la carta de Vd. de Puno del 1º de febrero con mucho gusto, porque sé de Vd. y del estado de las cosas.

Me parece que el negocio del Alto Perú no tiene inconveniente alguno militar, y en cuanto a lo político, para Vd. es muy sencillo: Vd. está a mis órdenes con el ejército que manda y no tiene que hacer sino lo que le mando. El Ejército de Colombia ha venido aquí a mis órdenes, para que, como jefe del Perú, le dé dirección y haga con él la guerra a los españoles. Vd. manda el ejército como general de Colombia, pero no como jefe de nación, y yo sin mandar el ejército como general, lo mando como auxiliar de la nación que presido. Esto lo digo en respuesta a los compromisos de que Vd. habla. Yo no le doy órdenes como jefe de Colombia, porque no lo soy, pero sí como jefe del territorio que está en guerra con el Alto Perú, no habiendo límites entre enemigos.

Ni Vd., ni yo, ni el congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinos, capitanías generales, o presidencias como la de Chile. El Alto Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires: dependencia inmediata como la de Quito de Santafé. Chile, aunque era dependencia del Perú, ya estaba separado del Perú algunos años antes de la revolución, como Guatemala de Nueva España. Así es que ambas a dos de estas presidencias han podido ser independientes de sus antiguos virreinos; pero Quito ni Charcas pueden serlo en justicia, a menos que, por un convenio entre partes, por resultado de una guerra o de un congreso, se logre entablar y concluir un tratado. Según dice, Vd. piensa convocar una asamblea

de dichas provincias. Desde luego, la convocación misma es un acto de soberanía. Además, llamando Vd. estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata. Desde luego, Vd. logrará con dicha medida la desaprobación del Río de la Plata, del Perú y de Colombia misma, que no puede ver ni con indiferencia siquiera que Vd. rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del antiguo virreinato. Por supuesto, Buenos Aires tendrá mucha justicia, y al Perú no le puede ser agradable que con sus tropas se haga una operación política sin consultarlo siquiera.

Vd. tiene una moderación muy rara: no quiere ejercer la autoridad de general cual le corresponde, ejerciendo de hecho el mando del país que sus tropas ocupan, y quiere, sin embargo, decidir una operación que es legislativa. Yo sentiría mucho que la comparación fuese odiosa, pero se parece a lo de San Martín en el Perú: le parecía muy fuerte la autoridad de general libertador y, por lo mismo se metió a dar un estatuto provisorio, para lo cual no tenía autoridad. Le diré a Vd., con la franqueza que Vd. debe perdonarme, que Vd. tiene la manía de la delicadeza, y que esta manía le ha de perjudicar a Vd. como en el Callao. Entonces quedaron todos disgustados con Vd. por delicado, y ahora va a suceder lo mismo.

Vd. créame, General, nadie ama la gloria de Vd. tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de Vd. hecha por mí, en que, cumpliendo con mi conciencia, le doy a Vd. cuanto merece. Esto lo digo para que Vd. vea que soy justo, desapruébo lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.

Yo he dicho a Vd. de oficio lo que Vd. debe hacer, y ahora lo repito: sencillamente se reduce a ocupar el país militarmente y esperar órdenes del gobierno. Ahora mismo está el Congreso tratando sobre las instrucciones que debe darme con respecto al Alto Perú. Todavía no sé cuál será su determinación; pero, sea la que fuere, yo no haré más que mi deber, sin meterme a consideraciones en que no debo.

Dentro de muy pocos días me voy para allá y llevaré las tales órdenes del Congreso.

Todo lo que Vd. me dice con respecto a las tropas me parece muy bien.

Vd. verá por la gaceta que el Congreso me ha recompensado excesivamente. Así no me parece bien lo que Vd. me dice para darme el título de Libertador; sin merecerlo, antes me lo habían dado. De todos modos doy a Vd. las gracias por su fineza.

Dentro de tres o cuatro días empezará el bloqueo y sitio del Callao. Ya tenemos aquí más de 3.000 hombres para emprender esta operación.

En este momento acabo de saber que en el Congreso hay buenas opiniones con respecto al Alto Perú, llamo buenas las que se inclinan a no agregarlo al Perú; porque esta es la base de nuestro derecho público. Por lo demás, dicen que se ocupe el país militarmente hasta que se decida su suerte de un modo legal y legítimo. Yo creo que esto es lo que está conforme a la justicia. Yo me alegraré mucho que ni

Colombia ni el Perú tengan que sufrir por el sacrificio de haber libertado ese país, pues será muy desagradable ser redentor y mártir. Por lo mismo, no quiero que Vd. tenga una suerte tan inicua.

Soy de Vd., mi querido General, de todo corazón.

Bolívar

P.D. - Muchas memorias a Lara, Córdova y demás generales.

DECRETO DEL CONGRESO AL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR, ENCARGADO DEL SUPREMO MANDO DE LA REPÚBLICA

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERÚ

Considerando:

1º Que el Perú debe al Libertador Simón Bolívar con su invencible ejército la existencia política que hoy goza, y la feliz cesación de las grandes calamidades de la guerra;

2º Que es una obligación de la gratitud nacional perpetuar de todos los modos posibles la memoria de estos inapreciables bienes, y la alta consideración debida a sus autores;

3º Que el pundonor, desinterés y generosidad de cuantos componen el ejército unido libertador no absuelven a la República peruana del sagrado deber de compensar las fatigas y heroicos servicios de sus defensores, del modo que sea menos desproporcionado, aunque siempre demasiado inferior al valor de la sangre y las vidas con que han comprado la libertad del pueblo peruano;

4º Que además de los bravos que han militado personalmente en la campaña libertadora, tienen un derecho incontestable al reconocimiento nacional los que han prestado al Libertador eminentes servicios de cualquier otro género para esta grande empresa;

5º Que es un interés imprescindible de la república estimular para en adelante a cuantos puedan destinarse a servirla acreditando con esta ley de premios, que si no es capaz de igualar con sus recompensas el mérito de sus libertadores se esfuerza al menos a no manifestarse insensible a sus inestimables auxilios;

Ha venido en decretar, y

Decreta:

1º Se abrirá una medalla de honor del Libertador que lleve por el anverso su busto con este mote: A su Libertador Simón Bolívar; y por el reverso las armas de la República con este otro: El Perú restaurado en Ayacucho año de 1824.

2º Se erigirá en la plaza de la Constitución un monumento con la estatua ecuestre del Libertador, que perpetúe la memoria de los heroicos hechos con que ha dado la paz y la libertad al Perú. ‘

3º En las capitales de los departamentos se fijará una lápida en la plaza mayor con una inscripción de gratitud al Libertador por haber salvado a la República; y en las casas de las municipalidades se colocará con todo el decoro posible su retrato.

4º La persona del Libertador disfrutará en todo tiempo los honores de presidente de la República.

5º Se pone a disposición del Libertador, como una pequeña demostración del reconocimiento público, la cantidad de un millón de pesos; y otra igual para que la distribuya entre los jefes, oficiales y tropa del Ejército libertador, reputándose como perteneciente a éste, para los efectos dichos, en la clase que el Libertador juzgue convenirle, al Ministro general que fue del Estado, por la parte tan activa y laboriosa que ha tenido en la campaña.

6º Para llenar los objetos del artículo anterior se abrirá un empréstito del todo independiente de los demás que el Gobierno tenga a bien levantar, según sus facultades, para la paga del ejército y demás necesidades de la República; pudiendo cubrirse su respectiva asignación con alguna de las fincas nacionales a los interesados que lo eligieren.

7º Será reconocido en adelante el General en Jefe del ejército unido, Antonio José de Sucre, con el dictado de *Gran Mariscal de Ayacucho*, por la memorable victoria obtenida en los campos de este nombre.

8º A todos los individuos que han servido en la campaña del Perú desde el 6 de febrero de 1824 hasta el día de la victoria de Ayacucho, se les declara la calidad de peruanos de nacimiento, con opción a todos los empleos de la República, si por otra parte reunieren los demás requisitos constitucionales.

9º Queda el Libertador autorizado para instituir y señalar cualquiera otra clase de premios honoríficos o pecuniarios para mejor compensativo de los servicios ya prestados y estímulo de los que pueda necesitar en adelante la nación.

Comuníquese al mismo Libertador para que lo mande imprimir, publicar y circular.

Dado en la sala del Congreso en Lima, a 12 de febrero de 1825.

José María Galdiano
Presidente

Joaquín Arrese
Diputado secretario

Manuel Ferreyros
Diputado secretario



EL SENADO Y CÁMARA DE REPRESENTANTES DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA, REUNIDOS EN CONGRESO

Informados del glorioso éxito que ha obtenido el ejército libertador del Perú, dirigido por el Libertador presidente de Colombia en las batallas memorables de Junín y de Ayacucho, en los días 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824, en las cuales ha acreditado el ejército de Colombia auxiliar del Perú, mandado por el intrépido y experto general Antonio José de Sucre, que era digno de la confianza que de él hizo la nación, encargándole la defensa y protección de sus hermanos del Perú; y

Considerando-

1º Que este glorioso resultado, que asegura para siempre la libertad de la América meridional y la gloriosa reputación de las armas de Colombia, es debido al genio del Libertador presidente Simón Bolívar:

2º Que la lealtad, constancia y valor del ejército colombiano, auxiliar del Perú en esta memorable campaña, son un modelo de virtudes militares:

3º Que es un deber del Congreso, como órgano de la gratitud nacional, conceder premios y recompensas a los que han hecho grandes servicios a la patria:

Decretan:

Art. 1º Los honores del triunfo al Libertador Simón Bolívar, presidente de Colombia, y al ejército auxiliar colombiano, vencedor en Junín y Ayacucho.

§ único. Luego que el Libertador Presidente de Colombia regrese con todo o alguna parte del Ejército a la capital provisional de la República, el Poder ejecutivo designará el día en que deban recibir los honores del triunfo.

Art. 2º El Poder ejecutivo a nombre de la Nación presentará al Libertador presidente Simón Bolívar una medalla de platina de veintiocho líneas de diámetro, que contendrá en el anverso a la Victoria coronando el genio de la Libertad con una corona de laureles: este llevará en la mano izquierda las faces colombianas y en derredor de este emblema la siguiente inscripción: *Junín y Ayacucho – 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824*: en el reverso una guirnalda formada con una rama de oliva

y otra de laurel, y en el centro la siguiente inscripción: *A Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú – el Congreso de Colombia año de 1825.*

Art. 3º El Poder Ejecutivo hará acuñar la misma medalla en plata para distribuirla a las municipalidades de la República, al museo y a las universidades y colegios con el objeto de que se conserve siempre este testimonio auténtico de la gratitud nacional.

Art. 4º El Poder Ejecutivo a nombre del Congreso presentará al general Antonio José de Sucre una espada de oro con la siguiente inscripción: *El Congreso de Colombia al general Antonio José de Sucre, vencedor en Ayacucho el año de 1824.*

Art. 5º Todos los individuos del ejército de Colombia que han hecho la campaña del Perú, serán condecorados con un escudo bordado sobre fondo rojo, de oro para los oficiales y de seda amarilla desde sargento abajo, con esta inscripción: *Junín y Ayacucho en el Perú.*

Art. 6º Los cuerpos de toda arma de dicho ejército, añadirán a su denominación la de vencedor en el Perú.

Art. 7º El Libertador Presidente Simón Bolívar, presentará a nombre del Congreso los sentimientos de gratitud nacional al esforzado batallón *Rifles*, que antes quiso ser despedazado en su mayor parte que ceder por un momento a la fuerza superior del enemigo el día 8 de diciembre en los campos de Huamanguilla.

Art. 8º El poder Ejecutivo señalará un día en el presente año en que será celebrado el triunfo de este ejército en todos los pueblos de la República, con todo género de regocijos y una fiesta religiosa en que se tributen gracias al Altísimo por la visible protección que ha dispensado a las armas de la libertad.

Art. 9º El Poder Ejecutivo designará también otro día para que en todas las capitales se hagan funerales por los colombianos que murieron en la campaña del Perú.

Art. 10º También dispondrá de que este decreto sea registrado en todas las municipalidades, universidades, colegios y en las oficinas de los Estados mayores, departamentos y divisiones.

Art. 11º Asimismo librará del tesoro nacional y del fondo que estime conveniente, las armas necesarias para cumplir las disposiciones de este Decreto con todo el decoro que corresponde a la dignidad nacional y al mérito eminente de los servidores de la patria que quiere recompensar.

Dado en Bogotá a 11 de febrero de 1825. – 15º

El presidente del Senado,
Luis A. Baral

El presidente de la Cámara de representantes,
Manuel María Quijano

El secretario del Senado,
Antonio José Caro

El diputado secretario,
Vicente Castillo

Palacio de Gobierno en Bogotá, a 12 de febrero de 1825. -15^o
Ejecútese

Francisco de P. Santander

Por S.E. el Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo.
El secretario de Marina y Guerra,
Pedro Briceño Méndez

**SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR PRESIDENTE DE LA
REPUBLICA DE COLOMBIA Y ENCARGADO DEL SUPREMO
MANDO DE LA DEL PERÚ**

Considerando :

1º Que la victoria de Ayacucho ha afianzado para siempre la independencia total de la República.

2º Que obtenida esta victoria en el departamento de Huamanga, debe marcarse su nombre de manera que perennemente recuerde a aquellos habitantes el origen de su libertad.

He venido en decretar y

Decreto:

1º El departamento de Huamanga será denominado en adelante *departamento de Ayacucho*.

2º La ciudad de Huamanga, capital de este departamento, llevará la denominación de *ciudad de Ayacucho*.

3º La provincia de Huamanga conservará su antiguo nombre de *provincia de Huamanga*.

4º El ministro de Estado en el departamento de Gobierno y Relaciones Exteriores queda encargado de hacer ejecutar este Decreto.

Imprímase, publíquese y circúlese.

Dado en el Palacio del Supremo Gobierno, a 15 de febrero de 1825. – 4º de la República.

Simón Bolívar

Por orden de S.E.

José Sánchez Carrión

DECRETO DEL CONGRESO PERUANO

Secretaría general del Congreso constituyente del Perú

Lima, febrero 28 de 1825

Al señor ministro de estado en el departamento de Hacienda

Puesta en consideración del Congreso la nota de U.S. relativa a la aplicación de la hacienda de la Huaca, sita en el valle de Chancay, al Mariscal de Ayacucho, ha resuelto:

1º Que la suerte compensativa a los eminentes servicios del Gran Mariscal de Ayacucho, no sea comprendida en el millón de pesos destinado a las gratificaciones del Ejército.

2º Que le sean entregados doscientos mil pesos en dinero, o fincas del Estado, que reúnan las calidades capaces de merecer la aceptación del agraciado.

DECRETO DEL CONGRESO

El Congreso Constituyente del Perú

Por cuanto es preciso:

1º Perpetuar con la solemnidad debida la memoria de los grandes acontecimientos que más han influido en la independencia y libertad del Perú a fin de sostener y animar el espíritu público:

2º Tributar a los ilustres campeones que perdieron sus vidas gloriosamente por la salud de la patria, un homenaje de agradecimiento conforme a las sagradas instituciones de la religión que profesa la república:

Ha venido en decretar y

Decreta:

1º Se celebrará todos los años una misa solemne de acción de gracias con *Te Deum* en las iglesias mayores de las capitales de departamento – el día 6 de agosto, aniversario de las batallas de Junín – el día 1º de septiembre, aniversario de la primera entrada del Libertador en Lima – el 9 de diciembre, aniversario de la Batalla de Ayacucho.

2º El Gobierno proporcionará al público, en el modo posible, el 6 de agosto y 9 de diciembre de cada año, regocijos alusivos a los grandes sucesos que se recuerdan en estos días.

3º Se celebrarán el 17 de diciembre en las mismas iglesias, exequias solemnes por los defensores de la libertad, que murieron en las jornadas de Junín y de Ayacucho.

Comuníquese al Libertador, para que lo mande imprimir, publicar y circular. Dado en la sala del Congreso en Lima, a 1º de marzo de 1825. – 6º

José Gregorio Paredes, Presidente

Juan Bautista Navarrete, Diputado secretario

Felipe Santiago Esteñes, Diputado secretario



Condecoración Escudo Vencedor en Junín y Ayacucho. Col. Museo Bolivariano. Caracas, Venezuela.

Testimonios y crónicas



Grabado y pelo del general Sucre. Col. Casa Natal del Libertador. Caracas, Venezuela.

RESUMEN SUCINTO DE LA VIDA DEL GENERAL SUCRE SIMÓN BOLÍVAR

El general Antonio José de Sucre nació en la ciudad de Cumaná, en las provincias de Venezuela, el año de 1795, de padres ricos y distinguidos.

Recibió su primera educación en la capital de Caracas. En el año de 1808, principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de ingenieros. Empezada la revolución se dedicó a esta arma y mostró desde los primeros días una aplicación y una inteligencia que lo hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra, y desde luego el general Sucre salió a campaña. Sirvió a las órdenes del general Miranda con distinción en los años de 11 y 12. Cuando los generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdés emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre los acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos armados, mandados por el intrépido Piar, destrozaron ocho mil españoles en tres combates en campo raso. El general Sucre era uno de los que se distinguían en medio de estos héroes.

El general Sucre sirvió el E.M.G. del ejército de oriente desde el año de 1814 hasta el de 1817, siempre con aquel celo, talento y conocimientos que lo han distinguido tanto. Él era el alma del ejército en que servía. Él metodizaba todo; él lo dirigía todo más, con esa modestia, con esa gracia con que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la

revolución, el general Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejo, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. Él era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador y al gobierno lo ponían a menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus. El general Sucre quedaba en la tempestad semejante a una roca, combatida por las olas, clavando los ojos en la patria, en la justicia y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatían.

Después de la batalla de Boyacá, el general Sucre fue nombrado Jefe del Estado Mayor general Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad asociado al general Briceño y Coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el general Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del general Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luego fue destinado desde Bogotá a mandar la división de tropas que el gobierno de Colombia puso a sus órdenes para auxiliar a Guayaquil, que se había insurreccionado contra el gobierno español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortés, activo, audaz.

Dos derrotas consecutivas pusieron a Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud, sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el general Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud: el general Sucre, pues, dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfa en Yaguachi, y libró así a Guayaquil. Después un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El general Sucre lo conjuró, lo rechazó sin combatir. Su política logró lo que sus armas no habrían alcanzado. La destreza del general Sucre obtuvo un armisticio del general español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la Batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación; porque sin ella, aquella célebre jornada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo a su disposición el general Sucre medios de resistencia.

El general Sucre formó, en fin, un ejército respetable durante aquel armisticio con las tropas que levantó en el país, las que recibió del gobierno de Colombia y con la división del general Santa Cruz, que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos a los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del sur de Colombia, fue dirigida y mandada en persona por el general Sucre: en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles; la naturaleza le ponía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La Batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado en premio de sus servicios general de División e Intendente del

Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su libertador, su amigo; se mostraban más satisfechos del jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco; bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se subleva poco después a la capitulación que le concedió el Libertador con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho, que acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido obligó al general Sucre a marchar contra él, a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto fueron franqueados por los invencibles de Colombia. El general Sucre los guiaba, y Pasto fue nuevamente reducida al deber.

El general Sucre, bien pronto fue destinado a una doble misión, militar y diplomática, cerca de este gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República para intervenir en la ejecución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliares del Perú.

Apenas llegó a esta capital, que el gobierno del Perú le instó, repetida y fuertemente, para que tomase el mando del ejército unido; él se negó a ello, siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo, con fuerzas muy superiores, convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden: todo iba a sucumbir sin un jefe militar que pusiese en defensa la plaza de el Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El general Sucre tomó, a su pesar, el mando.

El Congreso, que había sido ultrajado por el presidente Riva-Agüero, depuso a este magistrado luego que entró en el Callao, y autorizó al general Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles, urgentísimas: no había que vacilar sino obrar con decisión.

El general Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siempre insistía con mayor ardor en el mismo empeño, como que era él el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era el caos. El enemigo estaba a las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejército que la guarnecían eran de diferentes estados; de diferentes partidos; el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada; todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión, y al parecer el general Sucre era responsable de todo. El, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Ejecutivo. Aconsejó a ambos cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El general Sucre tenía órdenes positivas de su gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fue su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del general de

Colombia, que si había tomado el mando militar, había sido con suma repugnancia, y solo por complacer a las autoridades peruanas; pero bien resuelto a no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fue su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del general Santa Cruz, en el Alto Perú, habían empezado con buen suceso y esperanzas probables. El general Sucre había recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas, hacia aquella parte. En efecto, dirige su marcha con tres mil colombianos y chilenos: desembarca en el puerto de Quinca, y toma la ciudad de Arequipa. Abre sus comunicaciones con el general Santa Cruz, que se hallaba en el Alto Perú, a pesar de no recibir demanda alguna de dicho general de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo común. Sus tropas habían llegado muy estropeadas, como todas las que hacen la misma navegación: los caballos y bagajes, habían costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rigurosa. Sin embargo, todo se ejecutó en pocas semanas. Ya la división del general Sucre había recibido parte del general Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas después de la recepción de este parte estaba en marcha, cuando se recibió el triste anuncio de la disolución de la mayor parte de la división peruana en las inmediaciones del Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues, indispensable mudar de plan. El general Sucre tuvo una entrevista con el general Santa Cruz en Moquegua, y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La división que mandaba el general Sucre, vino a Pisco, y de allí pasó, por orden del Libertador, a Sucre, para oponerse a los planes de Riva-Agüero, que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias, el general Sucre instó al Libertador porque le permitiese ir a tomar el valle de Jauja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al general Canterac, que venía del sur. Riva-Agüero había ofrecido cooperar a esta maniobra: mas su perfidia pretendía engañarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles, sus auxiliares. Tan miserable treta no podía alucinar al Libertador, que la había previsto con anticipación, o más bien que le conocía por documentos interceptados de los traidores y de los enemigos.

El general Sucre dio en aquel momento un brillante testimonio de su carácter generoso. Riva-Agüero lo había calumniado atrocemente: lo suponía el autor de los decretos del Congreso; el agente de la ambición del Libertador; el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarecida y ardientemente al Libertador para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Agüero, ni aun como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él que siguiese como un espectador, y no como un jefe del ejército unido; su resistencia era absoluta. Él decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, e infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva-Agüero, y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, a los vehementes clamores del general Sucre. Él tomó en persona el mando del ejército, hasta

que el general La Fuente, por su noble resolución de ahogar la traición de su jefe, y la guerra civil de su patria, prendió a Riva-Agüero y a sus cómplices. Entonces el general Sucre volvió a tomar el mando del ejército; lo acantonó en la provincia de Huailas, donde se le ordenó; y allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado a las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco o nada al Estado. Sin embargo, el general Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliándolo a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fue que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitían.

Sucre tuvo órdenes de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo ejecutó con el esmero que acostumbra, y dictó además aquellas providencias preparatorias que debían servirnos para realizar la próxima campaña.

Cuando la traición de el Callao y de Torre Tagle llamaron los enemigos a Lima, el general Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones péfidas que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país, la gloria del Libertador y el honor de los colombianos. El general Sucre combatió con suceso a todos los adversarios de la buena causa: escribió con sus manos resmas de papel para impugnar a los enemigos del Perú y de la libertad; para sostener a los buenos, y para confortar a los que empezaban a desfallecer por los prestigios del error triunfante. El general Sucre escribía a sus amigos que más interés habían tomado por la causa del Perú, que por una que le fuese propia o perteneciese a su familia, jamás había desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados: ellos lograron retener en la causa de la patria a muchos que la habrían abandonado sin el empeño generoso de Sucre. Este general tomó al mismo tiempo a su cargo la dirección de los preparativos que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al Valle de Jauja, por encima de los Andes, helados y desiertos. El ejército recibió todos los auxilios necesarios debidos, sin duda, tanto a los pueblos peruanos que los prestaban, como al jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente.

El general Sucre, después de la acción de Junín, se consagró de nuevo a la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venían de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo general; estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizá habrían perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos a tan piadoso servicio. Para el general Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria le parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el general del soldado.

Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el general Sucre desplegó todos los talentos superiores que lo han conducido a obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del Nuevo Mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá a lo más

grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilas sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña, tiene un mérito que todavía no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa.

La Batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del general Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos y la envidia de los americanos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió el destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla, sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el imperio sagrado de la naturaleza.

El general Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol; es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Capac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada.

Lima, 1825.

EL WASHINGTON DEL SUR BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Dijimos antes que el secretario privado del general Sucre en Arequipa, quien propiamente no era todavía sino un escribiente de buena letra y mejor carácter en su oficio de despacho, habíase quedado en aquella ciudad al lado de su padre, español y servidor del rey, y seguramente por este motivo tocóle el hecho singular de presenciar la Batalla de Ayacucho, no ya al lado del general Sucre, sino al del famoso general realista don Jerónimo Valdés, llamado por su genio militar *el Loco*, y quien en realidad mandó el ejército español en aquella jornada, resultando herido y prisionero con el virrey La Serna, general en jefe nominal, no obstante su esclarecido mérito.

He aquí, pues, cómo el señor Rey de Castro presenció la mayor batalla de la Independencia de Sur América, desde la altura del cerro de Condorcanqui, y cómo cuenta lo que vio:

“Desde las nueve de la mañana de este clásico día 9 de diciembre, me hallaba casualmente en la vanguardia, en la falda del cerro, colocado en un punto dominante, a poca distancia de la llanura que iba a ser el campo de batalla; desde allí pude ver sin mucho peligro lo que en él pasaba, desde las primeras guerrillas, así como después los movimientos y evoluciones de ambos ejércitos –potente y numeroso el uno; disminuido, pero ardiente el otro–, circunstancia que me hacía comprender que la batalla debía ser muy disputada y sangrienta, pues en ella iba a rifarse la suerte de América. Ante tan importante idea, ¡cuánta lucha de sentimientos!, ¡qué lidia entre el temor y la esperanza!

“Cuando comenzaba a descender el ejército español de las alturas del Condorcanqui para ocupar el llano, me aproximé al perfil de una grieta, en donde estaba el general Valdés, viendo desfilas la fuerte división que mandaba, lo cual me facilitó poder escuchar sus conceptos sobre el combate, manifestando a algunos jefes y ofi-

ciales de Estado Mayor y sus propios edecanes que le rodeaban, el plan de ataque que tenía concebido. Fijando el anteojo sobre el terreno de la derecha, que era el punto que a él se había designado, les decía: ‘es la división peruana la que a esta parte se dirige; voy a vérmelas con La Mar; me situaré al otro lado de la barranca, la artillería se colocará en aquel punto (señalándolo); poco más allá la infantería, y a sus flancos la caballería; de esa manera podremos sin gran dificultad posesionarnos de aquella importantísima posición, que ofrece la eminencia que allí se ve. Conseguido eso, dentro de dos horas quedará todo concluido, pues tomaremos al enemigo a dos fuegos. Monet lo atacará por el centro y Villalobos por la Izquierda’. Lleno de confianza se ufanaba ya con el triunfo.

“Colocado en el terreno ejecutaba ya en parte su plan el hábil general español, con la exactitud y precisión que lo tenía acordado, arremetiendo intrépida y vigorosamente a las tropas peruanas, haciendo estrago en ellas; pero cuando emprendía ya con audacia la deseada ocupación de la colina, viéndose apurado el general La Mar, acudió al general en jefe, pidiéndole auxilio. Hallábase a la sazón el general Sucre vivamente preocupado, en el momento supremo de aprovechar los instantes de que las tropas del general Monet, al acabar de descender, no se hallaban todavía en el orden regular; y mandaba al general Córdova la cargase rápidamente con sus columnas, como lo verificó bizarramente, improvisando la entusiasta voz de ‘*Armas a discreción ¡Paso de vencedores!*’. Al mismo tiempo se vio cruzar a todo escape del caballo a un oficial que venía del ala izquierda en busca del general en jefe. Era el edecán del general La Mar, González, enviado a pedirle refuerzo. ‘Dígale usted –le contestó– que haga uso del batallón número 19, que tiene en reserva, y luego se le unirá el Vencedor, que le he mandado’. A los pocos minutos volvió con igual celeridad el mismo edecán, diciéndole que el número 19 hacía tiempo se hallaba ya en combate y que le mandara otro batallón de Colombia. Alarmado con esta nueva solicitud, receló que ocurría en esa ala algún grave peligro, y volando a la reserva del general Lara, ordenó al comandante Morán que le siguiera con el batallón Vargas, y de paso tomó a Húsares de Junín. Llegaron estos cuerpos con tan feliz oportunidad que, atacadas valerosamente por ellos las fuerzas realistas en el momento preciso en que iban a coronar la indicada posición, fueron instantáneamente arrolladas, obligándolas a ceder el terreno a su valor, suceso que en gran manera contribuyó al triunfo, inclinando desde ese momento a la victoria a cubrir con sus alas el menor número de los combatientes que peleaban por la libertad.

“Terminada la batalla y comprendido yo en la general derrota, no pensé sino en huir a la aventura y sin rumbo conocido, de ese campo glorioso, epopeya del general Sucre. En el primer pueblo a donde el incierto destino me condujo, adquirí la certidumbre de haber sido este afortunado mortal quien había mandado como general en jefe el Ejército Unido Libertador, obedeciendo a mi confiado instinto, me determiné a ir al día siguiente, 10 de diciembre, a buscarle en la población de Quinua, en donde lo suponía después de la victoria. Me puse, en efecto, en marcha

solo, arrastrando el peligro que a los vencidos ofrecían las diversas partidas que cruzaban ese camino; pero no logré mi objeto, pues había partido para Huamanga.

“No bien se había disipado el humo del combate del glorioso 9 de diciembre, cuando, ansioso de no retardar al Libertador la inefable satisfacción que la noticia de tan grande, tan fausto acontecimiento había de causarle, se apresuró a dirigirle desde el mismo campo de batalla el parte de la victoria, que más bien se la comunica confidencial que oficialmente, como puede verse por el rápido y sucinto tenor del documento que sigue:

“Ayacucho, diciembre 9 de 1824 – *Excelentísimo señor Libertador* –. Excelentísimo señor:

“El campo de batalla ha decidido, por fin, que el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del Ejército Libertador han destruido en Ayacucho los diez mil soldados realistas que oprimían esta república: los últimos restos del poder español han expirado el 9 de diciembre en este campo afortunado. Tres horas de un obstinado combate han asegurado para siempre los sagrados intereses que vuestra excelencia se dignó confiar al Ejército Unido.

“Han pasado cuatro horas que terminó la batalla y diferentes cuerpos persiguen los dispersos enemigos, en varias direcciones. *Por este momento*, el Ejército Libertador ofrece a vuestra excelencia, como un trofeo en Ayacucho, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, más de mil prisioneros, entre ellos el virrey La Serna y sesenta jefes y oficiales; más de mil cuatrocientos cadáveres y heridos enemigos, y multitud de otros elementos militares.

“Calculo nuestra pérdida en ochocientos o mil hombres; pero la mayor parte heridos y entre ellos, treinta jefes y oficiales. No hay tiempo para hacer los detalles; pero me apresuro a dar a vuestra excelencia este parte, que le será altamente satisfactorio. Mañana podré informar a vuestra excelencia de los pormenores y serán más nuestros despojos. Espero que algunos más generales enemigos caerán en nuestro poder, por estar cortados por todas partes y prevenidos convenientemente. Entretanto debo instruir a vuestra excelencia que me he tomado la libertad de conceder a nombre de vuestra excelencia, de Colombia, del Congreso y del Gobierno, varios premios, después de la victoria, a los generales, jefes y oficiales que más han brillado en la célebre jornada que ha afianzado eternamente la independencia del Perú y la paz de América.

“El comandante Medina, edecán de vuestra excelencia, y mi edecán el capitán Alarcón, tendrán la honra de poner en manos de vuestra excelencia esta nota y de presentarle mi humilde respeto y la consideración más distinguida. Dios guarde a vuestra excelencia. A. J. de Sucre”.

“Al día siguiente, poseído de gozo, no tanto por el triunfo alcanzado sobre el poderoso enemigo de la víspera, cuanto por la contemplación de la trascendencia e incalculables resultados que para la América iba a producir, acoge con secreta y profunda complacencia la propuesta del general vencido, que acompañado del general La Mar se le presenta pidiendo capitulación.

“Procede en el acto a ajustar los términos de ella. ¡Momentos supremos en que su alma noble despliega los magnánimos sentimientos en que abunda, para ofrecer al universo la imperecedera muestra de la hidalguía americana, de que él es la afortunada personificación! No solo accede a los deseos insinuados por los rendidos, sino que en muchos casos los amplía en su favor. La historia fallará si es más grande el general Sucre como hombre de guerra en el campo de batalla o como hombre político estipulando la capitulación”.

En los *Recuerdos del tiempo heroico*, el señor Rey de Castro da también a luz, con relación a Ayacucho, el siguiente curioso documento que nos era desconocido, y en el cual se verá que el general colombiano tenía más pesada la mano para los cupos que la de nuestros modernos gobernantes. En aquel tiempo se pegaba a las arcas con manopla, y hoy parece a algunos demasiado pesado el guante blanco.

El documento aludido dice así:

“Huamanga, diciembre 16 de 1824. – *Al señor ministro de la Guerra* – Señor ministro:

“He avisado a usía ayer que todos los equipajes del ejército se han perdido, unos tomados por los enemigos, otros robados por los indios sublevados, de modo que de mi abajo, no hay un oficial que tenga nada; todos están completa y absolutamente desnudos.

“He dicho a usía que ofrecí a todos los oficiales reponerles sus equipajes si se perdían, cuando por aligerar el ejército mandé despacharlos todos. Para este pago es que se ha impuesto a Huanta cincuenta mil pesos de contribución, puesto que sus vecinos son los que más han robado. He hecho una contrata con el mayor don Agustín Balaguer, por una factura de cincuenta mil pesos de efectos para oficiales, a fin de vestirlos, y espero que su excelencia mandará librarle a la Comisaría veinticinco mil pesos a buena cuenta, según hemos convenido, en el concepto que estos veinticinco mil pesos puede la Comisaría librarlos para que acá se enteren en la caja militar, pues se repondrán a esta de los cincuenta mil pesos que se cobran a Huanta.

“Intereso mucho a usía en que se proporcionen estos vestidos para oficiales, pues todos, todos están absoluta y completamente desnudos. – Dios guarde a usía – A. J. de Sucre”.

En Chuquisaca ocurrió el primer aniversario de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1825, y los libertadores celebraron aquel fausto día, siendo el Libertador el más ardiente y entusiasta, congratulándose porque lo pasaba en presencia del vencedor. A su ejemplo todos discurrían la manera de exaltar su fama a la más elevada altura y que la celebridad correspondiese al fulgor con que ese gran día irradió en toda América.

“Desde la noche del 8 la plaza presentaba el espectáculo de las más vistosas diversiones en fuegos artificiales ingeniosamente preparados, cuya explosión fulminante alternaba con tiros de cañón. Los balcones del palacio estaban colmados

de señoras y caballeros convidados por el Libertador para que desde allí pudiesen ver los fuegos. La gente agolpada en la plaza aturdí con vítores al Libertador y al Gran Mariscal. Pasada esta diversión, la noche dio fin con un magnífico baile en el mismo palacio. Alumbró, pues, el día 9 y su primer albor fue saludado con veintiún cañonazos. Los balcones y las casas se hallaban desde muy temprano colgados, y el tropel de las gentes discurriendo por las calles anunciaba que era el aniversario del renacimiento de la libertad; todos saludaban con alegría al sol que un año antes habla sido el mensajero de la victoria. Todo cuanto la generosidad y magnificencia del Libertador hallaba en su noble entusiasmo, que pudiese contribuir al glorioso recuerdo de ese día para hacerlo clásico e indeleble, todo se puso en movimiento para su grandiosa solemnidad. A las nueve y media de la mañana, con gran acompañamiento, se dirigió el prefecto del departamento a la casa del general Sucre, y después de una oportuna y elegante arenga, colgó en el pecho del Gran Mariscal la medalla decretada por el Congreso. Su excelencia lleno de la moderación que le era propia, agradeció el obsequio, suplicando se le permitiera no usarlo sin el permiso de su Gobierno. De allí pasó la comitiva al palacio del Libertador, quien con majestuoso aparato ciñó al Gran Mariscal la espada que la Municipalidad de Lima le acababa de remitir. Al verificar este acto, el Libertador dirigió una corta pero noble y sentida alocución al vencedor de Ayacucho; este, a su vez, contestó con precisión y elegancia, jurando que con ella sostendría el imperio de las leyes. Las palabras de ambos héroes parecían dichas por algún genio celestial. La libertad las dictaba; un santo orgullo animaba a los espectadores de acto tan majestuoso.

“Acompañados de las corporaciones marcharon los libertadores a la iglesia catedral, donde se ofició una solemne misa, a la que se siguió la oración dicha por el Vicario general del Ejército, señor doctor Pedro León Torres. Discurso sublime, sabio y elocuente, verdadero intérprete de la voz de la patria, en él reunió este venerable orador el decidido patriotismo, el buen uso del raciocinio y los encantos de la elocuencia. En seguida del sermón se cantó el *Te Deum*, e inmediatamente, acompañados de un cortejo inmenso, regresaron al palacio, su excelencia el Gran Mariscal, fue el primero en tomar la palabra, y con su natural modestia habló como si no hubiera sido más que uno de los soldados vencedores en Ayacucho, refiriendo al general Bolívar la gloria de aquella jornada. Hizo lo mismo el general Santa Cruz, al que siguió el señor Olañeta, a nombre de la Corte Superior de Justicia, y sucesivamente las demás corporaciones civiles y eclesiásticas. Su excelencia el Libertador contestaba a cada uno con la elevación de su alma grande.

“Como a la una de la tarde principiaron a concurrir las señoras a la casa dispuesta para la comida y baile de aquella tarde y noche. La conveniente elección de la casa, situada a alguna distancia del centro de la población, que a su magnífica estructura acompañaba una risueña lozanía, contribuyó en gran manera al lucimiento y comodidad de la fiesta. Sus anchurosos patios, sus floridos jardines, sus frescos y multiplicados surtidores, sus espaciosos salones, todo brindaba placer. A

las dos la reunión era brillante y numerosa. Cuando el Libertador pasaba por la plaza, el inmenso pueblo le vitoreaba con todo el entusiasmo que inspira el reconocimiento de un pueblo libre a su redentor, a su padre, como le llamaban. Se hallaba entonces el pueblo entregado al gozo, bebía y comía en la plaza, donde se dispuso un banquete con abundancia excesiva. Allí se vio a personas principales allegarse a las mesas, beber con el pueblo, abrazarse y aun llorar de contento. ¡Cuánto puede la libertad!

“Los artesanos habían dispuesto varias mojigangas y pantomimas, algunas de ellas entretenidas y graciosas, las cuales entraron a la plaza cuando el pueblo comía; bebieron muy a su gusto, y su embriaguez causó un nuevo motivo de diversión. Siguió hasta la noche en la mayor alegría y contento, demostrando su reconocimiento al Libertador y Gran Mariscal con vivas frecuentes. Entretanto, en la casa dispuesta se bailaba con mucho buen humor. A las cuatro principiaron a comer. El Libertador, que satisfecho se mostraba, presidió la mesa, ocupada solo por señoritas y caballeros. Parece que las gracias todas se habían reunido para hacer deleitosa la comida. Los brindis fueron repetidos y alusivos al día grande. El Libertador, el Gran Mariscal, los generales Santa Cruz y Alvear, los señores Díaz Vélez, Olañeta y otros, produjeron bellísimos pensamientos. Gratitud al Ejército Libertador, prosperidad y gloria para la América, fue el tema de todos ellos.

“¡Qué cuadro tan encantador, tan sublime, tan republicano, presentaba la segunda comida! Presidíala el Gran Mariscal; sesenta y cuatro soldados vencedores en Ayacucho, interpolados con los generales, jefes y oficiales, fueron servidos por las señoritas y caballeros. Algunos ojos se humedecieron por el gozo de ver a los hijos de la gloria manifestar sus deseos de aun derramar su sangre por nuestra libertad. Entre tantos brindis de los soldados no sería excusable omitir algunos, que parecen dignos del alma más noble. ‘Nuestras armas triunfantes –dijo uno– desde el Orinoco al Potosí, sean el sostén de las leyes y libertad que hemos conquistado para que los pueblos las disfruten bajo su sombra’. Otro dijo: ‘El pabellón de Colombia flameará en todo el Universo, si el Libertador, nuestro padre y guía, nos lo manda’”.

Era esto ya algo demasiado sublime; pero era propio del Libertador, que gustaba vivir como la salamandra en las candentes atmósferas de la tierra y el Olimpo.



Grabado y firma del general Sucre. Col. Museo Bolivariano. Caracas, Venezuela.



Batalla de Ayacucho en *Luis Enrique Tord*, *Ayacucho: la libertad de América*. Lima, 1976

RECUERDOS DE AYACUCHO

FRANCISCO BURDETT O'CONNOR

El toque de diana en todos los cuerpos de los dos ejércitos beligerantes saludó a la aurora del 9 de diciembre de 1824. Era aquel verdaderamente un momento solemne. Todos estábamos de pie y en formación. Habíamos pasado la noche como las anteriores, al raso. No había en todo nuestro ejército más tienda de campaña que una muy pequeña que yo había mandado a hacer de brin de Rusia, durante mi permanencia en Panamá, y que la había prestado a mi amigo el general Miller, quien, como comandante general de la caballería, acampaba siempre retirado de la infantería, y no era de bastante capacidad como para el general en jefe y los que le acompañaban, y dudo que este se hubiera servido de ella, viendo a nuestros soldados sin más abrigo que sus capotes y frazadas.

Después del toque de diana, de recibir los partes de las divisiones del ejército y de presentarlos al general en jefe, con la fuerza de 1.501 hombres del ejército de Colombia, y 1.030 de la división del Perú, me dirigí al campamento del general Miller, situado al pie de la colina, a retaguardia del campo; y estando sentado sobre uno de los baúles de Miller, tomando una taza de té, pasó por encima de nuestra tienda una bala de cañón, y tan cerca, que la sacudió.

Acabé de tomar mi té, y diciendo a mi compañero que aquel era un aviso seguro de que venían a atacarnos, le estreché la mano, diciéndole: hasta más tarde, y regresé al lado del general en jefe, cerca de unas paredes de una casa derruida, sobre el flanco derecho de nuestra posición. Allí estaba el teniente coronel Trinidad Morán, primer jefe del famoso batallón *Vargas* y favorito del general Sucre, con el antejo en las manos, divisando en la dirección de la división Villalobos y diciendo: “Apuesto una onza a que esos cobardes no bajan de sus alturas hoy”.

“Morán, le dije, yo no he ganado ni perdido un peso en toda mi vida, en apuestas ni en el juego (y él era el más jugador de todo el ejército), pero ahora apuesto

con usted dos onzas, que hasta dentro de dos horas estarán aquí peleando con nosotros, y hasta dentro de tres estarán derrotados: y los que puedan, volviendo a subir a sus alturas”. “Oh, no, mi coronel”, me dijo, y echando una mirada sarcástica al general Sucre, “Él sabe mucho –agregó– para que aventure una apuesta con él”. Al poco rato sucedió como se lo había dicho.

El ejército realista se presentó en toda la falda de las alturas de Condorcunca; sobre su izquierda la división de Villalobos, la división Monet en el centro, y la de Valdés formando la derecha. Su caballería había bajado primero al pie de la cuesta y se formó al frente de nuestro centro, que ocupó la división de reserva al mando del general Lara. La del general Córdova sobre nuestra derecha, y la división del Perú, al mando del gran mariscal La Mar, sobre nuestra Izquierda.

Los dos flancos de nuestra división eran defendidos y bien resguardados por quebradas hondas, aunque no intransitables. Momentos antes de empezar el combate, llegó el general Gamarra adonde estaba parado el general en jefe, antes de montar, y mirando las patas de su caballo, un hermoso *moro*, dijo: “Yo tengo mi seguridad en las uñas de mi caballo”. Después de este dicho no le volví a ver en todo el día.

El general quería dar principio al combate con un ataque de caballería. Se dirigió al pie de la altura (en donde se hallaba formada la caballería enemiga) con el teniente coronel Braun y los *Granaderos de la Guardia*; pero cuando llegamos a unos ochenta pasos de la caballería formada, los granaderos dieron vuelta sin desordenarse y nos dejaron pasmados. Parece que ellos comprendieron mejor que no convenía ese movimiento y vimos a los jefes españoles conteniendo a sus soldados y hablándoles.

Entretanto, habían dejado sobre su flanco derecho bastantes batallones del enemigo, que debíamos atacar antes que bajasen más, pues este era el plan en que habíamos convenido. El general Sucre recorrió nuestras filas excitando el mayor entusiasmo, y colocándose en un punto céntrico, con aire imponente y lleno de emoción, dijo en voz alta: “¡Soldados, de los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur!”. Y luego, señalando a las fuerzas enemigas, que descendían a la llanura, agregó: “Otro día de gloria va a coronar nuestra admirable constancia”. El ejército libertador le respondió con estrepitosos vivas.

El combate se comprometió reciamente, con admirable desnudo por ambas partes. El general Sucre se dirigió al general Córdova, que estaba cerca, y le dio la orden de atacar los batallones enemigos. Entonces el joven y heroico Córdova gritó con voz alta e Imponente: “Armas a discreción. Paso de vencedores. Marchen”.

Encontró a su frente a la aguerrida división Villalobos, con su artillería y caballería, toda la cual quedó completamente derrotada en menos de media hora. La división Monet, que bajaba del centro a apoyar a la de Villalobos, fue impetuosamente cargada por los cuerpos de la división de Córdova. Los granaderos de Colombia, con su teniente coronel Braun, teniendo que cargar pie a tierra por la escabrosidad

del terreno, acabaron de destrozar los restos de aquella división, de la cual el escuadrón *San Carlos* quedó en esqueleto.

Viendo el general en jefe que el asunto estaba concluido sobre nuestro flanco derecho, se dirigió a galope hacia la izquierda. A nuestra llegada allí, hallamos la división Valdés dentro de nuestras filas y amenazando nuestra retaguardia. Inmediatamente se hizo marchar al trote el batallón Vargas y en seguida, el Vencedor, a llenar el claro dejado por la división del Perú, que se hallaba dispersa; pero una vez que llegaron estos dos batallones de nuestra reserva, cargaron con la misma impetuosa y denuedo que la división Córdova sobre nuestra derecha.

En este momento el general Valdés distinguió la bandera de Colombia flameando en media falda de los altos de Condorcunca, frente a nuestro centro. Se persuadió entonces el jefe español de que todo estaba perdido, pero no emprendió su retirada hasta no ver su división completamente destrozada por una terrible carga del general Miller con los *Húsares de Junín* y el escuadrón de los Andes, en cuya última carga tuve el honor de hallarme.

Regresando con el general en jefe al ala derecha, me hizo esta interrogación: “Y bien, mi coronel, ¿no me dijo usted anoche que la victoria no sería completa (porque sería necesario atacar al enemigo antes de darle tiempo a que bajen todas sus fuerzas); la quiere usted más completa?”.

“Sí, señor, le respondí; la quisiera aun más completa, ¿pues, no ve medio ejército de ellos subiendo y ganando las alturas, y todavía en suficiente número?”.

El capitán Jorge Brown, de la compañía de granaderos del batallón *Pichincha*, fue el que clavó la bandera en media falda del Condorcunca; la misma bandera que yo había mandado hacer en Panamá para mi antiguo batallón “Istmo”. Así terminó la memorable Batalla de Ayacucho, en la que, según el parte del general Sucre al ministro de la Guerra en Colombia, los españoles presentaron un ejército de 9.310 hombres, y el Ejército Unido Libertador era solo de 5.780.

En ese parte no se hace mención de un solo nombre extranjero, a excepción del nombre del coronel Sanders, del batallón *Rifles*, y del capitán Brown, de la compañía Granaderos del *Pichincha*, por haber salido levemente heridos después de haber clavado la bandera republicana en la falda del Condorcunca. No hace mención de los valientes y meritorios capitanes del batallón *Rifles* Wright, Fergusson, Harris, Hallowes, ni del bravo teniente Gilmore Gregg, que había sido del regimiento *Lanceros* de la Legión Irlandesa, ni del intrépido teniente coronel Felipe Braun, del escuadrón *Granaderos de la Guardia*, ni de su jefe de Estado Mayor, que escogió la posición y trabajó durante todo el combate cuanto pudo.

Puedo decir, con toda verdad, que en aquella gloriosa acción todos cumplieron su deber: O vencer o morir; no había remedio; y vencimos con un trabajo que apenas duró hora y media.

Hay un punto que merece citarse aquí: de la División del Perú, que se halló en esta grande y memorable batalla, ningún cuerpo fue mandado por jefe peruano: el batallón 1º era mandado por el coronel Francisco de Paula Otero, argentino; la

Legión Peruana por el coronel José María Plaza, argentino; el batallón 2º por el coronel Ramón González, chileno. Su antiguo jefe, coronel Ramón Gregorio Fernández (argentino), quedó enfermo en Pichirgua durante la retirada. El batallón 3º por el teniente coronel Benavides, español; el regimiento Húsares de Junín, por el coronel Isidoro Suárez, argentino; el tercer escuadrón por el comandante Pedro Blanco, boliviano; siendo el general Jefe de la División el Gran Mariscal don José de La Mar, colombiano.

Cuando hubo cesado el fuego y pasado ya el combate, yo me ocupé con partidas de diferentes cuerpos de nuestro ejército, de recoger a los jefes, oficiales y soldados heridos del enemigo y los fusiles y demás objetos arrojados en el campo de batalla. Hallándome en esta operación, llegó a donde yo me encontraba un capitán Media-Villa, edecán del general Valdés, preguntando por el Mariscal La Mar. “¿Qué quiere usted con el mariscal La Mar? Él no manda aquí”, le dije. “Eso lo sé –me respondió el capitán–, pero como sabemos que los colombianos no dan cuartel a nadie, tengo orden del señor general Valdés de proponerle una capitulación, porque la tropa en el alto está saqueando los bagajes de los generales y oficiales”.

Pasó el capitán Media-Villa al pueblecito de Queñua, adonde se hallaban ya nuestros jefes, y al poco rato regresó con el mariscal La Mar hasta el alto, donde tuvo su entrevista con el general Valdés y los otros jefes realistas que allí se encontraban, y volvió antes de que yo hubiera acabado de desocupar el ya histórico campo de Ayacucho.

El general Miller había buscado una casita para alojarse, y yo me acomodé con él. Toda esa memorable noche llovió copiosamente. Estábamos los dos escribiendo en una misma mesita que pudimos conseguir.

Él escribía cartas a su país (Inglaterra), y yo los partes de los muertos y heridos de nuestro ejército en la batalla de ese día. En esta operación estábamos cuando repentinamente exclamó en inglés el benemérito general Miller: “El último tiro de cañón dado hoy en este campo, debe servir de aviso a todos los extranjeros para que salgamos de este país, pues no habrá cabida ya en él para nosotros”. Amarga exclamación que me impresionó mucho. En ninguna noche, durante toda esta campaña, no había llovido una gota; pero en esta del 9 de diciembre llovió toda la noche tanto, que nos mojó a todos aun dentro de las casitas que ocupábamos.

Los oficiales del Estado Mayor del general Canterac estaban echados a nuestros pies, en el suelo, unos roncando, otros quejándose. El general Miller hizo llevar su servicio de té al alojamiento del virrey La Serna, que se hallaba herido en una oreja. Tomaron su té y regresó el general a seguir escribiendo.

Al siguiente día temprano, llevé al alojamiento del general en jefe los partes de los muertos y heridos de ambos ejércitos y de los prisioneros, como también la razón de los pertrechos de guerra que resultaron de la victoria. Hallé al general Sucre dictando la capitulación de Ayacucho con el general Canterac, jefe del Estado Mayor general del ejército realista, y desempeñando las funciones del virrey, por estar herido La Serna. El general Carratalá escribía los artículos.

A este mismo tiempo entró en la salita el general español don Jerónimo Valdés, que venía desde el alto de Condorcunca, donde había pasado la noche. Estaba mojado y con mucho frío. Al entrar, el saludo que nos dirigió fue con estas palabras: “Nos han fundido ustedes. Su posición había sido una trampa número cuatro; los que en ella entraban no volvían a salir”. Y eso fue justamente lo que yo dije al general en jefe la tarde en que estábamos colocando las divisiones de nuestro ejército en la posición que yo había escogido, y de la cual él no se mostró contento.

Después de firmada la capitulación de Ayacucho, los dos ejércitos se pusieron en movimiento para Huamanga.

El Libertador expidió el siguiente decreto de honores y recompensas al ejército vencedor en Ayacucho:

“CONSIDERANDO:

“1º Que el Ejército Unido Libertador, vencedor en Ayacucho, ha dado la libertad al Perú;

“2º Que esta gloriosa batalla se debe exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José de Sucre y demás generales, jefes, oficiales y tropa;

“3º Que es deber del pueblo y del gobierno dar un noble testimonio de su gratitud a este glorioso ejército;

“HE VENIDO EN DECRETAR Y DECRETO:

“I. El ejército vencedor en Ayacucho tendrá la denominación de *Libertador del Perú*, y los cuerpos llevarán en sus banderas la misma inscripción;

“II. Los cuerpos que lo componen recibirán el sobrenombre de *Glorioso*;

“III. Los individuos que lo componen, el título de *Beneméritos en grado eminente*;

“IV. En el campo de Ayacucho se levantará una columna consagrada a la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito general Antonio José de Sucre, y en ella se grabarán los nombres de los generales, jefes, oficiales y cuerpos, en el orden y preeminencias que les corresponden. La gratitud del pueblo y del gobierno se esforzará en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la erección de esta columna.

“V. Un cuerpo de cada arma de los de Colombia y el Perú tomará el sobrenombre de *Ayacucho*. Una Junta compuesta de los generales y jefes de ambos ejércitos, presidida por el general en jefe Antonio José de Sucre, designará los cuerpos que deben recibir esta gloriosa recompensa.

“VI. El ejército vencedor en Ayacucho será inmediatamente ajustado y pagado, teniendo estos gastos la preferencia sobre todos los del Estado, aun cuando para ello tenga la nación que contraer un nuevo empréstito.

“VII. Los individuos del ejército vencedor llevarán una medalla en el pecho, pendiente de una cinta blanca y roja; con esta inscripción: *Ayacucho*. Los generales, esmaltada en brillantes; los jefes y oficiales, de oro, y la tropa, de plata.

“VIII. Los padres, mujeres e hijos de los muertos en Ayacucho, gozarán del sueldo íntegro que correspondía a sus hijos, esposos y padres cuando vivían.

“IX. Los inválidos recibirán la misma recompensa del artículo anterior, y además, serán preferidos para los empleos civiles según sus aptitudes.

“X. Se nombra al general en jefe Antonio José de Sucre, Gran Mariscal, con el sobrenombre de *general Libertador del Perú*.

“XI. El gobierno del Perú se encarga de interponer su mediación con el de Colombia, a fin de que se sirva prestar su consentimiento para el efecto de las recompensas que declara este decreto al ejército de Colombia.

“Dado en el palacio dictatorial en Lima a 27 de diciembre de 1824. SIMÓN BOLÍVAR”.

El Libertador escribió a Sucre felicitándole por la gloria de que se había cubierto, dando la independencia a un mundo entero, y le anunciaba el título de Gran Mariscal de Ayacucho, y le añadía: “El 9 de diciembre de 1824, en que usted ha triunfado de los enemigos de la Independencia, será eternamente un día que mil y mil generaciones recordarán, bendiciendo siempre al patriota y al guerrero que lo ha hecho célebre en los anales de la América. Mientras exista Ayacucho, se tendrá presente el nombre del general Sucre. *Él durará tanto como el tiempo*”.

La obra del gran Bolívar estaba coronada.

El glorioso e invencible ejército de Colombia selló con su generosa sangre en el campo de Ayacucho la libertad y la independencia de la América del Sur.

Los nuevos estados del continente estaban en la brillante aurora de su vida autónoma y libre.



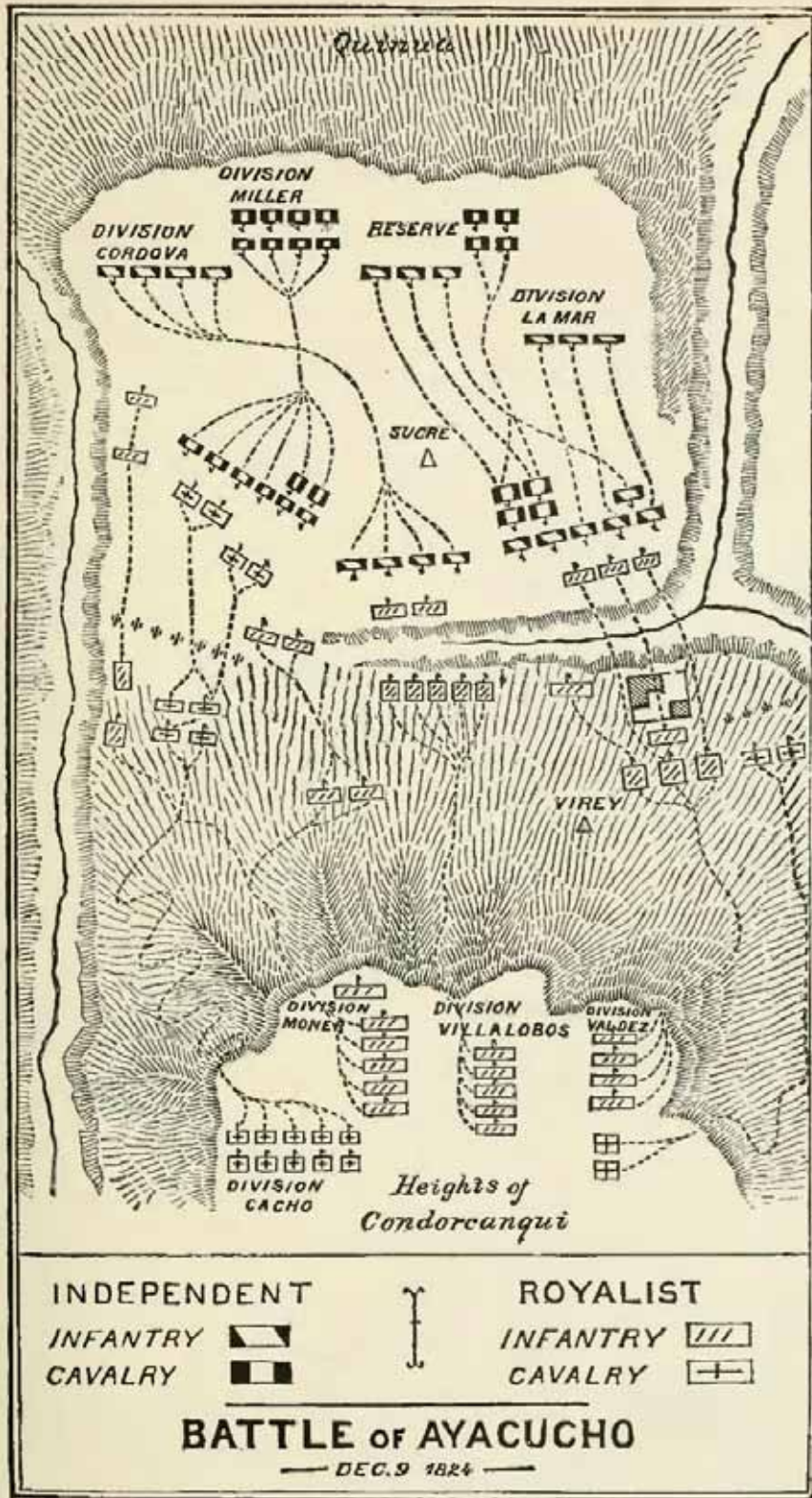
Medalla de Ayacucho que perteneció al Libertador. Col. Museo Bolivariano. Caracas, Venezuela.



Memorable y decisiva Batalla de Ayacucho (en el Perú)
el 9 de diciembre del año 1825.



*Bataille mémorable et décisive de Ayacucho dans le Pérou,
le 9 décembre 1825.*



Croquis de la Batalla de Ayacucho

CAMPAÑA Y BATALLA DE AYACUCHO

JOHN MILLER

El 25 del mismo mes de noviembre supieron que los realistas habían hecho un movimiento lateral sobre su izquierda, en dirección de Vilcashuaman, y que la división de Valdés atravesó el río cerca de Huancaray, con objeto, según supusieron, de atraer a los independientes al valle de Pomacochas, y atacarlos en él si seguían su retirada hacia Huamanga. Deseoso, por su parte, el general Sucre de restablecer su comunicación con Lima, atravesó el valle de Pomacochas inmediatamente, sin ser molestado en los desfiladeros. La infantería vadeó el río con agua hasta el pecho, y la corriente se llevó muchos soldados; pero tales eran las precauciones que habían tomado anticipadamente, que solo perecieron dos individuos. Esta operación fue tan penosa, y los caminos eran tan malos, que empleó el ejército todo el día para solo andar tres leguas. Los patriotas acamparon en la noche del 30 debajo de árboles de una enorme magnitud, que adornan los lados del valle; pero los mosquitos no les dejaron descansar. Aunque excesivamente fatigados, todos esperaban con ansia la orden de marchar; pero siendo necesario dejar algún tiempo para que se incorporase el bagaje y material del ejército, no llegó hasta romper el día. Después de una subida de dos leguas y media, entraron los patriotas por Ocros a la meseta, y a la media legua llegaron a la bajada que les condujo a la aldea de Matará, donde acamparon el 1º de diciembre: todo el día llovió copiosamente, y la noche continuó lo mismo. Matará está situada en una hondonada, rodeada de hermosas laderas, que se elevan a una altura considerable.

El 2 se presentaron los realistas, y acamparon en el borde de la meseta por donde los patriotas habían bajado el día anterior; y estos, al percibir a su enemigo tan inmediato, tomaron una posición con un pequeño arroyo a su frente, pero bajo otros aspectos no muy ventajosa. El virrey, como si estuviese resuelto a jugar a gol-

pe seguro, y persuadido que podría destruir sus contrario sin arriesgar una acción general, no quiso atacarlos cuando le esperaban formados en batalla.

En la tarde del 3 se corrieron los realistas sobre su izquierda, a lo largo de la cresta de la loma, pero a distancia bastante para ocultar su línea de la vista de los patriotas. El comandante Bustamante, enviado a reconocer al enemigo, fue hecho prisionero al llegar a la cumbre de la montaña. El objeto del virrey era tomar el camino real de retaguardia, lo cual percibió el general Sucre, y principió inmediatamente su retirada; pero mientras desfilaba por el valle de Corpahuaico, distante una legua de Matará, fue atacado vigorosamente por la división de Valdés, que sin ser vista se había adelantado aquella mañana. El batallón de Rifles¹ de Colombia, mandado por el coronel Sands, que formaba la retaguardia, fue arrollado y disperso después de una valerosa resistencia. El batallón de Vargas se dispersó también; pero el general Miller lo reunió y le hizo proteger a la caballería cuando esta atravesaba el valle de Chonta por un camino y vado que había descubierto afortunadamente examinando la quebrada el día anterior. Habiendo tomado los patriotas el lado opuesto del valle, hicieron alto, formaron y rechazaron un batallón realista que intentó pasarlo. El mayor del batallón de Rifles, Duchbury, inglés, y uno de los mejores y más incansables oficiales del ejército de Colombia, y doscientos patriotas murieron en el combate; su parque de campaña, sus mulas y caballos de respeto y una de las dos piezas de campaña que les quedaban, cayeron en manos del enemigo; la pérdida de los realistas no excedió de treinta hombres. El coronel Tur, del ejército español, fue ascendido a brigadier en el campo mismo de batalla por su bizarro comorte.

A pesar de este serio descalabro, se retiraron los patriotas a las once de la mañana, y en el mejor orden posible, a Tambo-Cangallo, tres leguas al norte de Corpahuaico y siete al sur de Huamanga, seguidos siempre por los realistas, pero con gran prudencia.

Quince soldados realistas se pasaron a los patriotas en la mañana del 4, pocas horas después de la acción de Corpahuaico; todos habían servido en los montoneros del coronel Lanza y habían sido hechos prisioneros cerca de Cochabamba; la mayor parte llevaron sus armas, y no hubo uno que no pidiese ser destinado a un cuerpo. En la misma mañana desertaron a los realistas catorce hombres del ejército

1. Este regimiento se componía primitivamente de ingleses que se distinguieron particularmente en Colombia. Habiendo perecido casi todos los soldados europeos de enfermedades o en el campo de batalla, completaron en seguida el cuerpo con mil doscientos indígenas que no hablaban sino su dialecto nativo; como los oficiales eran ingleses, daban las voces de mando en inglés. A proporción que los indígenas iban pereciendo en el servicio, reemplazaron las bajas con criollos, mulatos, etc. A la llegada del batallón al Perú, solo diez oficiales ingleses permanecían en él, y el coronel Sands, en el día general, natural de Dublín, y anteriormente oficial en el ejército inglés, había llegado por sus méritos y servicios a mandarlo. Este bizarro jefe se ha hallado en casi todas las acciones ocurridas en Colombia. El capitán Miller Hallowes, natural de Ashford, en Kent; el capitán Ferguson, irlandés muy bizarro, y el capitán Wide, inglés, eran también oficiales muy distinguidos del mismo cuerpo. El último mandaba el batallón de Vargas, que salvó la vida a Bolívar, derrotando las tropas sublevadas y comprimiendo la conspiración verificada en Bogotá en septiembre de 1828.

libertador; todos habían sido prisioneros y obligaron a servir con los independientes durante la campaña.

Los realistas evitaban cuanto podían entrar en pueblos y procuraban mantenerse en las orillas de las montañas, de forma que en su marcha desde el Cuzco hasta cerca de Huamanga, fueron siempre de posición en posición. Las dificultades que tuvieron que vencer y los padecimientos que experimentaron pueden calcularse por lo que se ha dicho de los patriotas al atravesar los Andes a su salida de Huaras; pues el camino de Huamanga al Cuzco debe considerarse como en el centro de los Andes, en el cual subidas y bajadas inmensas rodean valles de una profundidad espantosa; muchas de las subidas tiene cuatro y cinco leguas, en desiertos de un aspecto verdaderamente grande e imponente.

Las precauciones adoptadas por los jefes realistas para evitar la desertión tendían también a aumentar las privaciones de sus tropas. En cualquier punto donde hacían alto, los cuerpos campaban en columna y ponían alrededor un círculo de centinelas con los soldados de más confianza; además de estos centinelas, un gran número de oficiales estaban siempre de servicio, y ningún soldado podía salir de la línea de ellas con cualquier pretexto que fuese.

Por la misma razón, era muy opuesto el virrey a enviar partidas en busca de ganado, porque en tales ocasiones era segura la desertión. La consecuencia de este sistema fue que durante el avance rápido de los realistas sufrieron mucho por falta de provisiones que los patriotas, tanto que el 3 se vieron obligados a comer carne de caballo, mula y borrico.

Los independientes tomaron posición a la tarde y nuevamente ofrecieron la batalla; pero los realistas por segunda vez no la aceptaron. A media noche se separaron los independientes del camino real que conduce a Huamanga, oblicuaron a la derecha, y atravesaron la profunda y escabrosa quebrada de Acroco, de dos leguas de bajada y otras tantas de subida del lado opuesto. A las ocho de la mañana del 5 llegaron al pueblecillo de Guanchao, y en la tarde del mismo día continuaron su marcha a Acos Vinchos. Los realistas se pusieron en movimiento paralelamente hacia Huamanga, a distancia de dos leguas de los patriotas y siempre a la vista, pero separados por un valle profundo.

El 6 llegaron los patriotas al pueblo de Quinua; los realistas continuaron su movimiento paralelo hacia las alturas de Pacaicasa, y estando el camino que los últimos llevaban interceptado por dos profundas quebradas, muchos barrancos y pasos sumamente estrechos y difíciles, la columna se fue insensiblemente prolongando hasta llegar a ocupar de dos a tres leguas. Percibido por los patriotas, ya establecidos en Quinua, formaron inmediatamente para atacar a sus contrarios, cuya cabeza de columna distaba solo tres millas, y siendo el espacio de terreno que los separaba un país abierto y en un declive gradual y moderado, creyeron que les ofrecía una oportunidad favorable para vengar las pérdidas que habían experimentado en Corpahuaico. Antes de mandar romper el movimiento proyectado, se adelantaron a reconocer el terreno los generales Sucre y La Mar; pero esta operación les ocupó

tanto tiempo que consideraron era ya demasiado tarde para atacar a los realistas. A la mañana siguiente entraron estos en Guamanguilla, y de este modo cortaron otra vez la retirada a los patriotas, cuya posición se hizo sumamente crítica.

El general Sucre dirigió la retirada con gran tino, pero se habían reducido tanto sus fuerzas que nada podía ya salvar su ejército de una completa derrota sino un esfuerzo desesperado. El virrey envió destacamentos a Marca, Mayo y otros desfiladeros para inutilizarlos y cortar los puentes.

Los indios de Guanta, Huancavelica, Chincheros, Huando y pueblos inmediatos habían sido inducidos a levantarse contra el ejército libertador, y habían asesinado más de cien enfermos con su escolta, junto con la que acompañaba una parte del bagaje. El capitán Smith, edecán de Miller, fue sorprendido y preso por los de Guanta; pero después de haberle maltratado mucho y de tres días de prisión pudo escaparse a la costa, habiendo debido únicamente la conservación de su vida a la intercesión de uno de los habitantes en cuya casa había estado alojado Miller. El benemérito comandante Chirinos, encargado de la maestranza, logró igualmente verificar su fuga, después de haber sufrido los más horribles tratamientos. Las alturas que dominan al pueblo de Quinoa estaban ocupadas por indios de esta especie, que tuvieron la osadía de aproximarse hasta media milla del campamento de los patriotas, y quitaron a una partida de dragones varias cabezas de ganado. En los quince días anteriores, las bajas del ejército libertador ascendían a mil doscientos hombres, de forma que en Quinoa no llegaba su fuerza total a seis mil hombres. Habiendo perdido la caballería sus mulas en Corpahuaico, tenía que marchar pie a tierra llevando del diestro sus caballos, y muchos de ellos se habían inutilizado por falta de herraduras.

Un batallón patriota y algunos destacamentos de convalecientes, al ir de Jauja a reunirse al ejército libertador, fueron atacados de noche por los indios de Huando y obligados a retirarse con pérdida. No había circunstancia que no concurriese a aumentar el aspecto melancólico de las cosas con respecto a los patriotas: ni podían retirarse, ni podían atacar a los realistas por el barranco escarpado de doscientas varas de profundidad que separaba a los dos ejércitos, y la falta de provisiones les habría hecho imposible permanecer en aquella posición cinco días más. Todo les era contrario y espantoso; pero el ánimo y valor de los republicanos parecía aumentarse en proporción que las cosas tomaban peor aspecto, y pronto se verá lo que hombres valientes son capaces de hacer cuando pelean por la causa de la libertad.

En la tarde del 8 salió el virrey de Guamanguilla y ocupó con todas sus fuerzas las alturas de Condorkanki², precisamente fuera del tiro de cañón del campamento de los independientes. Dos horas antes de ponerse el sol, descendió de la altura un batallón de tropas ligeras de los realistas, y se extendió en guerrilla al pie de ella; otro batallón de infantería ligera de los patriotas desplegó contra él; ataques serios y algunas escaramuzas tuvieron lugar en el orden abierto en que maniobraban. Las

2. Condorkanki o Condorcanqui es una palabra quichua que significa "digno del cóndor".

evoluciones las ejecutaban al toque de corneta, y nada puede exceder la sangre fría y bizarra conducta de las tropas de una y otra parte.

El efecto general que aquellas escaramuzas producían era en extremo hermoso y agradable; y el interés de la escena se variaba y crecía con la suspensión del fuego a intervalos, en virtud de tácito consentimiento. Durante estos intervalos, varios oficiales de uno y otro partido se adelantaban y hablaban unos con otros. En uno de ellos el brigadier Tur, al servicio español, envió un recado a su hermano, que habiéndose casado con una hermosa señorita de Lima se había hecho virtualmente americano, y era en aquel momento teniente coronel en el ejército independiente. Los dos hermanos se juntaron, y el mayor principió la conversación diciéndole cuánto sentía que un español estuviese en las filas insurgentes; pero le añadió que, a pesar de su sentimiento en aquel punto, no podría olvidar el cariño que le había profesado y le aseguraba que podía contar con su protección cuando la batalla que iba a darse le pusiera en manos de los realistas, lo cual no haría con ningún otro español en iguales circunstancias.

El teniente coronel le dijo, en contestación, que si le había llamado para insultarle, habría sido mejor que no se hubiesen visto, y dio la vuelta y se marchó. Entonces el general realista corrió hacia él, se disculpó, y a la vista de los dos ejércitos se abrazaron los hermanos del modo más tierno y cariñoso. Pocas horas después estaba ya prisionero de guerra el general Tur, y alojado y bien recibido por su hermano.

Quinua, pueblo indio, está en el extremo occidental del llano de Ayacucho, de forma casi cuadrada, de cerca de una legua de circunferencia y flanqueado a derecha e izquierda por barrancos profundos y escabrosos. A retaguardia del llano o parte occidental hay una bajada gradual de dos leguas al camino principal de Huamanga a Guanta, el cual corre al pie de una montaña que se eleva perpendicularmente, y sin salida conocida. El lado oriental del llano lo forma la pendiente inmensa y escabrosa montaña de Condorkanki, cuyo enorme baluarte, corriendo de Norte a Sur, domina el campo de Ayacucho; un poco más abajo de su cúspide estaba acampado el ejército realista.

El Ejército Libertador estaba formado en el llano a media milla de distancia al frente de los españoles, teniendo a Quinua a retaguardia los cuerpos en columna cerrada y esperando el ataque de los realistas.

Los cuerpos que componían el ejército independiente estaban colocados en la forma siguiente:

División de Córdoba (a la derecha): Bogotá, Caracas, Voltígeros, Pichincha.

División de Miller (en el centro): Húsares de Junín, Granaderos de Colombia, Húsares de Colombia, Granaderos a caballo de Buenos Aires.

División de La Mar (en la izquierda): Legión peruana. Batallón núm. 1, batallón núm. 2, batallón núm. 3.

División de Lara (en reserva): Vargas, Vencedores, Rifles.

Artillería mandada por el comandante La Fuente (al frente): Un cañón de a cuatro.

El general Gamarra³, jefe del Estado Mayor.

El coronel O'Connor⁴, segundo jefe de Estado Mayor.

Durante la noche del 8 mantuvieron un fuego continuo y muy vivo los puestos avanzados realistas y patriotas; el general Sucre se proponía por este medio impedir que durante la noche bajasen al llano los realistas, y con este objeto hizo avanzar las bandas de dos batallones con una compañía al pie mismo de la montaña, y continuaron tocando por algún tiempo, mientras la tropa hacía un fuego vivísimo. Esta ficción produjo el efecto deseado, porque los realistas no se movieron de sus líneas.

La posición del virrey en la noche del 8 era muy expuesta; pues su infantería, que ocupaba el frente o ladera de la montaña de Condorkanki, estaba a menos de tiro de fusil del pie de la montaña. El fuego de dos o tres batallones desplegados, desplegados en batalla, habría obligado a los realistas a abandonar su posición, en la cual aquella noche murió un teniente coronel y dos o tres soldados realistas, estando sentados alrededor de las hogueras, por heridas que recibieron de balas perdidas de la compañía establecida al pie de la montaña.

La expresada noche del 8 fue de un sumo interés, y daba lugar a mil contemplaciones: la batalla era inevitable al día siguiente, y ella debía decidir de la suerte de la América del Sur; los patriotas sabían que tenían que lidiar contra fuerzas dobles, y que nada podía salvarles y libertar a su país de una servidumbre ignominiosa sino una victoria completa. Los soldados patriotas podían esperar librar sus vidas quedando reducidos a la esclavitud, pero los generales y oficiales patriotas no tenían otra alternativa que la muerte o la victoria. Todos conocían perfectamente cuál habría sido la conducta cruel de los españoles si llegaban a vencer; pues aunque el virrey era hombre naturalmente humano, estaban entre sus consejeros el que indujo a Monet a fusilar dos oficiales patriotas en el camino de San Mateo, y el otro que atravesó con su espada bárbara y cobardemente al desgraciado, ya herido e indefenso, mayor Gumer, en el campo de batalla de Ica, y otros de carácter no menos sanguinario; y es más que probable que habrían arrancado de él medidas violentas, con el pretexto de destruir el germen revolucionario y evitar futuras sublevaciones. Por estas y mil y mil razones más, todos conocían que la batalla tendría resultados de naturaleza especial y extraordinarios.

El día 9 amaneció hermosísimo; al principio el aire era muy fresco y parecía

3. El general Santa Cruz salió de Huaras con el ejército libertador, y estuvo al principio de la campaña destinado a la división peruana; después fue jefe de Estado Mayor del Libertador y últimamente quedó en Huamanga como prefecto de aquel departamento. El general Correa estuvo también destinado a la división de Lara, pero en Challuanca se separó del ejército para la costa.

4. El incansable O'Connor desempeñó las funciones de jefe de Estado Mayor desde que el ejército libertador salió de Huamanga hasta dos o tres días antes de la Batalla de Ayacucho. El coronel O'Connor es hijo de Roger O'Connor y ahijado de sir Francis Burdett: abrazó la causa de la independencia de la América del Sur con un entusiasmo constante. Habiendo levantado un hermoso regimiento en Panamá, fue al Perú mandándolo. Este jefe se distinguió frecuentemente en el campo de batalla, y es generalmente estimado por su valor, su desinterés y caballeroso porte.

influir en el ánimo de las tropas, pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente: los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos, y visiblemente hacían conocer el placer que les causaba y el vigor que recibían.

A las nueve de la mañana principió a descender de la montaña la división de Villalobos; el virrey se puso a pie a su cabeza, y las filas siguieron bajando por el lado escabroso de Condorkanki, oblicuando un poco a su izquierda.

La división de Monet, que formaba la derecha realista, principió al mismo tiempo a desfilar directamente al llano. La caballería, llevando sus caballos del diestro, hizo igual movimiento, aunque con mayor dificultad, colocada a intervalos entre la infantería de cada división. A proporción que la tropa iba llegando al llano, formaba en columnas; este momento fue de un interés sumo, y parecía hasta suspensa la respiración y movimiento de vida por la ansiedad que producían las dudas y la esperanza que a la par se ofrecían a la vista de todos.

Durante esta operación, de efecto imponente, el general Sucre pasó a caballo por delante de sus tropas, y dirigiendo algunas enfáticas palabras a cada cuerpo, les recordó sus hechos gloriosos, y colocándose en seguida en un punto céntrico al frente de la línea, dijo: “De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. Y señalando a las columnas enemigas que bajaban, les aseguró: “Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia”. Este lacónico pero animado discurso del general en jefe produjo un efecto eléctrico, y todos contestaron con vivas repetidos con el mayor entusiasmo.

A este tiempo más de la mitad de las divisiones realistas habían llegado y formado ya en el campo de batalla, entonces el general Sucre mandó atacar a la división de Córdova y dos regimientos de caballería. Este bizarro general se desmontó de su caballo, se colocó a unas quince varas al frente de su división, formada en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro, y levantando su sombrero con la mano izquierda, dijo: *“Adelante, paso de vencedores”*. Estas palabras, pronunciadas con dignidad y vehemencia, las oyeron perfectamente las columnas, las cuales, inspiradas por la valiente conducta de su jefe, marcharon al ataque en el mejor orden imaginable. Los españoles se mantuvieron firmes y llenos de una visible confianza; el virrey, Monet y Villalobos se veían a la cabeza de las divisiones presenciando y dirigiendo la formación de sus columnas a proporción que descendían al llano. Al fin los patriotas llegaron, cruzaron sus bayonetas con sus enemigos, se mezclaron con ellos, y por tres o cuatro minutos lidiaron al arma blanca, y con tal furia de una y otra parte, que estaba aun indeciso quien ganaría, no la palma del valor, que ambos merecían, sino los favores de la fortuna y la victoria del día, cuando cargó la caballería colombiana, mandada por el coronel Silva. Este valiente oficial cayó cubierto de heridas; pero la intrepidez de la embestida fue irresistible: los realistas perdieron terreno, fueron arrojados a las alturas de Condorkanki con gran mortandad, y el virrey fue herido y hecho prisionero. Mientras los realistas iban trepando a las alturas, los patriotas, desde el pie de ellas, los cazaban a su salvo, y muchos de

ellos se vieron rodar, hasta que algún matorral o barranco los detenía.

El general Miller, que había seguido a la división de Córdova, viendo el triunfo completo que había obtenido, volvió inmediatamente a reunirse con el regimiento de húsares de Junín, que afortunadamente, como luego se vio, había dejado de reserva.

Mientras tanto, la división de Valdés había principiado al amanecer un movimiento de cerca de una legua, bajando por las laderas del norte de la montaña, y se colocó sobre la izquierda de los patriotas, a tiro de fusil y separado por un barranco. En el momento importante del choque que acaba de describirse, rompió un fuego vivísimo con cuatro piezas de campaña y un batallón desplegado en guerrilla, con el cual obligó a retirarse a dos batallones peruanos de la división de La Mar. El batallón colombiano de Vargas, enviado a sostener la división peruana, empezó también a ceder, y dos batallones realistas atravesaron el barranco, y avanzaron a paso redoblado en seguimiento de los patriotas que se retiraban.

En aquel crítico momento, el general Miller resolvió por sí mismo cargar a los realistas vencedores con el regimiento de Húsares de Junín, y cuando iba ya ejecutando aquel movimiento tan oportuno y decisivo, recibió la orden del general Sucre para verificarlo, y con el cual obligó a los enemigos a replegarse del otro lado del barranco, y los siguió a aquel punto apoyado por los Granaderos a caballo, y por la división La Mar, que había logrado reunir nuevamente su general. El valiente coronel Plaza fue el primero que con su batallón de la Legión atravesó el barranco para apoyar la caballería. El comandante Morán con su batallón de Vargas ejecutó igual movimiento por la derecha de la caballería, y estos dos cuerpos y la caballería, apoyándose mutuamente y rivalizando en valor, atacaron con tal resolución que arrollaron a los enemigos, se apoderaron de la artillería de Valdés, obligaron a retirarse a su caballería y dispersaron su infantería.

Los realistas habían perdido ya la batalla, y huían a la montaña de donde habían bajado aquella mañana, con esperanzas de éxito tan diverso. Esta acción memorable no duró más de una hora.

Mil cuatrocientos realistas quedaron muertos en el campo de batalla, setecientos heridos y quince piezas de artillería.

La pérdida de parte de los patriotas ascendió a trescientos setenta muertos y setecientos heridos⁵.

La única pieza de artillería perteneciente a los patriotas produjo un efecto con-

5. Nombres de los oficiales muertos: coronel Carreño; teniente coronel Medina (a); capitán Urquiola; tenientes Oliva, Colmenares, Ramírez, Bonilla, Sevilla, Prieto y Ramonet. Heridos: los coroneles Silva, Luque y Leal; los tenientes coroneles León, Blanco, Castillo y Gerardino; los mayores Torres y Somoza; los capitanes Jiménez, Coquis, Dorrnzoro, Brown, Gil, Córdova, Ureña, Landaeta, Troyano, Alcalá, Granados y Miró; los tenientes Infantes, Silva, Suárez, Vallarino, Otarda, French, Piedrahita, Pazaga, Ariscum, Otárola, J. Suárez, Ornas, Posadas, Miranda, Montoya y Moreno; los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malabe, Jeran, Pérez, Calles, Marquina, Paredes, Sabino, Isa y Alvarado.

siderable en las columnas enemigas, y sirvió también para atraer sobre ella gran parte del fuego de la artillería de los realistas, que si se hubiese dirigido contra las columnas patriotas habría ocasionado mayores pérdidas.

El plan de los realistas era esperar que Valdés hubiese flanqueado la izquierda de la posición de Sucre, y cuando hubiese obligado a principiar a replegarse a los patriotas, el virrey debía avanzar y completar la victoria. El error del virrey en haber atacado de aquella o cualquiera otra forma lo ocasionó la ansiedad de las tropas, que le arrastraron a exponer, al azar de una acción general, el fruto que había alcanzado en la campaña; pero la paciencia de la tropa se había agotado ya con marchas tan penosas, y que les parecía no habían de tener fin. En Guamanguilla adoptaron un sistema de pasquines para manifestar su disgusto, y las tiendas del virrey, de Canterac, y otros jefes amanecieron con varios cartelones ridiculizando su conducta; y por lo tanto puede muy bien asegurarse que se comprometieron a una acción general, contra su propia opinión.

Al ocupar los realistas nuevamente las alturas de Condorkanki, reunieron en aquel punto cuanta gente pudieron de sus dispersos; pero las divisiones de La Mar y Lara eran ya dueñas de la cumbre a la una de la tarde. Poco antes de ponerse el sol pidió el general Canterac una suspensión de armas para entrar en capitulación y una hora después bajó personalmente a caballo a la tienda del general Sucre, donde acordaron una capitulación, por la cual quedaban prisioneros de guerra los generales La Serna, Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferras, Bedoya, Somocursio⁶, Cacho, Atero, Landázuri, García Camba, Pardo, Vigil y Tur; 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 oficiales y 3.200 soldados, cabos y sargentos; el resto se había dispersado.

La Batalla de Ayacucho fue la más brillante que se dio en la América del Sur; las tropas de ambas partes se hallaban en un estado de disciplina que hubiese hecho honor a los mejores ejércitos europeos; los generales y jefes más hábiles de cada partido se hallaban presentes; ambos ejércitos ansiaban el combate, y todo el mundo, de uno y otro partido, se batió no solo bizarramente, sino a la desesperada. Lo que en número faltaba a los patriotas, lo suplía su entusiasmo y el íntimo convencimiento de que si eran batidos era imposible retirarse. Así, pues, no fue una victoria debida al azar, sino el resultado del arrojo, y un ataque irresistible concebido y ejecutado al propio tiempo.

El general Sucre se expuso personalmente durante la acción en donde su presencia podía ser de utilidad con la mayor sangre fría, y su ejemplo produjo completo efecto. El general La Mar desplegó las mismas cualidades; y con enérgica elocuencia reunió algunos cuerpos que habían huido, y los condujo nuevamente al enemigo.

El heroísmo del general Córdova mereció la admiración general, y todos vieron

6. Muerto por un rayo, pasando de Huamanga a Arequipa.

con satisfacción su ascenso a general de división en el campo mismo de batalla, a la edad de veinticinco años. El general Lara se distinguió por su celo e inteligencia, y el general Gamarra desplegó el tino que le caracteriza. El coronel O'Connor, segundo jefe de Estado Mayor; los jefes de los cuerpos, y ciertamente los oficiales y tropa, sin tal vez una excepción, se condujeron con un valor y un celo, como si el éxito de la batalla pendiera de sus esfuerzos individuales. Los coroneles Carvajal y Silva; los tenientes coroneles Suárez, Blanco, Braun, Medina y Olavarría, que desplegaron tanto valor en Junín, nuevamente se distinguieron en Ayacucho. El capitán D. Juan Alarcón, edecán de Miller, se condujo perfectamente en esta ocasión, como lo había hecho en muchas otras. Este oficial era de descendencia indígena, pero muy bien educado, y muy modesto, benemérito e incansable para el trabajo.

Tantos caballos habían perecido, o habían tenido que abandonarlos medio muertos en el camino, durante la retirada desde Lambrama, que 25 húsares del regimiento de Junín estaban montados en mulas de carga, para aparentar mayor fuerza. Cuando el regimiento cargó, recibieron orden de quedar a retaguardia, pero unánimemente contestaron: “No; venceremos o moriremos con nuestros compañeros”. En efecto cargaron, y pronto cambiaron sus mulas por caballos tomados al enemigo.

En el curso de esta carga conocieron los húsares el caballo que el general Miller perdió en Chuquibamba; cortaron al que lo llevaba, que era una ordenanza del general Valdés, y volvieron a su general su caballo favorito, el cual conservó después hasta su embarque en Buenos Aires.

Casi al mismo tiempo llamó al general Miller un oficial realista, diciéndole: “Señor, señor, me rindo a usted prisionero. ¿No se acuerda usted de mí?”. Inmediatamente conoció que era el capitán Frías, del regimiento de Cantabria que envió a tierra como especie de cortesía el comandante de la escuadra, Blanco, en canje de Miller, cuando este volvió a bordo del San Martín, como queda dicho en la relación de la toma de la fragata María Isabel al frente de Talcahuano, seis años antes; pero el general Miller no podía detenerse en aquel momento, y no habiendo tenido la satisfacción después de ver al capitán Frías, es probable que pereciera.

Los soldados de un escuadrón y todos los oficiales de un regimiento de caballería realista llevaban cascos de plata; y ellos se hicieron el objeto de la atención particular de los soldados patriotas durante la persecución de los fugitivos. Algunos tuvieron la discreción de salvarse arrojando los cascos, los cuales, como las manzanas doradas de Hipomenes, contuvieron los pasos de sus perseguidores. Este cebo de plata fue tan irresistible a los soldados patriotas, como las pomas lo fueron a Atalanta: en pocas horas todos los cascos cambiaron, si no de cabezas, de dueño, pues los que lograban atrapar algunos los rompían y se los guardaban.

Cuando el general Miller volvía al campo de batalla de Ayacucho, después de perseguir a Valdés y su división, pasó por el lado de varios grupos de realistas prisioneros, y muchos de ellos le gritaron: “¿No nos conoce usted, mi mayor, mi comandante, mi coronel?”, según el grado que tenía cuando habían servido a sus

órdenes en las filas de los patriotas, antes de ser prisioneros y haberlos obligado a batirse por el partido opuesto.

En un punto del campo de batalla estaban más de 30 granaderos realistas, y por la posición que tenían sus cadáveres se conocía que habían hecho una valerosa resistencia, y perecido casi al mismo tiempo en la formación que tenían a la cabeza de una columna. Cerca de aquel punto encontró el general Miller a su amigo Prieto, teniente coronel de la Legión, que acababa de hallar y retirar el cadáver, yerto y desnudo, de su hermano, joven figura interesantísima, y de solo diez y nueve años de edad. El teniente coronel Prieto estaba profundamente afectado por la muerte de su hermano, pero manifestó le consolaba algún tanto el saber que había muerto gloriosamente; porque, “Mire usted aquí”, dijo señalando al corazón, por donde la bala fatal había entrado, “y vea usted esta otra”, señalando a una profunda herida de bayoneta: “es preciso que mi pobre hermano haya estado mezclado con el enemigo, y ambas heridas están recibidas por el frente”. Este joven, natural de Guayaquil, era teniente en el batallón colombiano de Pichincha. Percibiendo el general Miller ciertas indicaciones de disposición militar, unido al entusiasmo patriótico más ardiente, le invitó el año 1822 a aceptar una subtenencia en la Legión, de la cual su hermano mayor era ya capitán, y secundó con vehemencia la invitación; pero era tan entusiasta colombiano, que nada pudo convencerle a llevar la cucarda del Perú, aunque comprometidos en la misma causa común.

El general Miller continuó ocupado en varios encargos hasta muy tarde, y cerca de media noche fue a visitar al virrey prisionero La Serna, que había sido colocado en una de las mejores de las miserables habitaciones de Quinua. Cuando Miller entró halló al virrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro esparcía luz únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, a las cuales, en parte, hacían sombra sus venerables canas, teñidas aun en algunas partes con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta, y en todos tiempos noble, parecía en aquel momento aun más respetable e interesante. La actitud, la situación y la escena, todo reunido, era precisamente lo que un pintor histórico habría escogido para representar la dignidad de perdidas grandezas. Reflexionando en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimientos se iría adelantando Miller hacia el hombre que pocas horas antes ejercía el poder real. El virrey fue el primero que habló, y alargándole la mano, dijo: “General, todos conocemos a usted perfectamente y siempre le hemos considerado como un amigo personal, sin embargo de las inquietudes que nos ha causado y del estado de alarma en que tantas veces nos ha tenido. A pesar de mis desgracias, tengo mucho gusto en ver a usted”. El virrey en seguida le manifestó que habían puesto un centinela dentro de su mismo cuarto, según presumía, por equivocación, y que en la confusión y atropellamiento natural del día no habían curado aun su herida. El general Miller mandó salir inmediatamente al centinela y envió por un cirujano. Cuando le habían curado ya la herida, al ofrecerle Miller sus servicios, le dijo que lo único con que

podía brindarle era con un poco de té, que por casualidad tenía en su cantina, y único tal vez que habría en el ejército. Debilitado por la pérdida de sangre, el virrey pareció revivir a la sola mención de aquella bebida, y dijo: “Esa es, a la verdad, la única cosa que podría tomar ahora. Una sola taza me reanimaría y me preservará de empeorar y de un desvanecimiento”. Cuando trajeron él té lo tomó con ansia, y le fue quizás más agradable este oportuno auxilio que ninguna otra atención o favor de cuantos recibió en su vida. El virrey manifestó a Miller su reconocimiento del modo más expresivo, el cual tuvo un particular gusto en haber podido prestar aquel pequeño servicio a prisionero tan distinguido. Miller sabía desde mucho antes que el virrey había dicho que en el caso de hacerle prisionero le trataría como hermano y le daría los medios necesarios para regresar a su país, única condición que le impondría; pero condición que Miller no habría aceptado ciertamente, a menos que no hubiese sido acompañada del permiso de volver a servir en el ejército peruano.

La Serna principió su carrera en la artillería, y ya de teniente coronel sirvió a las órdenes del célebre Palafox, en Zaragoza, en 1809. La Serna fue creado por Fernando conde de los Andes el mismo día de la Batalla de Ayacucho; se ha retirado de la vida pública y reside en Jerez de la Frontera, pueblo de su naturaleza.

Después de despedirse del virrey, Miller fue a visitar al general Sucre, donde halló al general Canterac y algunos oficiales españoles que le habían acompañado a Quinua para arreglar los términos de la capitulación. Entre ellos estaba el teniente coronel Bobadilla, de quien se ha hecho mención en la relación de la toma de Valdivia, y el cual es un hombre alegre, sumamente entretenido y de facha muy militar. Todos ellos fueron a la choza de Miller a pasar el resto de la noche, y se fueron echando en el suelo, en el cual no era fácil encontrar un paraje seco, pues el techo tenía varias goteras; sin embargo de ello, se quedaron inmediatamente dormidos, a excepción de Canterac y Miller, que hablaron algún tiempo sobre los acontecimientos variados de la última campaña. Canterac estaba en un estado de gran agitación, y frecuentemente repetía: “¡General Miller, general Miller, todo esto parece sueño! ¡Qué extraña es la suerte de la guerra! ¿Quién habría dicho hace veinticuatro horas que sería yo huésped de usted? Pero no puede ya remediarse: la guerra se acabó, y a decir a usted la verdad, estábamos todos cansados de ella”.

El general Canterac es natural de Burdeos, en Francia, y sus padres emigraron con él a España en 1792. Principió su carrera en la artillería española, y de este cuerpo pasó a caballería. Cuando subalterno fue empleado frecuentemente en comisiones de peligro y reconocimientos de riesgo, en todos los cuales se señaló por su inteligencia y valor. En una ocasión en que el general Sir Charles Doyle fue a atacar y tomó por un golpe de mano a Bagur, para llamar la atención de los franceses durante la expedición de O'Donnell contra el castillo de Abisbal, Canterac marchó con unos dragones a Gerona con el mismo objeto, y penetró hasta las puertas de la ciudad; alarmó a la guarnición y las tropas inmediatas, y logró hacer prisioneros al-

gunos centinelas franceses. Por la atrevida conducta de Canterac quedó paralizada la acción de las tropas francesas por espacio de doce horas, y por el de veinticuatro por la afortunada empresa del benemérito general Doyle, y de uno y otro resultó la victoria que alcanzó O'Donnell en Abisbal. Canterac sirvió en el Estado Mayor de O'Donnell, luego conde de Abisbal, y es positivo que no le habría elegido este valiente general para servir a su lado, si no hubiese tenido valor e inteligencia. Canterac es organizador, un excelente táctico, y tiene muy buenas maneras. Ha cumplido cuarenta años, acaba de casarse con una señorita en Valladolid (Castilla la Vieja), y reside actualmente de cuartel en aquella ciudad.

En la mañana siguiente, 10 de diciembre, se presentó el coronel Althaus, que hace poco se dijo había sido hecho prisionero con su mula blanca. Desde Chuquibamba le habían conducido al cuartel general de los realistas, a los cuales había acompañado en todos sus movimientos. Desde lo alto de la montaña de Condorkanki había presenciado la sangrienta escena que pasaba en el llano, y tuvo la dicha de unirse a sus compañeros, como éstos la tuvieron de recibirle, y prepararse para oír una nueva cáfila de preciosísimas aventuras. Althaus había sido tratado bondadosamente por los jefes realistas, los cuales se habían divertido tanto, como se irritaban a veces, por el satírico tono con que contestaba, y evadía cuantas cuestiones le hacían que tendiesen a aclarar la fuerza de los patriotas. Este jefe benemérito se ha casado después con una señora peruana rica y de rango, y se ha establecido en Arequipa.

En la misma mañana del 10 vio el general Miller venir hacia su casa, en compañía del general Sucre, a un oficial español; este, que era de pequeña estatura, delgado y un poco inclinado hacia adelante, traía un sombrero de ala ancha, de pelo de vicuña, una levita basta cenicienta, unos botines altos de pelo. Cuando llegó más inmediato sus penetrantes ojos chispeaban y animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero sumamente interesante, y antes que Sucre tuviese tiempo de presentarlo corrió al frente algunos pasos y abrazó a Miller, diciéndole “Conozco quién es usted. Yo soy Valdés: usted y yo debemos ser amigos”. Entonces, volviéndose a Sucre añadió: “Este señor Miller nos ha tenido muchas veces sobre las armas, sin dejarnos descansar, y andando arriba y abajo. Dicen que yo soy activo, pero él parecía brujo, tan pronto aquí, como allá y en todas partes, sin que nunca pudiésemos conocer sus intenciones, saber su número o qué hacía, hasta que nos había pegado algún chasco”.

El general Valdés nació en Asturias el año 1786. Fue educado para seguir la carrera de la toga, pero a la invasión de los franceses en la Península tomó las armas, y era en 1810 teniente en el ejército del general Cuesta. El año siguiente fue ascendido a capitán, y nombrado edecán del general Ballesteros. Aconsejó a este general, y se supuso escribió la exposición que hizo a la regencia oponiéndose al nombramiento del generalísimo del lord Wellington. Este paso le dio popularidad con muchas personas, pero le atrajo el desagrado del gobierno, y acompañó a Ba-

llesteros a su separación del mando. En 1813 fue empleado Valdés nuevamente, y sirvió con distinción.

Al regreso de Fernando a España, se retiró a la provincia de su nacimiento, y en 1815 acompañó al general La Serna al Perú, en clase de jefe de Estado Mayor. Su genio militar y actividad lo manifiesta el relato mismo de estas Memorias, y su desinterés es tal que no debe pasarse en silencio. En la última época jamás quiso recibir su paga, y cuando necesitaba dinero acudía al amigo más inmediato que podía atender a sus necesidades del momento. En una ocasión, cuando se hallaba en el sur, envió a pedir a un comerciante de Arequipa 300 duros: el comerciante le envió 500; pero como Valdés no necesitaba más de lo que había pedido, volvió el resto con el portador. Era tan descuidado en su persona, que sus amigos tenían generalmente que mandar hacer la ropa para que pudiera mudarse, o reemplazar la que estaba ya absolutamente inútil; el vestido que llevaba en la mañana referida se lo habían regalado sus soldados el año anterior. Nunca en su mesa se servían otros manjares más de sus raciones; dormía sobre uno o dos ponchos, al aire libre, a la cabeza de su división cuando iba de marcha, y por esa razón los soldados decían de él: *“En campaña el lío siempre está en casa”*.

Como hombre público era considerado Valdés como violento, precipitado, despótico y descortés; era temido de los oficiales, pero idolatrado por la tropa. Valdés era un hombre de genio muy superior, y tiene un nervio tal que le habría hecho digno compañero de Carlos XII, y de Suwarrow: en el día es segundo cabo de la provincia de Aragón.

El general Miller tuvo la satisfacción de hacer conocimiento personal con otros realistas distinguidos, contra la mayor parte de los cuales se había batido en el curso de la guerra.

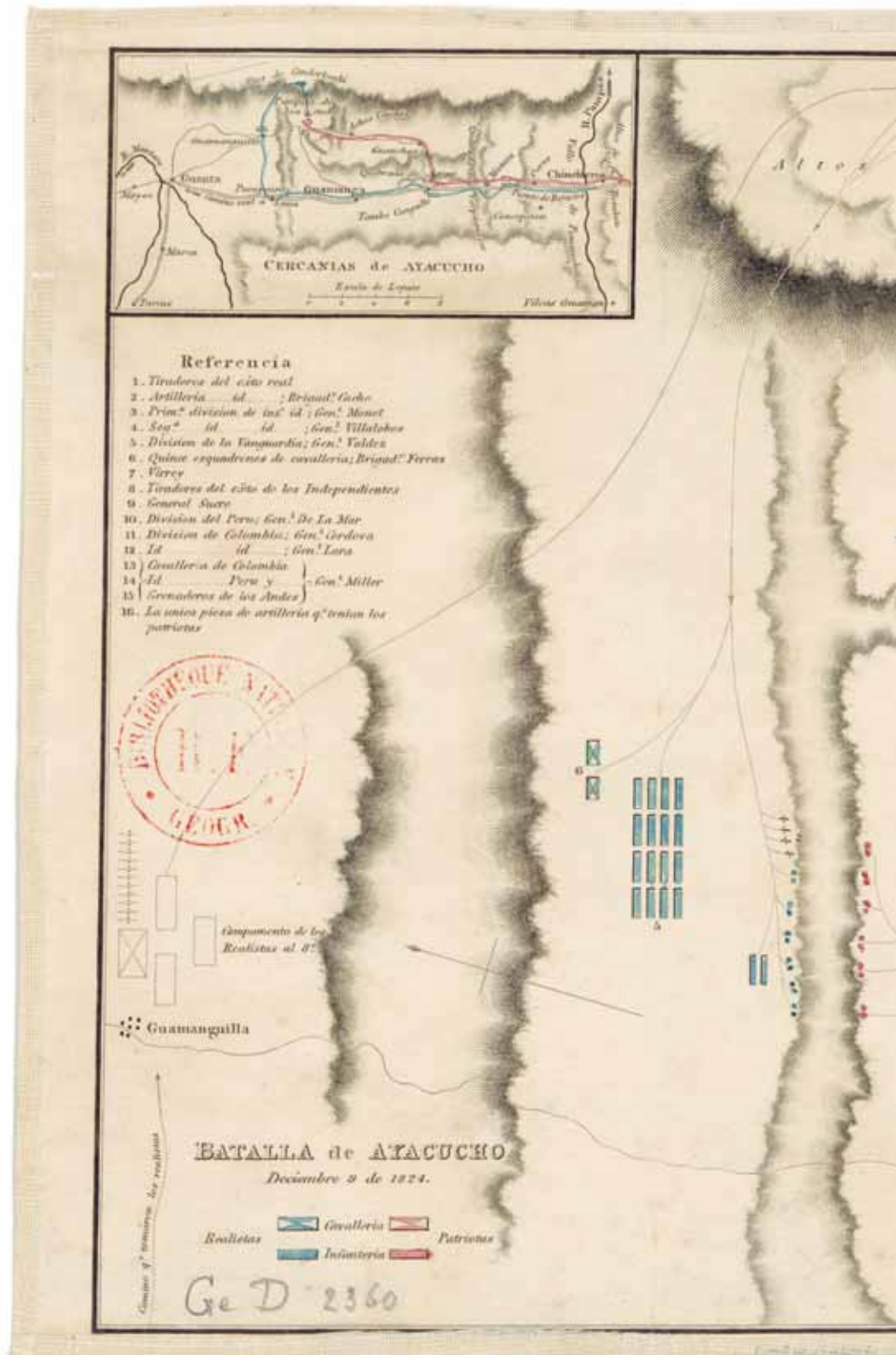
Muchos oficiales españoles, aprovechándose de los términos de la capitulación, recibieron sus pasaportes y salieron para España por la vía de Lima, Arequipa o Buenos Aires; algunos permanecieron para arreglar sus intereses particulares.

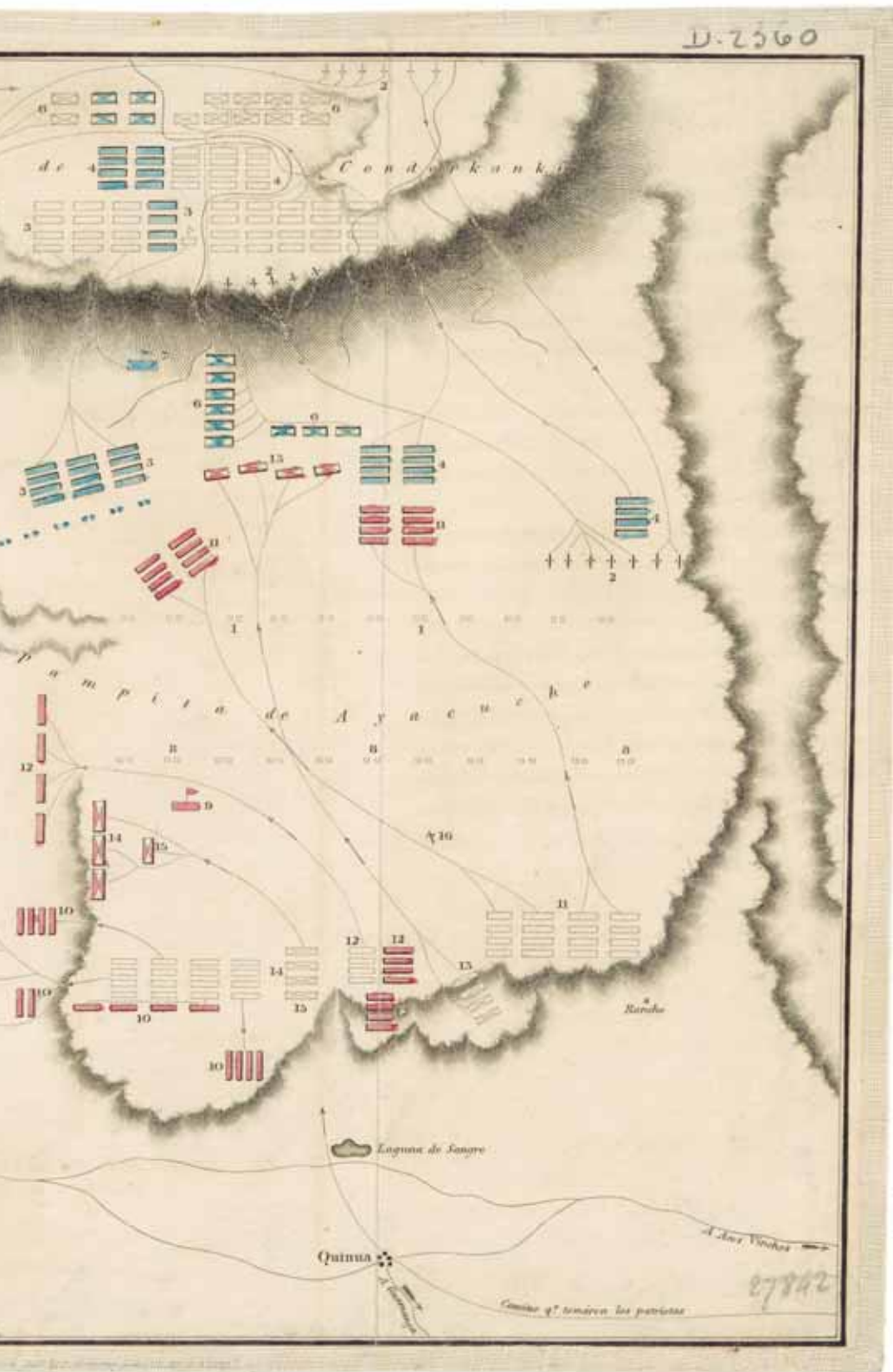
Los soldados realistas entraron algunos en los batallones patriotas, pero la mayor parte se dispersaron y regresaron a sus casas.

De las importantes consecuencias de la Batalla de Ayacucho, pudiera imaginarse que si la victoria se hubiera decidido por los españoles, su triunfo habría sido tan completo como el de los patriotas; pero tal suposición fuera absolutamente absurda. El ejército libertador podía haber sido destruido, y todos los jefes que lo mandaba perecer; pero, aun en tal caso, aunque los españoles habrían arrollado por algún tiempo cuanto se les hubiera puesto por delante, al fin habrían tenido que sucumbir. Con efecto, los realistas tenían muy pocas probabilidades de recibir auxilios de España, y los repetidos y continuos esfuerzos de otros jefes y de otros ejércitos patriotas, que sucesiva o simultáneamente se había formado, los que habrían hostilizado perpetuamente y los habrían consumido; por lo tanto, aunque el país se hubiese reducido a escombros y la miseria se hubiese hecho sentir hasta en los

puntos más remotos, la causa de la independencia habría triunfado infaliblemente.

Los últimos esfuerzos de Olañeta en el sur, y la bizarra defensa del Callao, por Rodil, fueron únicamente pruebas adicionales de la extraordinaria perseverancia con que los españoles mantuvieron y lo forzadamente que al fin abandonaron sus conquistas en La Tierra del Sol, en otro tiempo Magnífico Imperio de los Incas.





Batalla de Ayacucho, diciembre de 1824 (1829). *Biblioteca Nacional de Francia.*

PAN, QUESO Y RASPADURA

RICARDO PALMA

I

El mes de diciembre de 1824 principiaba tomando el ejército español, mandado personalmente por el virrey La Serna, la ofensiva sobre el ejército patriota, a órdenes del bravo general Sucre, ese Bayardo de América. Ambos ejércitos marchaban paralelamente y casi a la vista, separados por el caudaloso río Pampas, y cambiándose de vez en cuando algunos tiros. El jefe español se proponía, ante todo, cortar la comunicación de los patriotas con Lima, a la vez que forzar a estos a descender al llano, abandonando las crestas de Matará.

Sucre, comprendiendo el propósito del enemigo, se apresuró a ganar el día 3 la quebrada de Corpahuaico; y habían avanzado camino en ella las divisiones de vanguardia y centro, cuando la retaguardia fue bruscamente atacada por las tropas de Valdés, el más inteligente y prestigioso de los generales españoles. Los patriotas perdieron en esa jornada todo el parque, uno de los cañones que formaban su artillería y cerca de trescientos hombres. El desastre habría sido trascendental si el batallón Vargas, mandado por el comandante Trinidad Morán, no hubiera desplegado heroica bizarría, dando con su resistencia tiempo para que el ejército acabase de pasar el peligroso desfiladero.

¡Triste burla de la suerte! Treinta años después, el 3 de diciembre de 1854, el general don Trinidad Morán era fusilado en la plaza de Arequipa, en el mismo día aniversario de aquel en que salvó al ejército patriota, y con él, acaso la independencia de América.

El 8 las tropas realistas, ocupando las alturas de Pacaicasa y del Cundurcunca (cuello del cóndor), tenían cortada para los patriotas la comunicación con el valle de Jauja. Los independientes tomaban posiciones primero en Tambo-Cangallo, después en el pueblecito de Quínuá, a cuatro leguas de Huamanga, y finalmente a la falda del Cundurcunca. Retirarse sobre Ica o retroceder camino del Cuzco era, si no imposible, plan absurdo.

El ejército del virrey se componía de doce batallones de infantería, cinco cuerpos de caballería y catorce cañones. Su fuerza efectiva era de nueve mil trescientos hombres.

Los patriotas contaban solo con diez batallones, cuatro regimientos de caballería y un cañón que, como recuerdo glorioso, se conservaba hasta 1881 en el museo del cuartel de artillería de Lima. Total, cinco mil ochocientos hombres.

Inmensa, como se ve, era la superioridad de los españoles; pero cada hora que corría sin combatir, hacía más aflictiva la situación del reducido ejército patriota en el que, para mayor conflicto, solo había carne para racionar a la tropa por uno o dos días más.

El general La Mar se dirigió a una choza de pastores que servía de alojamiento a Sucre. Este le tendió afectuosamente la mano y le dijo:

—¡Y bien, compañero! ¿Qué haría usted en mi condición?

—¡Dar mañana la batalla y vencer o morir! —contestó La Mar.

—Pienso lo mismo y me alegro de que no haya discrepancia en nuestra manera de apreciar la situación.

Y Sucre salió a la puerta de la choza, llamó a su ayudante y le dio orden de convocar inmediatamente a los principales jefes del ejército, para una junta de guerra.

Una hora después, los generales Sucre, La Mar, Córdova, Miller, Lara y Gamarrá, que era el jefe de Estado Mayor, y los comandantes de cuerpo, se encontraban congregados a la puerta de la choza, sentados sobre tambores e improvisados taburetes de campaña.

II

Una ligera noticia biográfica de los principales miembros de la junta de guerra, parece que viene aquí como anillo al dedo:

Antonio José de Sucre nació en Cumaná en 1795 y desde la edad de diez y seis años se enroló en las filas patriotas. En 1813 mandaba ya un batallón. Desde la Batalla de Pichincha empezó a figurar como general en jefe.

Siendo en 1828, presidente de Bolivia, envió su poder a un amigo, para contraer matrimonio, en Quito, con la marquesa de Solanda, y, curiosa coincidencia, el mismo día, 18 de abril, en que se celebraba la ceremonia nupcial, era Sucre herido, en Chuquisaca, al sofocar un movimiento revolucionario. El Gran Mariscal de Ayacucho fue villanamente asesinado el 4 de junio de 1830, en la montaña de Berruecos.

Don José de La Mar nació en Cuenca del Ecuador en 1777, y fue llevado por uno de sus deudos a un colegio de Madrid. En 1794 entró en la carrera militar e hizo la campaña del Rosellón al lado del limeño conde de La Unión, que mandaba en jefe el ejército español. En el sitio de Zaragoza era ya coronel y muy querido de Palafox. Defendiendo un fuerte cayó mortalmente herido y su curación fue penosísima. En Valencia mandó después un cuerpo de cuatro mil hombres y, tomado prisionero, el mariscal Soult lo remitió al depósito de Dijon. En 1814, Fernando VII lo ascendió a

general y lo envió al Perú, con alto destino militar. En 1823 elevó su renuncia ante el virrey La Serna y aceptada por este y desligado de todo compromiso con España, tomó servicio en favor de la causa americana. Presidente constitucional del Perú en 1828, fue derrocado por la más injustificable revolución, y murió desterrado en San José de Costa Rica, en el año 1830.

El granadino José María Córdova nació en 1800, y en 1822 era general de brigada, en premio de su bravura en Boyacá y otros combates. En el mismo campo de Ayacucho fue ascendido a general de división, y cuando acompañando a Bolívar en su paseo triunfal hasta Potosí, el vecindario del Cuzco obsequió al Libertador una corona de oro y piedras preciosas, este no la aceptó y la puso sobre la cabeza de Córdova. La guerra civil se enseñoreó de Colombia en 1829, y Córdova fue asesinado después de una derrota.

Agustín Gamarra nació en el Cuzco en 1785, y aunque sus padres pretendieron hacer de él un teólogo, abandonó el colegio y sentó plaza de cadete en el ejército español, alcanzando en él hasta comandante. Proclamada en 1821 la Independencia, tomó servicio con los patriotas que lo reputaban, después de Sucre y La Mar, como el militar más competente en materia de organización, disciplina y estrategia. Entrado ya el Perú en el régimen constitucional, fue perenne perturbador del orden y vivió siendo siempre o presidente o conspirador. Tuvo gloriosa muerte en el campo de batalla de Ingavi en 1840.

III

La junta de guerra decidió por unanimidad de votos, dar la batalla en la mañana del siguiente día.

Terminada la sesión, Sucre llamó a su asistente y le dijo:

—Sirve las once a estos caballeros.

Y volviéndose a sus compañeros de junta, añadió:

—Conténtense ustedes con mis pobreza, que para festino tiempo queda si Dios nos da mañana la victoria y una bala no nos corta el resuello.

El asistente puso sobre un tambor una botella de aguardiente, un trozo de queso, varios panes y una chancaca.

—¡Banquete de príncipes golosos! —exclamó Córdova.

—¡No moriremos de indigestión! —dijo La Mar, poniendo una rebanada de queso dentro de un pan y cortando con el cuchillo un trocito de chancaca.

A este tiempo el coronel O'Connor, primer ayudante de Estado Mayor, se acercó a Sucre, preguntándole:

—Mi general, ¿quiere usted dictarme el santo y seña que se ha de comunicar al ejército?

—¡Ahítate, glotón! Pan, queso y raspadura —continuó diciendo La Mar, y pasando a Miller la ración que acababa de arreglar.

—¡Pan, queso y raspadura! —repitió el gallardo inglés aceptando el agasajo.

—*Very well!* Muchas gracias.

—Sucre se volvió hacia Miller, y le dijo sonriendo:

—¿Qué ha dicho usted, general?

—*Nothing!* Nada, nada. Pan, queso y raspadura.

—Coronel O'Connor, ahí tiene usted el santo, seña y contraseña precursores del triunfo.

Y sacando Sucre del bolsillo su librito de memorias, arrancó una página y escribió sobre ella con lápiz: PAN, QUESO Y RASPADURA.

Tal fue el santo, seña y contraseña del ejército patriota al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho.

IV

La Batalla de Ayacucho tuvo, al iniciarse, todos los caracteres de un caballeresco torneo.

A las ocho de la mañana del 9 de diciembre, el bizarro general Monet se aproximó con un ayudante al campo patriota, hizo llamar al no menos bizarro Córdova y le dijo:

—General, en nuestro ejército como en el de ustedes hay jefes y oficiales ligados por vínculos de familia o de amistad íntima: ¿sería posible que antes de rompernos la crisma, conversasen y se diesen un abrazo?

—Me parece, general, que no habrá inconveniente. Voy a consultarlo —contestó Córdova— y envió a su ayudante donde Sucre, quien en el acto concedió el permiso.

Treinta y siete peruanos entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos, desciñéndose la espada, pasaron a la línea neutral, donde, igualmente sin armas, los esperaban ochenta y dos españoles.

Después de media hora de afectuosas expansiones regresaron a sus respectivos campamentos, donde los aguardaba el almuerzo.

Concluido este, los españoles, jefes, oficiales y soldados, se vistieron de gran parada, en lo que los patriotas no podían imitarlos por no tener más ropa que la que llevaban puesta.

Sucre vestía levita azul cerrada con una hilera de botones dorados, sin banda, faja, ni medallas, pantalón azul, charreteras de oro y sombrero apuntado con orla de pluma blanca. El traje de La Mar se diferenciaba en que vestía casaca azul en vez de levita. Córdova tenía el mismo uniforme de Sucre, y, en vez de sombrero apuntado, un jipijapa de Guayaquil.

A la diez volvió a presentarse Monet, a cuyo encuentro se adelantó Córdova.

—General, —le dijo aquel— vengo a participarle que vamos a principiar la batalla.

—Cuando ustedes gusten, general —contestó el valiente colombiano—. Esperaremos, para contestar, a que ustedes rompan los fuegos.

Ambos generales se estrecharon la mano y volvieron grupas. No pudo llevarse más adelante la galantería por ambas partes.

A los americanos nos tocaba hacer los honores de la casa, no quemando los primeros cartuchos mientras los españoles no nos diesen el ejemplo. En Ayacucho se repitió aquello de: *A vous, messieurs les Anglais, Que nous sommes chez nous.*

V

A poco más de las diez de la mañana, la división Monet, compuesta de los batallones Burgos, Infante, Gulas y Victoria, a la vez que la división Villalobos formada por los batallones Gerona, Imperial y Fernandinos, empezaron a descender de las alturas sobre la derecha y centro de los patriotas. La división Valdés, organizada con los batallones Cantabria, Centro y Castro, había dado un largo rodeo y aparecía ya por la izquierda. La caballería, al mando de Ferraz, constaba de los húsares de Fernando VII, dragones de la Unión, granaderos de la Guardia y escuadrones de San Carlos y alabarderos. Las catorce piezas de artillería estaban también convenientemente colocadas.

Los patriotas esperaban el ataque en línea de batalla. El ala derecha era mandada por Córdova y se componía de los batallones Bogotá, Voltígeros, Caracas y Pichincha. La división del general Lara, con los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba el centro. La Mar, con los cuatro cuerpos peruanos sostenía la izquierda. La caballería, a órdenes de Miller, se componía de los húsares de Junín y de Colombia y de los granaderos de Buenos Aires.

Cada batallón de la Infantería española constaba de ochocientas plazas por lo menos, y entre los patriotas era raro el cuerpo que excedía de la mitad de esa cifra.

Sucre, en su brioso caballo de batalla, recorría la línea, y deteniéndose en el centro de ella, dijo con entonación de voz que alcanzó a repercutir en los extremos:

—¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. ¡Que otro día de gloria corone vuestra admirable constancia!

Y espoleando su fogoso corcel, se dirigió hacia el ala que ocupaban los peruanos.

La Mar, el adalid sin miedo y sin mancilla, alentó a sus tropas con una proclama culta, a la vez que entusiasta y breve, y que ni la historia ni la tradición han cuidado de conservar.

Los batallones contestaron con un estruendoso Viva el Perú, y rompieron el fuego sobre la división Valdés, que había tomado ya la Iniciativa del combate. Era en esa ala donde la victoria debía disputarse más reñidamente.

Entre tanto, la división Monet avanzaba sobre la de Córdova, y el coronel Guas, que mandaba el antiguo batallón Numancia, cuyo nombre cambió Bolívar con el de Voltígeros, dijo a sus soldados:

—¡Numantinos! Ya sabéis que para vosotros no hay cuartel. ¡Ea! A vencer o morir matando.

Sucre, que acudía con oportunidad allí donde su presencia era necesaria, le gritó a Córdova:

—General, tome usted la altura y está ganada la batalla.

El valiente Córdova, ese gallardo paladín de veinticuatro años, por toda respuesta, se apeó del caballo y, alzando su sombrero de jipijapa en la punta de su espada, dio esta original voz de mando:

—¡División! ¡De frente! ¡Armas a discreción y paso de vencedores!

Y dando una irresistible carga a la bayoneta, sostenido por la caballería de Miller que acuchillaba sin piedad a los húsares de Fernando VII, sembró pronto el pánico en la división Monet.

Sospecho que también la historia tiene sus pudores de niña melindrosa. Ella no ha querido conservar la proclama del general Lara a la división del centro, proclama eminentemente cambrónica; pero la tradición no la ha olvidado y yo, tradicionalista de oficio, quiero consignarla. Si peco en ello, pecaré con Víctor Hugo, es decir, en buena compañía.

La malicia del lector adivinará los vocablos que debe sustituir a los que yo estampo en letra bastardilla. Téngase en cuenta que la división Lara se componía de llaneros y gente cruda, a la que no era posible entusiasmar con palabritas de salón.

—¡Zambos del *espantajo!* —les gritó—. Al frente están los godos *puchueleros*. El que manda la batalla es Antonio José de Sucre, que como saben ustedes no es ningún *cangrejo*. Conque así, apretarse los *calzones*... Ya ellos. Y no dijo más, y ni Mirabeau habría sido más elocuente.

Tan furiosa fue la arremetida sobre la división Villalobos, en la cual venía el virrey, que el batallón Vargas no solo alcanzó a derrotar el centro enemigo, sino que tuvo tiempo para acudir en auxilio de La Mar, cuyos cuerpos empezaban a ceder terreno ante el bien disciplinado coraje de los soldados de Valdés.

Secundó a Vargas el regimiento húsares de Colombia, cuyo jefe, el coronel venezolano Laurencio Silva, cayó herido. Llevado al hospital y puesto un vendaje a la herida, preguntó al cirujano:

—Dígame, socio... ¿Cree usted que moriré de esta?

—Lo que es para morir me parece que no; pero tiene usted lo preciso para pasar algunos meses bien divertido.

—¡Ah! pues si no muero de esta, venga mi caballo, que todavía hay jarana para un cuarto de hora, y quiero estar en ella hasta el conchito.

Y con agilidad suma, sin escuchar las reflexiones de su amigo el cirujano, saltó sobre el caballo y volvió a meterse en lo recio del fuego.

¡Qué hombres. Cristo mío! ¡Qué hombres! Setenta minutos de batalla, casi toda cuerpo a cuerpo, empleando los patriotas el sable y la bayoneta más que el fusil, pues desde Corpahuaico, donde perdieron el parque, se hallaban escasos de pólvora (cincuenta y dos cartuchos por plaza), bastaron para consumir la Independencia de América.

VI

A las doce del día el virrey La Serna, ligeramente herido en la cabeza, se encontraba prisionero de los patriotas, ¡y lo que son las ironías del destino!, en ese mismo día, a esa misma hora, en Madrid, el rey don Fernando VII firmaba para La Serna el título de conde de los Andes.

La rivalidad entre Canterac, favorito del virrey y jefe del Estado Mayor de los españoles, y Valdés, el más valiente, honrado y entendido de los generales realistas, influyó algo para la derrota. El plan de batalla fue acordado solo entre La Serna y Canterac, y al ponerlo en conocimiento de Valdés, tres horas antes de iniciarse el combate, este murmuró al oído del coronel del Cantabria, que era su íntimo amigo:

—¡Nos arreglaron los insurgentes! Ese plan de batalla han podido urdirlo dos frailes güitos, pero no dos militares. Los enemigos nos habrán hecho flecos antes de que llegemos a la falda del cerro, y aun superando ese inconveniente, no nos dejarán formar línea ordenada de batalla. En fin, soldado soy, y mi obligación es ir sin chistar al matadero, y cumplir como Dios me ayude, con mi rey y con mi patria.

—¡Qué hacer, mi general! —contestó el jefe del Cantabria estrechando la mano de su superior—. Caro vamos a pagar las francesadas de Canterac.

Desbandada su división que, en justicia sea dicho, se batió admirablemente, Valdés descabalgó y, sentándose sobre una piedra, dijo con estoicismo:

—¡Esta comedia se la llevó el demonio! ¡Canario! De aquí no me muevo y aquí me matan.

Un grupo de sus soldados, de quienes era muy querido, lo tomó en peso y consiguió transportarlo algunas cuadras fuera del campo.

A la caída del sol, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho, y tres días más tarde dirigía a Simón Bolívar esta carta, que acaso medio siglo después trajo a la memoria Napoleón III, al rendirse prisionero en Sedán:

“Excelentísimo señor Libertador don Simón Bolívar: Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a vuecelencia por haber terminado su empresa, en el Perú, con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle, en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa. José de Canterac. Huamanga, a 12 de diciembre de 1824”.

VII

A las dos de la tarde, fatigado por la sangrienta a la par que gloriosa faena del día, llegó el general Miller a la puerta de la tienda de Sucre, donde solo encontró al leal asistente.

—Pancho —le dijo el alegre inglés— dame un traguito de algo que refresque y un bocado para comer.

El asistente le contestó:

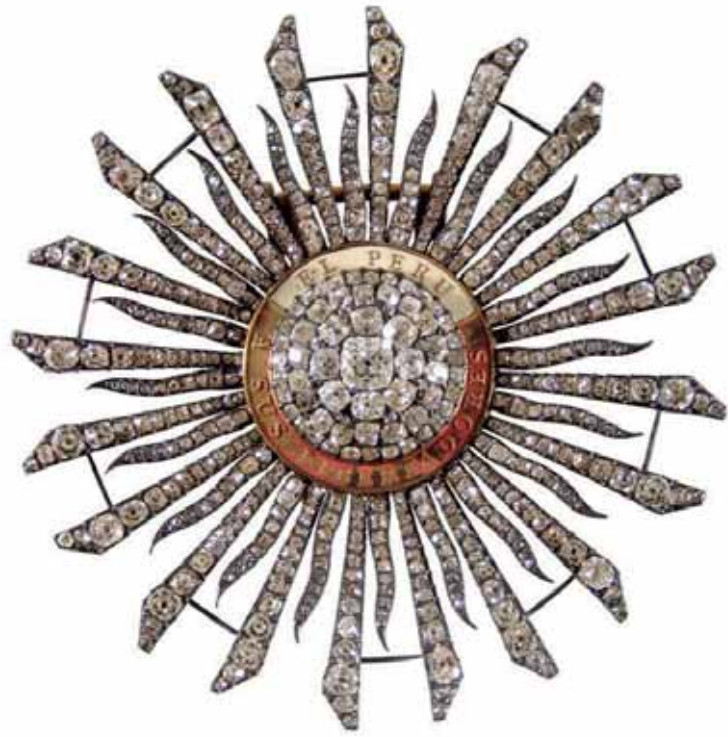
—Mi general, dispense usía si no le ofrezco otra cosa que lo mismo de ayer: un sorbo de aguardiente, pan, queso y raspadura.

—Hombre, guárdate la raspadura y tráeme lo demás, que para raspadura basta con la que hemos dado a los godos.





Boceto de Batalla de Ayacucho (1874) de Martín Tovar y Tovar. Col. Galería de Arte Nacional. Caracas, Venezuela.



Condecoración Sol del Perú. Col. Museo Bolivariano. Caracas, Venezuela.

ÍNDICE

Presentación	7
Reflexiones de un soldado bolivariano a doscientos años de la Batalla de Ayacucho	9
La metáfora de una batalla: Ayacucho espera aún por nosotros	15
Sobre esta edición.....	19

Batalla *de* Ayacucho

Documentos	23
Volverse con solo la gloria.....	25
Se trabaja aquí cuanto da el país.....	27
En esa oficina hacen tantas jerigonzas que me dan pena.....	31
Bajo un pie de orden y disciplina, que tal vez nunca hemos tenido.....	33
Extracto de las partes.....	35
Habiendo rehusado de todo mi corazón el primer rango	37
Oficio de Tomás de Heres para el Ministro General de los Negocios del Perú	40
Oficio del general Andrés de Santacruz para el Ministro General de los Negocios del Perú	42
Nosotros no hemos venido al Perú en busca de ninguna fortuna.....	44
Arengas de Sucre al ejército antes de la Batalla de Ayacucho	47
El Perú corresponde a los hijos de la gloria	50

Capitulación de Ayacucho	55
Proclama del general Sucre.....	69
La noticia fausta del término de la guerra.....	70
Para nueve mil trescientos diez.....	72
Ha sufrido mucho, mucho mi espíritu, y ha padecido mi cabeza más que demasiado	73
Carta de Antonio José de Sucre a Simón Bolívar solicitándole que le otorgue el cargo de coronel del ejército colombiano a Manuela Saénz	75
Parte de la Batalla de Ayacucho.....	77
La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz.....	77
Estado de muertos y heridos.....	83
La más brillante y la más completa victoria de América.....	84
La noticia y la victoria de ayacucho	87
En lugar del ministerio de paz que les mandó Jesucristo	88
Carta de Simón Bolívar a Manuela Saénz	90
Orden del día del Estado Mayor General Libertador, 22 de diciembre de 1824.....	92
Proclama del Libertador a los soldados del ejército vencedor en Ayacucho	95
Proclama del Libertador.....	96
Simón Bolívar, Libertador, Presidente de la República de Colombia, y Encargado del Poder Dictatorial de la República del Perú	98
Un mundo entero ha fijado su suerte	101
Le hago a Ud. el presente de la bandera que trajo Pizarro.....	103
El Libertador le expone al general Santander sus ideas sobre la unión de los países hispanoamericanos mediante el Congreso de Panamá	104
Nota del general Sucre para el Ministro de la Guerra del Gobierno Dictatorial del Perú	108
Humillado por la excesiva generosidad	109
Simón Bolívar devuelve al Congreso del Perú los poderes dictatoriales que este le había conferido.....	110
El Libertador le expone al general Sucre sus ideas sobre el principio jurídico-diplomático del <i>uti possidetis</i>	114
Decreto del Congreso al Libertador Simón Bolívar, Encargado del Supremo Mando de la República	117

El Senado y Cámara de Representantes de la Republica de Colombia, reunidos en congreso	120
Simón Bolívar, Libertador Presidente de la Republica de Colombia y Encargado del Supremo Mando de la del Perú.....	123
Decreto del Congreso Peruano.....	124
Decreto del Congreso	125
Testimonios y crónicas	127
Resumen sucinto de la vida del general Sucre. Simón Bolívar	129
El Washington del Sur. Benjamín Vicuña Mackenna	135
Recuerdos de Ayacucho. Francisco Burdett O'Connor.....	143
Campaña y batalla de Ayacucho. John Miller	153
Pan, queso y raspadura. Ricardo Palma	170



Esta edición conmemorativa a los 200 años de la Batalla de Ayacucho se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2024, en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura. En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva de la familia tipográfica Simoncini Garamond. La edición consta de 1.000 ejemplares.



La Batalla de Ayacucho que traemos al corazón 200 años después es un portento de nuestra historia, es la finalización de una campaña militar que logra la libertad de la América del Sur. Tiene una dimensión histórica comparable a la invasión española de 1492, pues cambia de forma definitiva la composición del mundo, culmina la etapa bélica de la independencia de la América meridional y origina una era de libertad y soberanías nacionales en nuestro hemisferio con consecuencias trascendentales en la geopolítica mundial.

La historia no se repite, puede ser que haya ciclos con entronques semejantes en algún punto de la elipse. Esos momentos telúricos revolucionarios, de cambios bruscos y profundos que marcan un cambio de época, podemos concebirlos como un tiempo mesiánico, en los que el pueblo y sus líderes deben detenerse a proyectar una sociedad de justicia, igualdad, soberanía, unidad y paz.

Ayacucho en un tiempo lineal está en nuestro pasado, pero en el tiempo sagrado de la política está presente en la construcción de un mundo de paz, soberanía y unidad.

Nicolás Maduro Moros
Presidente Constitucional de la
República Bolivariana de Venezuela

